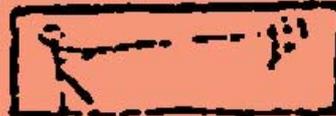
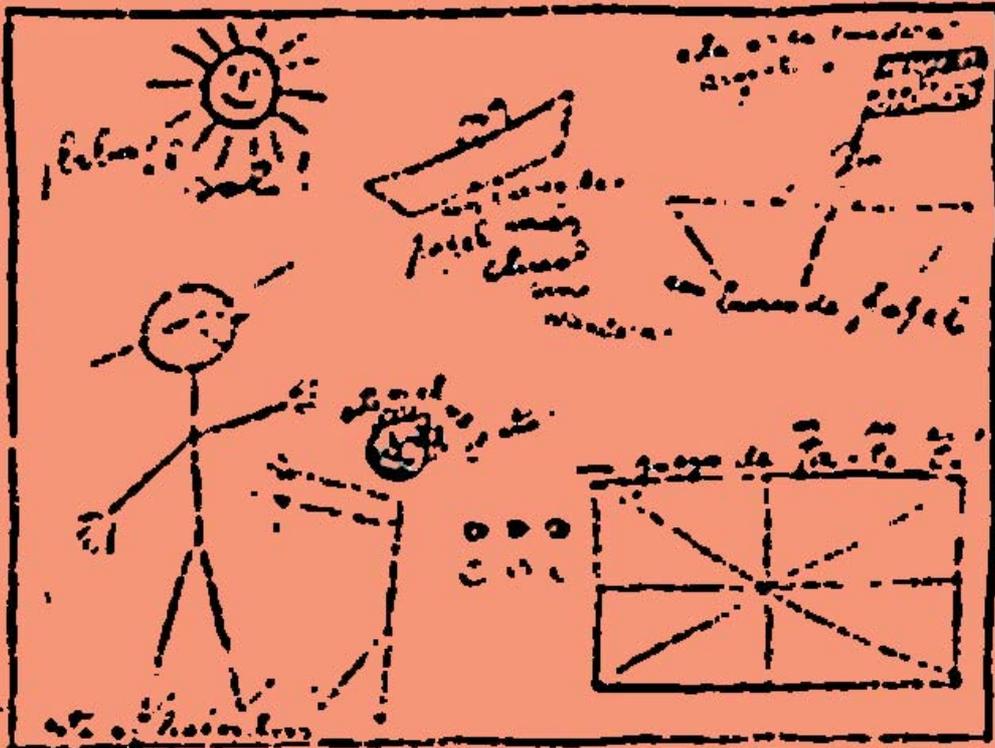


Olivero Yunque

TA-TE-TI

Otros Bancos de Papel

(Cuentos de Niños)



EDITORIAL HOY
BUENOS AIRES

Buenos Aires - 1928

TA - TE - TI

INDICE

Ta - Te - Ti

Nico y el abuelo

Cara de viejo

La madrastra

Bola sin manija

Conciencia recién nacida

Hombres de doce años

Cabeza rapada

Los gatos

La ilusión

Ta - Te - Ti

*Si algo he progresado en el conocimiento
Del corazón humano, se lo debo a la constante
Observación de los niños.*

ROUSSEAU

Cuando Valentín se vio encerrado en el colegio sintiose poseído de terrible impotencia, acrecentada por no tener contra quien descargar su rabia y su odio. ¡Qué rabia y qué odio! En su casa había ya sentido alguna vez esta rabia y este odio, pero allí los desahogaba en alguno: en un perro, en una chica sirvienta... Aquí no había nadie a quien insultar... Ahora, en ese momento, se hallaba en el despacho del director, un viejo alto y barbudo que le imponía. Y estaba solo. Su padre acababa de salir, acompañado del director, y dejándole solo, pupilo en aquel colegio de altas paredes y enormes patios. ¡Pupilo! La palabra que tantas veces le oyó a su madre, cuando él le contestaba mal. ¡Pobre su madre! Bien sabía él que sólo era una amenaza que ella no cumpliría nunca. ¿Acaso podría haber estado sin su Valentín, sin su muchachote barullero? ¡Pupilo! ¿Qué sería estar pupilo cuando tanto lo amenazaban? Pronto lo sabría, porque ahora él, Valentín, el muchacho libre y caprichoso, acostumbrado a hacer su voluntad, mimado por la madre como a único hijo, hasta el punto de que jamás lo había mandado a la escuela, él, ahora, se hallaba pupilo. ¡Pobre su madre! Pensando en ella sintió que se le enturbiaban los ojos, que iba a llorar como unos días antes, cuando se la llevaron, muerta. ¡Qué sola le pareció la casa al volver del cementerio! ¿Cómo su madre calamita, pequeña, enfermucha, podía ocupar tanto sitio en la casa? Una gota caliente le quemó la mano. Valentín se puso de pie y sacudió la cabeza. ¡No quería llorar! Un sentimiento de orgullo le hizo que dejara de pensar en aquellas cosas tristes. Y no pensó. Porque él, en ese instante, no lloraba por hallarse pupilo, lloraba por la madre muerta. Pero si lo veían llorar creerían... ¡No lloró! Era el mismo sentimiento de orgullo que unos minutos antes le impidió correr detrás del padre y suplicar que no lo dejara allí, solo, son extraños, solo en aquel caserón triste, solo y pupilo! ¿Pero suplicar él? Por el contrario, hosco, casi no respondió al cariñoso saludo de su padre. No se entendía con este hombre autoritario. Frente a su madre, tan cariñosa, Valentín se sentía niño, pequeño y blando; pero frente al padre, hombre agrio y poco expansivo, él también se sentía hombre y fuerte. Sus doce años se ponían en puntas de pie para mirarlo a la cara. ¿Y le iba a suplicar?...

Entró el director, suspendiendo sus cavilaciones:

- He hablado con su padre – le dijo - , no me ha dado muy buenos informes. Me dice que usted es un rebelde, un niño mimado. ¡Mal, mal, amiguito! La culpa de esto la tienen las madres; las madres no saben educar a los hijos. En Esparta... ¿Ha oído hablar de Esparta?

- Con la cabeza, Valentín hizo señas: ¡No! El director continuó, sonriendo:

- Ya ve usted. ¡Doce años y no sabe si Esparta era una mujer o una nación! ¿Pero qué le han enseñado los profesores particulares – y recalcó la palabra agresivamente - que su madre le llevaba a casa? ¡Qué error!

Continuó hablando, Valentín ya no lo oía. El tono del director lo humillaba, lo erizaba de altivez. ¡Y sus reproches a la madre, a la manera como su madre lo había educado! ¡Qué rabia y qué odio!

- Bien, amiguito, vamos a la clase – terminó el director -; Usted está muy atrasado, apenas si sabe dividir por una cifra. Debería ir a segundo grado. Lo voy a poner en tercero, para que no se avergüence de estar entre chiquillos...¡Vamos!

Valentín lo siguió automáticamente, ahogado de cólera y de humillación. Entraron en una clase. El director hablaba con el maestro en voz baja. Seguramente supuso Valentín, lo estaba enterando de quién era él: un niño mimado, que necesitaba rigor...¡Ya verían si sacaban algo de él así! Se hizo el propósito de ser malo, más malo aún. Y entonces miró al maestro y después a los alumnos. Había entrado cohibido. Hecho este propósito, sintió desaparecer toda turbación, los miraba casi desafiante.

El director le hablaba otra vez:

- Bueno, amigo. Pórtese bien, sea aplicado. Hasta luego. Y salió.

- ¿Cómo se llama usted? – le interrogó el maestro.

- Valentín Cabrera.

- Muy bien. Siéntese... siéntese...

El maestro, con la vista, comenzó a buscar un sitio. Desde el fondo de la clase se alzó una vocecilla

- Señor, aquí hay un sitio vacío, aquí a mi lado.

- Sí, siéntese allá, al lado de Mingo.

Valentín miró para ver quién era Mingo. De pie, haciéndole señas amistosas, vio un negrito que le sonreía. El maestro lo empujaba suavemente hacia él, pero Valentín no se movió. Y el negrito lo llamaba:

-¡Vení, acá, vení!

Valentín no se movía. Su natural soberbia, acrecentada por el odio y la rabia impotentes, lo endurecían, dijo:

- ¡No!

- ¿Qué? – interrogó el maestro, asombrado.

- ¡Yo no me siento al lado de un negro!

- ¡Siéntese allí! – gritó el maestro, enfurecido.

- ¡No! – respondió él.

Y se resistió decididamente. Hubo que llamar al director. Entre los dos hombres, casi a la rastra, lo sentaron junto al negrito. Valentín hundió la cabeza entre los puños.

- ¿No ve? ¡Hay que domesticarlo! – dijo el director al maestro – ¡Aquí no está con su mamá, aquí no va a hacer lo que quiere, sino lo que se le manda! ¿Ha oído?

Valentín no se movía. Ceñudo, con los ojos en el aire, no veía, no oía nada. En vano el director, gritando, le preguntaba: ¿Ha oído? El se había empeñado en no responder. ¡No respondería! ...

El director se fue y continuó la clase; Valentín siempre con la cabeza entre los puños. Al principio, haciendo esfuerzos terribles para no llorar; después, serenándose poco a poco. Al fin sintió que volvía a apoderarse de él su seguridad de niño acostumbrado a hacer su capricho. Entonces sacó la cabeza de entre los puños y se puso a mirar al negrito. Este le sonrió. De buena gana Valentín le hubiese aplastado la sonrisa de un puñetazo. Se conformó con hacerle una mueca de insultante desdén. El negrito no la tomó en cuenta y siguió sonriéndole cariñosamente.

Se hallaban en clase de lectura: uno por uno iban leyendo; los demás seguían la lectura en sus libros para continuarla cuando el maestro se lo indicase. Mingo hacía como los demás, pero de vez en cuando, levantaba los ojos del libro, miraba a Valentín, y si éste lo miraba le sonreía con su más blanca y cariñosa sonrisa. Aquello irritaba a Valentín. ¿Pero no comprendía el otro sus muecas de desprecio? Tanto no las comprendía que se le acercó a hablarle:

- Mi papá es el portero...

Valentín hizo un gesto de fastidio y miró para otro lado. El negrito prosiguió:

- Mi papá es muy valiente. Lo salvó al director que se estaba ahogando, por eso el director lo trajo de portero y a mí me hacen enseñar gratis.

Valentín lo volvió a mirar iracundo.

- Mi papá es alto. ¡Tiene una fuerza! – prosiguió Mingo, animado al ver que ahora Valentín lo miraba – cuando yo sea grande voy a ser alto y fuerte como él, pero ahora soy chico, tengo diez años.

- ¡Señor! ... - gritó Valentín. Y se contuvo. Iba a decirle al maestro que Mingo lo molestaba, pero oyó a éste, suplicante, balbucir:

- ¡No, no, no!...

Y se contuvo

- ¿Qué hay? – interrogó el maestro.

Valentín no respondió y el maestro hizo continuar la clase.

¿Por qué había callado? No lo hubiese podido saber. No fue por lástima de Mingo, suplicándole que no lo delatase; fue por vergüenza de aparecer como un acusador, nada más. Su altivez le había triturado la delación en los dientes antes de que se hiciera palabras. Y continuó impasible, ceñudo. De

pronto sintió un leve roce en un brazo. Se volvió a mirar. Era Mingo que, sonriendo y delicadamente, le pasaba la manita. ¿Pero cómo tenía que darle a entender al muchacho éste que él no quería ser su amigo?

- Bueno, bueno, bueno...

Le decía Mingo, meloso. Era su forma de agradecerle porque no lo había delatado. Valentín le tiró un codazo feroz, obligándolo a apartarse.

- ¡Malo, malo!

Le decía Mingo ahora. Valentín levantó los hombros, despreciativo, y continuó así, callado, observando a sus otros compañeros de clase.

¿Otra vez? ¿Pero entonces el negro se había propuesto no dejarlo tranquilo?

- ¿Me querés farrear, che? – lo interrogó, hundiéndole una mirada furibunda.

¡Pero había una inocencia tan pura en la carita del negro! ¡Lo miraba con unos ojos tan limpios! Ofrecíale su libro:

- Pronto nos va a tocar a nosotros. Van aquí – y le señalaba

El renglón -. Mientras no tengas libro, yo te lo presto.

Valentín cogió el libro que el chicuelo le alargara y lo tiró al suelo, ruidosamente. Los demás niños miraron. El maestro se incorporó.

- ¿Qué pasa?

Mingo quería explicar. Lo hacía con toda sencillez, asombradísimo de que ocurriese aquello:

- Yo le quise prestar el libro para que leyese, porque ahora le iba a tocar a él...como no tenía libro...

- ¡Yo no necesito tu libro! – le gritó Valentín.

El maestro intervino y lo reprendió. El niño interrumpióle:

- ¡No me importa!

- ¿Cómo no le importa? ¡Orgullosos!

- ¡Mejor si soy orgulloso! ¡Soy como me da la gana!

Gritó el maestro y él gritó más fuerte. Llegaron celadores y el director. Valentín fue sacado a viva fuerza de la clase, resistiéndose, y llevado a la Dirección. Después, conducido al cuarto de penitencias y encerrado. ¡Qué odio y qué rabia sentía Valentín! Pasó varias horas solo, sin que nadie viniese. Miraba por un ventanillo el sol de la mañana brillando como si se burlase de él. Oyó un vocería: Habían salido al recreo. Pensó en Mingo y sintió ganas de pegarle. Ahora el negrito estaría jugando en el recreo, en tanto que él se hallaba encerrado. Sonó una campana, y Valentín volvió a quedarse en el silencio otra vez, royéndose de odio y de rabia impotentes. ¡Pero no iba a llorar, no iba a llorar! Tal vez lo estuvieran espiondo. ¡No lo verían llorar! Cada minuto, desde el corazón oprimido, saltábale el recuerdo de la madre; entonces pensaba en cualquier cosa...¡Para no llorar! Al fin sonó la campana otra vez. Serían las doce, los niños se irían a su casa, y él...

- ¡Mamá! ¡Mamá!...

Se sorprendió balbuciendo, a pesar suyo, contra toda su voluntad, comprendió también que iba a llorar, que ya no podría contener más los sollozos que le pesaban en el pecho como si fuesen un montón de piedras... Oyó que alguien abría la puerta y se sobresaltó. ¡No lloraría! Turbio, entre lágrimas, vio entrar un celador. Traía un jarro con agua y pan.

- Este es su almuerzo – le dijo -. Estará todo el día a pan y agua. Por la tarde volveré a traerle otro pan y otro jarro de agua. Valentín tiró todo, jarro y pan, por el ventanillo, al patio. El celador lo miró tranquilamente y se encogió de hombros.

- ¡Peor para usted!

Salió.

¡Qué odio y qué rabia! Valentín volvió a quedarse solo las horas largas, largas hasta hacerse interminables. ¡Pero qué largo era un día! El sol, poco a poco, fue desapareciendo de la pared de enfrente. De tarde en tarde, la campana, el vocerío del recreo, que lo distraían un rato, y otra vez el silencio... De súbito, sintió hambre. Imperiosamente, sintió la necesidad de comer. Su naturaleza fuerte se lo exigía, sobreponiéndose a todo. ¡Y allí, a tres pasos de él, como también burlándose, porque todos parecían complotarse hoy para burlarlo, se hallaba el pan! ¡Con qué ganas lo hubiese recogido! ¡Morder, mascar, tragar!... “¡Peor para usted!” le había dicho el celador, ¡ya lo creo!... Sonó la campana. El sol se había ido por completo de la pared de enfrente. Valentín comprendió que habían terminado las clases por ese día. Con la imaginación, vio salir a los niños, llegar a sus casas, sentarse a comer un tazón de leche y pan con manteca... Quedó mirando su pan, allí en el suelo; experimentaba placer mirándole.

Dio un paso atrás. ¿A quién tenía allí, delante de él, cogido a las rejas del ventanillo como un monito gracioso, haciéndole visajes de inteligencia para que callase? ¡Mingo!

- ¡Psh! – le hacía el negrito y miraba hacia atrás, temeroso –

Aquí te traigo esto. Se lo robé a mi mamá de la cocina. Mi mamá es la cocinera.

Y le alargaba un trozo de queso, una chuleta, pan...

Valentín tuvo un primer impulso: ¡rechazarlo! Hasta dio vuelta la vista para no mirar eso tentador... ¡Y no pudo! Queso, una chuleta y pan. ¡Qué comida magnífica!

- ¡Pronto, pronto, que me pueden ver!

Y estiraba su manita, cargada con los preciosos manjares, mirando para atrás, los ojazos en blanco. Valentín no se resistió y alargó la diestra. Mingo desapareció ágilmente, corriendo...

Valentín se encontró solo otra vez. Mordió el pan, dio un tarascón a la chuleta.

II

¡Y otra vez a pasar el tiempo! Ya iba a oscurecer, cuando entró el celador, con otro pan y otro jarro de agua.

- Aquí tiene agua y pan. Vendré dentro de una hora para llevarlo al dormitorio.

Valentín cogió al pan y lo tiró al patio por el ventanillo. El celador lo miró un rato y se fue sonriendo. Valentín, entonces, bebió el agua ávidamente y tiró el jarro.

No tardó en volver el celador, pero no solo. Ahora lo acompañaban el director y el maestro.

- Este alumno ha comido – dijo al entrar - ¡Miren! (señaló el hueso de la chuleta). Y aquí una cáscara de queso y migas de pan. Los panes que yo le traje están allí. Yo mismo se los he visto tirar.

- ¿Quién le ha traído de comer? – preguntó el director.

El niño callaba. Se sentía firmemente dispuesto a no acusar.

- ¿No quiere decir nada? ¡Está bien! Lo vamos a llevar al sótano – dijo al celador, haciendo una señal de inteligencia que Valentín no vio, gacha la cabeza como se hallaba.

- ¿Al sótano? – interrogó el celador, cogiéndole de un brazo -.

¡Ahora sí sabrá lo que es bueno! ¡Al sótano! – Y ahuecó la voz...

Valentín, de pronto, experimentó un miedo desconocido, terrible. ¿Qué sería el sótano? ¿Qué no le harían aquellos hombres que lo habían tenido todo un día allí, solo, a pan y agua? ¿No había ratones, quizá culebras, en el sótano? ...

- ¡No, no, no! – imploró sollozante.

- Diga, entonces, quién le trajo la comida.

Valentín callaba, resistiéndose aún.

- Llévelo al sótano no más – ordenó el maestro.

- ¡Fue Mingo, fue Mingo! – gritó él y se partió en sollozos, empequeñecido, avergonzado.

- Vaya a traer a Mingo – ordenó el director.

El celador salió en su busca. Valentín lloraba, humillado por tener que llorar delante de aquellos hombres antipáticos y odiosos, por tener que demostrarles que era un niño, lloraba...

Entró Mingo, arrastrado por el celador.

- ¿Tu le has traído comida?

- ¡No, no, no, señor, no!...

- ¿Cómo no, si él dice que has sido tú? ¿Ha sido él, verdad?

Valentín afirmó con la cabeza, sin atreverse a mirar al asustado chiquillo.

- ¿Has visto? ¿Has sido tú?

Mingo se tiró a llorar también.

- ¡Bien! – concluyó el director, dirigiéndose al maestro -

téngalos una semana sin recreo a los dos. Ahora lleve a aquel al dormitorio.

III

Sonó la campana. Los niños se pusieron de pie para salir al patio.

- Cabrera y Mingo se quedan en clase. Tienen una semana sin recreo – dijo el maestro -, ¡A la fila!

Valentín y Mingo quedaron solos en el mismo banco.

Afuera oíase el abejear del recreo. Después de lo ocurrido la tarde anterior, no se habían hablado. Toda la primera hora permanecieron sin mirarse, como si no estuviesen uno junto al otro, en el mismo banco. “Ha de estar enojado conmigo” – pensaba Valentín. Y esto lo entristecía. El negrito no estaba enojado, precisamente. Infusa, en su alma cándida, perfilábase la idea de que aquel muchacho hermoso y rubio, hacia el cual experimentó desde el primer momento una simpatía magnética, le había hecho mal. ¿Por qué no había querido sentarse a su lado? ¿Por qué no le hablaba? ¿Por qué le había rechazado el libro? ¿Por qué lo acusó?... No se había enojado Mingo. A pesar de todo, él aún sentía atracción hacia aquel muchachote bello y fuerte, el más grande del grado; aunque ahora le tenía miedo. Algo susurrábale en su espíritu, algo que le impedía hablarle, como lo hizo la mañana anterior.

Transcurrieron unos minutos. Mingo dibujaba monigotes. Valentín pensaba. Valentín pensaba: ¡Pobre Mingo, tan pequeñito, tan gracioso, con su facha de tití rabón! ¡Y sin recreo una semana! ¿Por qué? Por llevarle comida a él. Valentín sentía, bien clara, la sensación de su culpa. Ahora que Mingo compartía su penitencia, ahora que el rencor no lo ahogaba como antes, su razón de muchacho inteligente discernía con nitidez. ¡Sin recreo el pobre negrito! De buena gana le hubiese ofrecido su amistad, su inapreciable amistad de muchacho grande y fuerte. Un resto de soberbia lo contenía, impedíale desbordar la ola de sus sentimientos, abrazándose a su amigo Mingo, el hijo del negrazo portero. Y callaba. ¿Cómo rebajarse a hablar al negrito? ¡Si éste lo mirara siquiera! Pero Mingo seguía dibujando monigotes como si él no estuviese. Valentín recordó, o mejor, fue a buscar este recuerdo: que él había llorado delante de Mingo. Y este recuerdo lo bajó de su orgullo. Miró un rato al negrito, hizo un esfuerzo, lo habló:

- ¿Juguemos al ta-te-ti?

- Bueno – respondió Mingo alegremente. Y en una hoja comenzó a trazar rayas.

Valentín sintió una alegría inmensa, ¡un júbilo interior tan grande como si lo hubiesen encendido de luces! Al principio temió que Mingo se negara y tuviese él que sufrir la humillación de su negativa, pero lo halló tan blando, tan sin rencor, abriéndose a su amistad... Necesitó pagarle en alguna forma su olvido generoso.

- ¡Yo tengo mucha fuerza! – le dijo - ¿Vez? Yo, en mi casa,

cuando vivía mi mamá, tenía profesor de gimnasia, ¿ves? – y dio un puñetazo -. ¡Al que le pegue uno de éstos!... ¿Ves? ¡Pum!... ¿Alguno te quiere pegar?

- ¡No!

- Bueno. Cuando alguno te quiera pegar, yo te voy a defender. ¡Al que yo le dé uno de éstos le aplasto la nariz! ¿Ves? ¡Pum! Mingo lo miraba riendo, iluminada la graciosa carita por la sonrisa blanca, por la luz de admiración que irradiaban sus ojazos.

Valentín, nervioso, con una hoja y una tapa de su cuaderno, se puso a amasar las bolas de papel para el ta-te-tí: tres blancas y tres rojas.

Nico y el abuelo

*Cuando me aproximo a un niño,
Dos emociones me invaden: una, la
Ternura por el presente, y otra, el
respeto por lo que algún día pueda
llegar a ser.*

PASTEUR

El viejo Gaitán entró al cuartucho brincando de alegría. Allí, alrededor de una fuente de macarrones, apiñábanse su hija y sus cinco nietos. Gritó:

- ¡Viva!

Los cuatro más chicos levantaron una algazara. Todos gritábanle:

- ¡Aquí, aquí, abuelito, aquí! ...

Y le ofrecían un sitio junto a ellos. La presencia del abuelo, con su cara arrugada y sonriente como una careta de payaso, y su carácter jovial, alegraba a los muchachos. El viejo sacó un paquete de caramelos.

- Esta vez me siento al lado de Nico.

Nicolás era el mayor de los niños. Tenía trece años y permanecía sin decir nada. Como la madre, era un chico serio, casi taciturno.

El abuelo se sentó junto a él, y lo abrazó:

- ¿Sabés por qué hoy me siento a tu lado? ¡Porque te traigo una buena noticia! ¡Te encontré trabajo!

- ¡Oh! – hizo la madre, y su cara mustia se coloreó, como si la alegría le hubiese pasado una pincelada de juventud.

- Bueno – respondió Nico, gravemente - ¿Dónde?

- Con mi patrón. En la misma casa donde yo trabajo. Te darán Veinte pesos mensuales, casa y comida. Ya ves – dijo, dirigiéndose a su hija - No está mal, ¿eh? Con eso casi te pagará la pieza. Además, como le pondrán uniforme, gastará poca ropa. Y el señor le dará siempre algún traje viejo. Es generoso. Tiene sus cosas malas, pero siempre regala algo...

Refunfuñó Nico, no se entendió que decía.

Pero la madre y el abuelo protestaron a dúo.

- ¿Y qué más querés?

- ¡Peor sería que no diese nada!

- Vos siempre descontento.

- No, Si éste quisiera que le regalasen un traje sin estrenar.

- Te advierto que los que él regala por viejos, están flamantes. ¿Te acordás el sobretodo que me dio el mes pasado?

¡Nuevo! Lo vendimos por veinte pesos. ¡Y para que un

cambalachero dé veinte pesos!

- ¡No se hable más! – gritó el abuelo jovialmente, levantando una copa de vino en alto - ¡Brindemos por Nico, que ya tiene dónde ganarse el pan! ¡Viva Nico!

- ¡Viva! ¡Viva! – corearon los otros cuatro chiquillos, contagiados por la alegría bulliciosa del abuelo.

Nico sonreía. La madre lo besó en la frente y se echó a llorar.

- ¿Por qué llorás, hija? ¡Vamos! ¡Aquí se debe reír, no llorar!

- ¡Si Juan lo viera! Juan siempre me decía: Nico es un hombre, no un muchacho. Pronto te ayudará. Este pensamiento lo consoló en los últimos días...

- ¡Ah! - gritó el abuelo – ¿Llorás de alegría? ¡Pobre muchacha ésta! Si está triste, llora. Si está alegre, llora... Vos sólo sabés llorar. ¡Muchachos, a reír, a reír!

Y tiró una carcajada al aire. Los cuatro chiquillos imitaronle: ¡Ja, ja, ja, ja!- reían.

- Bueno, Nico – volvió a hablar el abuelo – Acabá de almorzar, y vestite.

- Señor – dijo el abuelo, entrando al escritorio del amo -, aquí traigo a mi nieto...

- El que usted va a tomar para ayudante del portero.

- ¡Ah, sí! Ya me había olvidado. Hacerlo pasar.

El viejo se asomó a la antesala sonde el muchacho, cohibido, dando vueltas a la gorra, aguardaba, de pie, con los ojos en el suelo.

- Nico, pasá.

Y Nico se halló ante el amo que escribía. Murmuró:

- Buenas tardes – pero lo diría muy bajo, porque el otro, no respondiéndole, continuó escribiendo.

Nico y el abuelo, de pie, aguardaban. Aquél observábalo: No era viejo, aunque la calvicie, las arrugas y la palidez del rostro lo hacían parecer viejo. Muy delgado. Las manos impresionaban al chico, parecían manos de muerto. De súbito, firmó, pasó el secante y miró al muchacho. Hizo un gesto de repulsión y se dirigió al abuelo:

- Che, gringo, ¿éste es el nieto del que me hablaste tanto?

- Sí, doctor.

- ¿Y servirá, che?

- ¡Cómo no, doctor! Los primeros días se hallará un poco cortado. El pobrecito nunca pisó alfombras, pero ya verá, doctor, una vez que se acostumbre...

- ¡Basta, che! Cerrá el pico, porque si no te vas a estar

hablando todo el día. Servirías para rematador.

- Está bien, doctor – respondió el abuelo e, inclinándose, dio un paso atrás. Y aguardó, sonriente.

El amo escribió un sobre, metió la carta y la entregó al abuelo.

- Tomá. Ponele una estampilla y me la echás al buzón.

- Está bien, doctor – se inclinó el viejo al salir...

- No, che, después. Esperá. Vamos a hablar de éste – y señaló al chico -. Yo no sé si tomártelo, che.

El anciano suplicó:

- ¡Tómelo, doctor, por favor, tómelo! Todavía quedan otros cuatro más chicos en casa. Y la madre tiene que darles de comer a todos, a fuerza de aguja. Tómelo, doctor. Se lo suplico de rodillas... Es una obra de caridad la que hace, doctor...

- ¡Puf! ¡Callate!

- Sí, doctor.

Confuso y trémulo, Nico asistía a esta escena inverosímil. El asombro y la ira no lo dejaban reflexionar. Comprendía que el abuelo se humillaba y que el otro, tuteándolo, lo trataba como a un perro. No sabía qué hacer.

Los ojos le quemaban. Como si se hubiera tragado un hueso, la garganta le dolía. De buena gana hubiese dado vuelta y echado a correr, lejos de aquel hombre tan antipático, que trataba así al abuelito; pero también reflexionaba en lo que éste acababa de decir: "Todavía quedan otros cuatro más chicos en casa. Y la madre tienen que darles de comer a todos, a fuerza de aguja"... Y vio a su madre siempre doblada sobre la máquina de coser, y a su hermanita Rosina con sólo diez años y cocinando para todos, como si fuese una mujer, así su madre no perdía tiempo. ¿Y él?... Era preciso sufrir. Tuvo que realizar un esfuerzo para responder al amo que le hablaba:

- A ver, che gringuito, acercate. ¡Qué sucio estás! ¿No hay agua en el conventillo?

- ¿Eh?

- ¿Cómo te llamás?

- ¿Yo?

- ¡Sí, vos! ¿A quién le voy a preguntar? ¡Sí, vos! ¿Cómo te llamás?

- Nicolás Salvatucci.

- Pero nosotros le llamamos Nico, doctor – intervino el anciano.

- Nico? Bueno, es mejor, más corto. ¿Cuántos años tenés?

- Trece.

- Trece años, señor – corrigió el amo – se dice: Señor. A ver, repetí: Trece años, señor.

Nico repitió, balbuceante, rojo de vergüenza y de cólera:

- Trece años, señor...

- Parece medio abombado – dijo el señor, dirigiéndose al abuelo.

- No crea doctor – clamó éste -. Ahora está un poco abatatado, sino es muy vivo. ¡Y muy fuerte! Ya ve, sólo tiene trece años y parece de quince. Es capaz de pelearse con un hombre...
- Bueno. Hay que adecentarlo, che. Aquí no puede servir así con ese traje de pordiosero. Mientras le hacen el uniforme de groom, procurele un pantalón y un saco del portero. Le han de ir bien.
- Sí, doctor.
- Y hazelo bañar y cortar el pelo. Hasta piojos ha de tener. Si no lo traés presentable, no te lo tomo. Una vez bañado y limpio me lo traés, vamos a ver si sirve. Llévalo. ¡Pronto!
- Está bien, doctor. Ya verá que no lo va a conocer cuando lo traiga – respondió el abuelo, y cogiendo de la mano a Nico, salía hablando -: Ya verá, doctor, porque mi Nico es un lindo muchacho...
- ¡Bueno, basta! – lo interrumpió el doctor, y dio un portazo. Nico y el abuelo se hallaron solos en la antesala. Aquel dijo, con voz en la que el sollozo quería hacerse llanto:
- Abuelito, ¡Yo me voy, yo me quiero ir, abuelito!
- ¿Pero estás loco, muchacho?
- ¡Yo no me quiero quedar aquí, yo me voy!
- ¿Pero crees que en alguna parte vas a estar mejor que aquí? Te pagaré veinte pesos, casa, comida y uniforme...
- ¿Y por qué te trata así a vos, abuelito?
- ¿A mí? ¿Cómo me trata?
- ¡Así! Te tutea. Te llama gringo. Te hace callar diciéndote: ¡Basta!, como si fueses un perro, abuelito. ¡Yo no me quiero quedar! ¡Yo no puedo oír que te trate así! ...
- ¡Ah, muchacho, muchacho! – exclamó el viejo filosóficamente -. ¡Cómo se conoce que sos joven! ¡Qué poco conocés el mundo! ¿Y dónde voy a ir yo, pobre viejo inservible, que no me traten así? No ves que el doctor me tiene aquí casi de limosna. Me da cincuenta pesos mensuales. ¿Por qué me los da? Por mi linda cara? ¿Dónde me van a dar cincuenta pesos a mí? Por eso se da el gusto de despreciarme. ¡Qué importa! Yo aguanto. El es rico y no ha sufrido. ¡Yo he pasado por tantas ya! ¡Tengo sesenta y dos años! ¡He aguantado tanto yo! Te lastima oír que me trata así, con desprecio, que me dice gringo?... ¡Esto no es nada!
- ¿Por qué? ¿Te pega, acaso?
- Vieses cuando se embriaga con sus amigos... ¡Bah! ... Es preciso soportarlo. Piensa que allá quedó tu madre sobre la máquina y cuatro muñecos que comen. Aguantá, Nico... Él es un doctor, un abogado famoso, un hombre millonario. Nosotros somos dos infelices. Yo soy un pobre gringo viejo que ya apenas puede con su osamenta. Y vos sos un pobre muchacho que apenas sabe leer, sin oficio... El doctor nos hace una caridad dándonos setenta pesos mensuales. ¿Dónde vamos a ganar tanto, Nico?

- Yo preferiría vender diarios...
- ¡No! ¡Nunca!
- ¿Por qué?
- ¡Nunca!
- ¿Pero por qué?
- No sé por qué, Nico mío. Me parece que es una vergüenza. Andar por esas calles, sucio... Me parece que tu padre se levantaría de la tumba a decirme: Eh, Gaitán, ¿así educás a mi hijo? ¡No!
- Pero allá nadie me trataría como te trata a vos ése... - y señaló la puerta cerrada.
- ¡No, Nico! ¡Bueno, basta!, como dice el doctor. Vení, te voy a adecentar... ¡Vas a ver cuando te veas de uniforme! Gorra con galones, chaqueta con doble fila de botones dorados. ¡Qué diferencia si te vas a hacer de canillita! ¡Vamos!
- ¡Abuelito! ...
- ¿Qué?
- ¡Tengo unas ganas de llorar!

Y lloró apretándose contra el abuelo. El anciano lo abrazó y comenzaron a salir. Quiso hablar y no pudo. El también sentía que los sollozos le temblaban, como animalitos heridos en el fondo de la garganta.

Nico fue aceptado. Una vez limpio, el doctor hubo de reconocer que, como afirmaba el abuelo orgullosamente, Nico era un lindo muchacho. Y comenzó a desempeñar sus funciones, no difíciles: Estar en la puerta, junto al portero y acudir cuando paraba un automóvil para abrir la portezuela y después cerrarla. Pasó bien la tarde. Olvidado del doctor y entretenido con el espectáculo de las visitas que llegaban. Al atardecer vio a su madre y a sus cuatro hermanitos, en la esquina. Habían venido a verlo. Y lo contemplaban sonrientes y gozosos. Nico, entonces, se arrepintió de haber querido irse. Saludó alegremente a su madre y a sus hermanitos que le tiraban besos, desde la esquina, temerosos de acercarse al portal de esa casa tan lujosa, impuestos por la gravedad del portero a quien la escena disgustaba.

Se fueron y éste dijo a Nico:

- Cuando los vea, díales que no vengan más. Al doctor no le va a gustar que vengan.
- ¿Por qué?
- Están muy mal vestidos.
- Son mi mamá y mis hermanos.
- Están muy mal vestidos. ¡Atienda, atiende!...

Nico hubo de correr a abrir la portezuela de un automóvil que acababa de detenerse.

Esa noche había invitados a comer. El abuelo servía en el comedor. Nico, dormitando en la cocina, aguardaba a que él regresase. No se quiso acostar. Desde el comedor llegaba el júbilo de la fiesta: Carcajadas y gritos.

Entró un mucamo y dijo al cocinero:

- Ya están todos borrachos.

Y volvió a salir con otra fuente.

Nico siguió dormitando. De súbito se alertó. Le parecía haber oído la voz del abuelo que cantaba una canzoneta. Salió al patio. Sí, el abuelo cantaba. Y quedó escuchando con placer, oyéndolo como cuando para divertirlos a ellos, el abuelo cantaba y bailaba aires de la tierra.

Volvió a entrar el mucamo que dijo al cocinero:

- Ya está cantando el viejo bufón.

Preguntó el cocinero:

- ¿Y lo emborracharon también?

- Sí.

Y volvió a salir con botellas.

Nico quedó en el patio sin saber qué pensar. ¿Se referirían a su abuelo? Entró en la cocina de un brinco.

- ¿A quién han emborrachado?

El cocinero, un hombre obeso y muy calmoso, hizo una mueca y respondió:

- ¡Váyase a dormir, es lo mejor que puede hacer!

- ¡No! – gritó Nico.

El cocinero volvió a hacer la misma mueca y continuó en su trabajo de adornar un postre.

- ¿A quién llamó viejo bufón el mucamo? ¿Eh? – volvió a gritar Nico, furioso.

- ¡Pregúnteselo a él, ahí lo tiene! – respondió el cocinero, señalando al mucamo que entraba.

Nico se precipitó sobre él:

- ¿A quién llamó viejo bufón usted? – y le puso el puño temblante bajo la nariz.

El mucamo dio un paso atrás. El cocinero intervino y los separó.

- ¡Vaya al comedor – dijo a Nico – vaya a mirar desde el patio lo que hace su abuelo! ¡Va a ver si es o no es un viejo bufón, vaya!

Nico salió corriendo. Al través de los vidrios de la ventana, se puso a espiar: Diez o doce hombres jóvenes y viejos, vestidos de frac, rodeaban al doctor que ocupaba la cabecera. Todos bebían y gritaban. Vio un viejo calvo que, parado sobre la silla, cantaba; y a su abuelo que cantaba y bailaba, en un rincón, a un lado del amo que le tiraba bolas de miga de pan a la cara.

Nico sintió un impulso de entrar y llevarse a empujones al abuelo; pero comprendió que éste también estaba borracho. Muy rojo y con los ojillos que le chispeaban. Después pensó en su madre, la vio doblada sobre la máquina de coser. Y su hermanita Rosina, cocinando, sucia, frente a una olla que apenas podía levantar. Y los otros tres: Mingo, Pascual y Laura... Y los vio en la esquina, tirándoles besos, alegres. El abuelo soportaba, él

también debía soportar. Y quedó en la ventana, con los ojos salidos de las órbitas, temblando de emoción y de pena.

El doctor se había levantado. Hizo una seña, habló algo en francés y todos callaron. Vio que se le acercaba al abuelo y lo cogía de la nariz. Entonces todos comenzaron a cantar, golpeando las manos o las copas con los cuchillos. El abuelo comenzó a bailar conducido de la nariz por el doctor. El espectáculo divertiría extraordinariamente a todos, porque, retorciéndose, reían...

Nico entró al comedor, apartó al abuelo, cogió de la nariz al doctor y comenzó a zamarrearlo con todas sus fuerzas. Por fin le dio un puñetazo. E iba a seguir golpeándole, pero alguien lo sujetó por detrás. La escena había causado estupor al principio. Fue tan inesperada que nadie sabía qué hacer. Aunque pronto reaccionaron algunos y echáronse sobre el chico. Este fue separado violentamente; pero tuvo aún tiempo de coger una copa, tirarla a la cara del doctor y ver como se le coloreaba de sangre. Recibió en ese momento algunos golpes que lo atontaron; pero atinó a correr y ganó el patio. Oía gritos y amenazas. Instintivamente pensó en huir. En vano el portero quiso detenerle, lo llevó por delante y se largó a correr, calle abajo.

No se detuvo hasta verse en la puerta del conventillo. Entró, pero la puerta de la pieza estaba cerrada. ¿Qué hacer? Sería muy tarde ya, seguramente. Se largo a la calle otra vez, a vagar...

Pasó la noche de plaza en plaza, dormitando en los bancos, hasta que los guardianes lo echaban. A la madrugada llegó a la pieza de unos albañiles, amigos de su abuelo. Ya habían salido, y se tiró sobre uno de los catres. Durmió mal, sobresaltado. Un haz de sol en la cara lo despertó. ¿Dónde ir ahora? Decidió regresar a su casa, contar todo a la madre. Cuando entró se hallaban almorzando. También estaba el abuelo.

La madre le gritó, dolorosa, suplicante:

- ¿Por qué has hecho eso, Nico?

El abuelo mirábalo con ojos de reproche. Supuso que éste había contado lo que quería, pero no la verdad. ¡Que contase lo que quisiera! Torvo, sin responder, sentóse a la mesa.

La madre lo sirvió.

- Ya ves lo que ha pasado. El patrón ha echado a tu abuelo también por culpa tuya. Ahora no tenemos más que lo poco que yo gano. Se acabarán los ahorritos de tu abuelo... ¿Y?... ¿Por qué has hecho eso, Nico?

El muchacho cortó un trozo de carne y se lo metió a la boca. Entonces oyó decir al abuelo:

- Yo, a los trece años, me ganaba el puchero que comía.

Nico se puso de pie. Cogió el plato con las dos manos y lo estrelló contra el suelo.

Salió disparando. El viejo detrás.

Nico anduvo hasta la plaza cercana. Allí se sentó en un banco a reflexionar. Sintió una mano posarse sobre la suya. Miró. Era el abuelo. Hizo un gesto de repulsa y apartóse.

El abuelo, hablando, se le acercó:

- Nico...Nico... - los sollozos le quebraban la voz. Al fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

- Nico, ¿me despreciás mucho?

Nico diose vuelta y le estampó dos sonoros besos, uno en cada mejilla. El anciano prosiguió:

- ¡Gracias, Nico! Yo creí que ya no me ibas a querer más. Es cierto, soy un viejo bufón. El cocinero me contó todo. Soy un viejo bufón, un viejo despreciable. Pero también soy un pobre viejo infeliz, que ha sufrido mucho, que ha pasado mucha miseria. No me despreciés, Nico. Lo único que me queda son ustedes. Vos, sobretodo. ¡Vos! ¡Yo estoy orgulloso de vos, Nico mío! Orgulloso de que seas mi nieto. ¡Sos valiente! Yo soy un pobre viejo cobarde... ¡Ah, pero Dios, si hay Dios, porque debe haber Dios!... ¿Qué te parece, Nico, hay Dios?

- No sé, abuelito.

- Gracias, nietito mío. Llamame así: abuelito. No me desprecies... ¡Si hay Dios, Dios será justo! El veré que es el doctor el culpable, no yo.

- ¿Por qué te humillaba así?

- Porque es rico, porque quiere divertirse. ¿Qué le importa a él divertirse a costa de la humillación de un pobre viejo? ¡Ah, pero qué hermoso estabas en aquel momento, Nico! Me diste miedo a mí también. Si no te sacan, lo matás. ¡Yo estoy orgulloso de vos, nietito mío! Tu abuelo está orgulloso de vos. Trece años, nada más. ¡Y has hecho lo que yo nunca me he atrevido a hacer! ¡Yo he sido un cobarde toda la vida! Y ahora que soy viejo, soy como una cosa que está pidiendo permiso para vivir. Al lado tuyo me siento chiquitito, con tu fuerza, vos me tenés que proteger.

Y se acurrucó como si fuese un chico junto a la madre, apoyando la cabeza en el pecho del muchacho. Este, abrazándole, lo atrajo hacia él, con gesto protector.

El viejo siguió hablando:

- Yo toda la vida me he humillado, he sufrido. Y ya ves. Me hallo viejo y no tengo casi nada, unos pocos ahorros en el banco. ¿Para qué me he humillado? ¿Para qué he sido cobarde? ¿Y ahora? ¿Dónde encontrar quien me dé, no cincuenta pesos mensuales, quién me dé cinco pesos? Él me daba cincuenta para darse el gusto de tener un esclavo, ¡porque yo era su esclavo! Cuando se emborrachaba con sus amigos, yo era el que los divertía... Una vez... ¡No! ¡No te cuento, Nico! Teneme lástima, nietito mío, mi muchacho, teneme lástima. No me despreciés. ¿No me despreciás? Contestame. Decime que no me despreciás. ¿Me querés siempre?

Nico volvió a besarlo y el viejo a hablar:

- ¡Gracias, Nico! Veo que para vos no he dejado de ser tu abuelito Gaitán. El que te cantaba para dormirte, el que te entretenía a vos y a tus hermanitos bailando. A veces, cuando él me hacía bailar y cantar para sus amigos borrachos, yo pensaba en ustedes. Y me entraban ganas de negarme, de decirle: ¡No! ¡Yo no bailo para ustedes! ¡Yo no canto! ¡Mis bailes y mis cantos son para mis nietos!... Pero al fin me faltaba valor y bailaba y cantaba. Y ellos se burlaban de mí, del gringo viejo, y me tiraban pedazos de pan, copas de vino a la cara; y yo los dejaba hacer... Porque si no, ¿dónde iba a ganar cincuenta pesos mensuales mi pobre osamenta? Ese era mi trabajo: hacer de bufón, para que ustedes comieran, para que mis cinco nietos y mi hija viuda no se muriesen de frío, para que no tuvieran que ir a mendigar por las calles... ¡No me despreciés, Nico mío, mi Nico valiente y fuerte, no me despreciés!...

Y se apretó al niño que comenzó a acariciar la cabeza del abuelo, paternalmente. Nico pensaba. El anciano le preguntó:

- Y ahora, ¿qué hacemos ahora?
- ¿Cuánto ha ahorrado?
- Doscientos setenta y siete pesos...
- Bueno, abuelito. Usted ha sido verdulero, ¿verdad?
- Sí, antes de entrar en lo del doctor. Hace dos años y medio.
- ¡Pues, vuelva a ser verdulero!
- ¡No puedo, Nico! Con esa plata no alcanzará para comprar un caballo. Y yo ya no tengo fuerzas para empujar el carrito.
- ¡Pero yo sí!
- ¿Vos?
- Sí, abuelito. Hace dos años y medio, yo era un chiquilín. ¡Ahora soy un hombre, ya lo ve!
- ¡Oh, sí, sí, un hombrazo fuerte!
- Bueno. Compre un carrito y verdura. Usted vende y yo empujo, para comer ganaremos. Y sin tener que sufrir malos tratos... ¿Quiere, abuelito?
- ¿Yo? Yo quiero todo lo que vos quieras.
- Seremos socios, abuelito, ¿eh? Y si ganamos plata, ponemos un puesto en el mercado. ¿Eh?
- ¡Sí, sí que vamos a ganar! Te he tomado tanta confianza, que me parece que soy otro al lado tuyo. Me siento fuerte. Ya no soy el pobre gringo viejo, bufón del doctor Justo de la Peña y Ordóñez... Ahora... ¿Ahora qué soy?
- ¡El abuelito de Nico!
- Sí, el abuelito de Nico el valeroso, de Nico el fuerte...

Y el viejo no pudo hablar más, lloraba; pero lloraba de júbilo. Y se tiró a llorar, apretándose al cuerpo del nieto, como éste había llorado en la antesala del doctor, buscando protección en el abuelo.

Ahora se apoyaba en el niño.

Cara de viejo

La separación de los sexos en la vida social, desde la infancia, tiende a hacer fatales y déspotas a los hombres; débiles y astutas a las mujeres.

RAQUEL CAMAÑA

- ¿Un reportaje a mí? – me preguntó la joven maestra, asombradísima.
- Sí, señora.
- ¿Y por qué? – volvió a preguntar ella.
- Le diré la verdad – repuse -. Estoy encargado por mi diario de hacer reportajes a maestras y maestros. Me dirigí al director de esta escuela, y le dije: Vengo a reportear a la maestra más inteligente. Me indicó que la viese a usted.
Ella me miró un instante, silenciosa. Desconfiaba.
- ¿Duda de mi palabra? ¡Se lo juro! – exclamé solemnemente -. El director me ha enviado a usted.
- En fin, pregunte... - dijo ella, resignada al reportaje.
- Esta vez se trata de una sola pregunta: ¿Cuál es el alumno que más la haya interesado a usted durante todos sus años de ejercicio? Hábleme de él.
Me respondió:
- Supondrá usted, ya son varios cientos de alumnos los que he conocido. Sin embargo, no tengo que recordar mucho. De entre todos, sobresale uno que me impresionó hasta preocuparme. Le contaré: Hará de esto cinco años, al recibirme, como no encontrara vacante, acepté un puesto de maestra en un colegio particular que tenía un viejo amigo de mi familia. Era una clase de veinticinco alumnos: primero y segundo grados. Los chiquillos a la izquierda, los otros a la derecha. Entre éstos, el mayor era Ramón, un niño de nueve años. Sus compañeros lo llamaban “el viejo”. Efectivamente, parecía un viejo diminuto, un gnomo sin barbas. Pequeño, esmirriado, de color moreno; su faz, a la menor mueca, se llenaba de arrugas en cantidad inverosímil. Muy nervioso, estaba lleno de tics, así que su rostro se presentaba continuamente arrugado. Contribuía a aumentar la impresión de vejez, el que le faltaran algunos dientes. Ramón, lo comprendí enseguida, era un peligroso niño precoz. Vivaz, movedizo, alerta siempre: su inteligencia participaba de las características que tenían a su cuerpo en continua inquietud. No era el mejor de la clase, pero podía haberlo sido. Su inconstancia impedía estudiar dos semanas seguidas. Desde el primer

momento, comprendí que él me daría más trabajo que todos los demás juntos; pero me fue simpático. Ramón era el héroe de la clase: era su "gracioso". La más insignificante palabra que él dijese, la más mínima mueca que hiciera, poniendo intención picaresca de burla, bastaba para que todos, hasta el más chiquillo, riesen a carcajadas.

¡Y era gracioso en verdad! Yo misma me vi obligada muchas veces a descender de mi forzada gravedad, y reír como todos, lo cual contribuía a acrecentar la sugestión de gracioso que él ejercía sobre sus compañeros. La más leve sonrisa mía era un éxito que él agregaba a su renombre de burlón. Ya le dije que me fue simpático de primera vista; pero había en él algo muy antipático, más: Repulsivo. Era su risa. Sus ojos eran negros, pequeñitos y muy brillantes. Su mirada era franca, a veces, altanera. Su risa, todo lo contrario, era cínica. Sin reír era feo, sí; pero atrayente. Riendo, su fealdad repelía. Su desfachatez se intensificaba demasiado, se hacía tan evidente que perdía toda gracia. Ramón, como si lo intuyera, no reía casi nunca. Todo lo hacía muy serio e, inmutable también, recibía las carcajadas aprobatorias de los demás chicos. Reía cuando lo retaban. Era su modo de repeler el ataque. Todos los niños se enfurruñan o llegan hasta llorar. Él reía. Y le aseguro que su risa era como una coraza. Viéndole reír, quien lo amonestaba, comprendía la inutilidad de todo lo que se le estaba diciendo. En el alma compleja de aquel niño con cara de viejo y alma de viejo también, no entraban los gritos de amenaza. El director era un anciano colérico, maestro a la antigua; yo lo he visto ponerse cárdeno a fuerza de gritar a Ramón, mirar a éste y verlo reír. La violencia era absolutamente ineficaz para con él. Como si fuese un alma dura, experimentada de viejo, el alma de aquel niño no se estremecía ante las terribles amenazas del director. Hubo una vez en la que éste, fuera de sí, lo empujó hasta tirarlo al suelo. Ramón, despaciosamente, se levantó y se sacudió el polvo del traje. Después miró al director con su mirar franco. Reía. Tuve que intervenir seriamente, porque al director lo enfurecía la impasibilidad de aquel chiquilín de nueve años. Lo hubiese molido a golpes. ¡Qué escena! Recuerdo que reparé en el ridículo de ella, a pesar de que me afectaba: El hombre, trémulo, lívido, temblando de cólera; el niño, impasible, burlón, riendo en una mueca, silenciosamente. ¡Ah!, porque la risa de Ramón no se oía nunca. Se veía, nada más.

El primer día de clase Ramón me quiso "farrear", como ellos dicen. Antes que yo llegara, habían tenido un maestro, un hombre de edad, que los golpeaba con la regla. Al saber que una maestra joven iba a sustituirlo, estoy segura que Ramón, hombrecillo de nueve años, hizo un gesto desdeñoso y prometió a sus camaradas: "¡Ya verán como la farreo!" Estábamos en clase de lectura para los de 2o.grado. Los chiquillos dibujaban sus palotes. Sólo se oía la voz del lector. De pronto, un maullido de gato se levantó desde el fondo de la clase. Los niños rieron. Comenzaba

el espectáculo. La "farra" que Ramón les prometiera. Este, de pie, muy serio, me decía:

- ¡Señorita, anda un gato!

La clase se convirtió en una algazara. Le aseguro que yo lo creí, tanta era la seriedad con que Ramón aseguraba: "¡Anda un gato!" Me levanté para echarlo fuera. Buscamos inútilmente. Sorprendí un gesto de inteligencia y burla que Ramón, a mis espaldas, hacía a sus compañeros, y la ola de risas con que éstos se lo premiaban. La vergüenza y la ira me poseyeron, al verme objeto de aquel chiquillo. Pude contenerme. Le dije:

- Muy bien, Ramón. No busquemos más el gato. Se ha de haber escapado por aquel agujerito. (Y le señalé el del cielo raso). Para que no lo moleste más, siéntese allí, en el primer banco. Él comprendió que yo me había dado cuenta de todo. Mi serenidad lo desorientó. Sentose en el primer banco y quedó quieto por un buen cuarto de hora. Pero estaba quedando en ridículo ante sus compañeros. Y su amor propio lo movió a hacer algo.

- Señorita – dijo.

- ¿Qué?

- ¿Me da permiso para ir afuera?

- Ya sabe – le advertí que el director ha prohibido terminantemente que se salga en horas de clase. ¿Tiene necesidad de ir al baño?

- No, señorita – me respondió él, muy serio.

- ¿Quiere tomar agua?

- Tampoco, señorita.

Los demás niños permanecían a la expectativa. Algo les reservaba "su gracioso". Aquello sería otra parte de la "farra" que les había prometido su clown.

Le pregunté – y esto es lo que él esperaba:

- ¿Para qué quiere ir afuera, entonces?

- Para rascarme, señorita.

La clase se desternilló. Yo no me turbé. Comprendí que no debía encolerizarme, que aquel niño no podía ser combatido vulgarmente.

Afectando mayor inocencia, le dije:

- ¿Y por qué necesita salir afuera para rascarse?

- Porque me pica en un sitio en que no me puedo rascar, porque estoy sentado – me contestó él, siempre muy serio.

La clase estalló de risas. La admiración de algunos los hizo golpear el suelo con los pies.

Yo me mordí los labios. Le repuse:

- No tiene necesidad de salir, Ramón. Venga que yo le voy a rascar donde usted dice que le pica.

Se desconcertó. Yo insistí:

- ¡Venga!

Dio dos pasos hacia mí, pero de pronto se volvió a sentarse. Yo, simulando más candor aún, volví a insistir:

- Venga, yo le rasco si usted no puede. ¿Por qué no viene?

Y me levanté para dirigirme a él.

- ¡No! – dijo - ¡Si no me pica nada! Era para farrearla que le decía.

Ahora la desconcertada fui yo. No esperaba esta confesión de sus intenciones. Lo observé un instante. La mirada franca de sus ojillos negros no se bajó ante la mía. Le dije:

- Hace mal en querer burlarse de mí; usted es el mayor de la clase; es una vergüenza que el más hombre de todos se quiera burlar de su maestra. Es preciso que seamos amigos. ¿Verdad que vamos a ser amigos? Mis palabras lo conmovieron raramente. No sé qué percibí en sus ojos. Su rostro se coloreó y bajó la vista. Volví a preguntarle:

- ¿Verdad, Ramón, que seremos muy amigos?

No me contestó tampoco. Yo seguí la clase. Él quedó cabizbajo, pensativo. Y cuando ya no lo esperaba, me habló:

- Señorita: Yo me voy a portar siempre bien.

¡Qué curioso timbre el de su voz! Me decía aquello como si hiciese un juramento.

Por lo común, los niños criados en el temor de sus padres, son hipócritas.

Ramón poseía una veracidad de hombre, de hombre valiente. Aún perjudicándose, él decía la verdad. ¡Y decía la verdad porque él, tan malicioso, contradicción de su alma compleja!, no sabía mentir.

Cierta vez, faltó dos días seguidos a clase. Cuando vino, le pregunté:

- ¿Has estado enfermo, Ramón?

- No, señorita.

- ¿Y por qué has faltado dos días seguidos?

- Porque me hice la rata. Fui al arroyo de la plaza Garay a pescar ranas. ¡No pesqué ninguna! ¡Si no hay ranas!

Me puse muy seria.

- ¿Pero usted sabe que no se debe hacer la rabona?

- Sí, señorita; sé.

- ¿Y por qué la hace, entonces?

- Porque no tenía ganas de venir a clase. Hay días que no tengo ganas de estar aquí sentado las horas. Si yo le dijese a mi abuela: Hoy no tengo ganas de ir al colegio, ella me obligaría a venir. ¡Me tengo que hacer la rata!

Le hice prometer que no haría más la rabona, y en el mes que estuvimos en paz, no volvió a hacerla. Después cuando se descarriló, la hacía de propósito, con el fin de molestarme. Le detallaré el extraño proceso que se operó en aquel niño.

En clase no hizo más travesuras. Fiel a una palabra que diera en público y con el tono más varonil de su voz, observaba una conducta casi ejemplar. De tarde en tarde, su instinto burlón, su hábito de "gracioso", lo empujaban

a hacer una travesura. Me bastaba mirarlo para que se contuviera. Una sola hizo, una nimiedad; pero en su mundo interior parece que adquirió proporciones inusitadas. Enseñábales yo algunos pájaros traídos del gabinete de historia natural y les explicaba sus características. Yo les había advertido... ¡No toquen! Ramón tocó. Le dije:

- ¡No toque, Ramón!

Y él volvió a tocar con la otra mano. Me incomodé:

- ¿No le he dicho que no toque?

- Usted me dijo que no tocara con la mano derecha, con la izquierda usted no me dijo nada, señorita.

Los demás rieron ruidosamente. Él había leído mi impaciencia, porque rió.

Le dije, sin poderme contener:

- ¡Cínico!

Permaneció apesarado toda la tarde. A la salida me vino a ver, me pidió disculpas, me prometió no hacerlo más y, antes de irse, me besó la mano repetidas veces. Yo quedé preocupada. Aquel niño de conducta tan insólita, no me parecía un niño. Siguió portándose bien. Se desahogaba en el patio. Allí volvía locos a los celadores y sacaba de sus casillas al director. Poseía singular inventiva y audacia. Su imaginación y su acción corrían parejas, lo cual no es común hallarlo ni entre los niños ni entre los hombres. El que imagina no es el mismo que hace. Lo común es que el niño temeroso, de buena conducta, sugiera algo. No faltará el de mala conducta que lo realice. Ramón, inquieto de inteligencia y de cuerpo, no necesitaba ni inspiradores ni cómplices.

Aquella escena me dejó preocupada. Al día siguiente se produjo otra a la que no di importancia sino mucho después: Vi que Ramón cuchicheaba con el camarada de banco, un chiquilín rubio, apocado. Tenía una expresión de tanta malicia que me interesó saber qué le contaba; y se lo pregunté:

El rubio dijo:

- Dice que él es...

No pudo terminar la frase: una fuerte bofetada de Ramón se le aplastó en la boca. El chico se desgarró a llorar. Hubo que socorrerlo. Llegó el director que se llevó al culpable para encerrarlo en su escritorio. No me acordé más de mi pregunta.

Una semana después. La conducta de Ramón se hizo insoportable.

Descaradamente, sin reparar en mis amonestaciones, se portaba mal. No estudiaba, no hacía los deberes, molestaba a los demás. Una vez, en el silencio de la clase, de pronto se puso a cantar un tango. Y todo lo hacía con agresividad hacia mí, riendo. Quise emplear mis palabras más dulces, fracasé. Lo peor era que, al ocupar de nuevo su lugar de "gracioso", así, desfachatadamente, introdujo el desorden y la indisciplina en los demás. Pronto le salieron imitadores. En esa forma transcurrió la semana. Fue una semana imposible, en la que he gastado la mayor cantidad de paciencia de mi vida. Hice milagros de tolerancia, esfuerzos de comprensión. Me daba

cuenta de que algo ocurría en el alma de aquel niño precoz y raro; ¿pero qué ocurría?...

Una mañana, entró a clase y se enfrentó conmigo:

- Ayer no vine porque me hice la rata, mañana también me la voy a hacer. Lo reprendí. Lo amenacé con que si faltaba se lo diría al director y a la abuela, porque era un niño sin padres. Faltó. Y no sólo él, sino que arrastró a otro chico. Yo no le dije nada; pero mi perdón lo exacerbaba. Parecía desear que me incomodase, que lo acusara al director y que lo tratara como a un enemigo.

Entramos en la semana siguiente. La conducta de Ramón me inquietaba. ¿Cómo continuar así, con aquel foco de desorden? ¿Sería él un niño perverso contra el que se estrellaba la idea, siempre eficaz con los niños, de volverles bien por mal? ¿Me habría equivocado? Pero entonces, ¿por qué su excelente conducta y aplicación durante todo un mes y ahora este cambio imprevisto y brusco? Un martes se despidió muy amigo y llegó a la mañana siguiente, armado de su risa procaz, dispuesto a enconarme. Yo no entendía. A aquella alma infantil le perturbaba una pasión. ¿Cuál? Leí el odio, muchas veces, en sus ojillos negros y vivaces; los vi relampaguear brillantísimos. Y cuando esperaba injurias o reproches, ¡qué se yo!, de su odio, éste se extendía en esa risa silenciosa que colocaba una máscara repulsiva en aquella cabeza de viejo enano.

El lunes de la segunda semana, llegó tarde y sin saludar, me dijo:

- Hoy no traigo el deber. Mañana tampoco lo traeré. ¡Ya no voy a hacer más deberes!

Me impacientó su rebeldía sin motivo; pero me reprimí. Lo observé un instante. Sentado en su sitio, me miraba desfachatadamente, y riendo. Le dije, lo más calmosa que pude:

- Si mañana no trae el deber, llamaré al director.

No lo trajo. Llamé al director. Este se encargó de descargar sobre él todos los gritos que yo no le diera. Y lo puso en penitencia: dos horas después de la clase. A la mañana siguiente, Ramón, entrando, me dijo:

- Hoy tampoco traigo el deber. Puede decírselo al director.

Quedé confundida y azorada. ¿Cómo debía obrar con este niño?

Llegó el director preguntando si había traído el deber.

- Sí – le contesté –, sin saber porqué se lo decía.

Pero él mismo se encargó de contradecirme. Descompuesto, con una expresión que le desconocía, se acusó:

- ¡Miente la señorita! ¡No he traído el deber!

Y se aguantó la tormenta de gritos del director, ciego de coraje. A mí me colocó en un conflicto con el anciano maestro, a quién en vano intenté explicarle métodos de pedagogía modernos, usados contra alumnos rebeldes. La fuerza irresistible de la dulzura...

- ¡Teorías, teorías! – me interrumpió él -. Hace cincuenta años

que soy maestro. He tenido miles de alumnos, ¿Y sabe cuál ha sido mi método?: "¡La letra con sangre entra!"...

Ramón llevó una penitencia inusitada. Quedó sin comer, a oscuras en la clase, hasta las diez de la noche. Y al otro día, tampoco trajo el deber! Llegó el director a preguntar y, decidida a hacer lo que mi instinto me decía que hiciera, exponiéndome a perder el puesto, mentí:

- Hoy si los ha traído.

El viejo desconfiaba de mí; esperó que Ramón hablase,. Yo temblaba de emoción; pero el veraz niño, acobardado por la terrible penitencia del día anterior, no dijo nada. ¡Esto es lo que logran los que emplean la dureza contra los chicos! De un raro ejemplar de valerosa veracidad como era ése, el director había conseguido hacer un cómplice de la mentira.

Salió el director, y quedé explicándome ante mis alumnos, disculpándome porque había mentido. Ramón, cabizbajo, pensaba.

Al otro día, trajo el deber.

El hecho me produjo tanta alegría que lo besé en la frente. ¡Qué reacción se produjo en él! Cogió su cuaderno, lo rompió en pedazos, lo tiró contra el suelo... ¡Y se puso a reír! Mirándome, reía.

Quedé estupefacta. No atiné a decirle lo más mínimo. Nunca recuerdo haber experimentado una confusión más molesta. Me sentí humillada. ¡Cuándo ya creía haber triunfado sobre él! ...

Lo retuve después de la clase. Ya solos, conversamos:

- Ramón – le dije – yo sé que usted siempre dice la verdad. Contésteme francamente:

Me miró en los ojos. Comprendí que me iba a decir la verdad. En sus pupilas, reflejándose todo el valor varonil de aquel niño precoz. Le pregunté:

- Dígame, ¡por favor!, Dígame por qué se porta mal.

Sin dudar un segundo, me respondió:

- Porque usted es linda.

Quedé desconcertada. Nunca esperé tal respuesta. Tardé en reponerme, en ser capaz de volver a hablarle. Lo hice, al fin:

- Pero usted, el primer mes se ha portado excelentemente. ¡Y yo era la misma! Usted se porta mal ahora, dice, porque me ve linda, por qué no se portó mal antes también...

Me interrumpió:

- Porque antes usted no estaba de novia, y usted ahora está de novia con otro.

Comprendí. ¡Dijo de una manera tan particular: "¡Con otro"! No quise entrar en detalles; rápidamente recordé aquella escena casi olvidada de cuando golpeó al otro niño para impedir que me contara lo que él decía. Recordé que, efectivamente, mi compromiso matrimonial, databa de unos diez días antes. Ramón lo había sabido y por eso cambió de conducta. ¡Con otro! ... Las dos palabras golpeábanme en los oídos, me lastimaba. No le dije nada. Sin saludar, salí.

Pasé una noche de insomnio, pensando en aquel niño con cara de viejo. Resolví tratarlo como a una criatura. Yo jamás tuteo a mis alumnos. Ni aun a los más chicos. El niño es un ser que estima y respeta sólo a los que lo estiman y respetan. El tuteo es una demostración de superioridad que lo empequeñece. Y al niño hay que dignificarlo. ¡Ya bastante lo humillan los padres y hermanos mayores en la casa, para que el maestro cometa la torpeza de contribuir a esa obra que mina su personalidad! Yo jamás los tuteo; decidí tutear a Ramón para bajarlo de ese pedestal de hombría donde él mismo se colocara. Estábamos en clase de lectura. Él, silencioso, seguía al lector. Le dije, tuteándolo, intencionalmente:

- ¡Lee tú, nene!

Se le transformó la cara. Me miró asombrado. Creí que iba a llorar. ¡Él, a quien le había visto soportar gritos y penitencias riendo siempre! ¡No lloró! ¡Quizás el llanto y el rencor lo ahogaran; pero él rió!

Yo torpe, sin comprender bien la situación, insistí:

- ¡Tú, Ramón, lee!

- ¡No quiero leer!

- ¿Por qué? – le pregunté sonriendo.

Y él, hosco:

- ¡Porque no me da la gana!

Seguí sonriendo:

- ¡Qué chico loco! – le dije -. ¡Eres una criatura, hijito! Se puso de pie, iracundo. Cogió sus útiles, su gorra y salió corriendo. No paró hasta la calle. ¡Y no volvió más! Ni la abuela ni los tíos; nadie pudo hacer que volviese al colegio. El director fue a buscarlo inútilmente. Pensaron en traerlo por la fuerza; ¡pero él amenazó con tanta convicción que se suicidaría! Desistieron. Y nadie supo jamás la causa. El no la dijo a nadie. Yo no hablé de ella al director, porque éste no hubiera comprendido.

Me alegré de la solución. El niño sufría, evidentemente. ¿Y para qué?... Lo vi después de dos años. Yo ya enseñaba en este colegio. Una mañana lo hallé en la esquina. No había cambiado mucho, apenas un poco más alto. Me saludó afectuosamente y comenzamos a hablar de diversas cosas, sobre sus estudios. De pronto, me dijo:

- ¿Sabe una cosa? La he venido a ver para decirle algo.

- ¿Qué?

- ¡Tengo novia!

- Todavía es muy niño usted para pensar en eso – le reconvení, seria.

- ¡Tengo once años ya! – repuso él, como si dijese: “tengo cuarenta años”.

Yo desvié la conversación hacia otros temas. Y, otra vez, él insistió:

- Mire. Esta es mi novia. Tiene doce años. Un año más que yo...

Me alargaba el retrato de una chiquilla. Me explicó:

- Esta es una fotografía a los tres años, ¡ahora no es así! ¡La viese! ¡Es más linda!

Le devolví el retrato sin decirle nada. Me preguntó:

- ¿Usted se ha casado, señorita?
- Sí, le contesté; y volví a desviar la conversación hacia sus estudios. Se despidió en la otra esquina, molesto por mi indiferencia. No lo he visto más. Han pasado tres años desde entonces. Ahora, Ramón tendrá catorce años. No me asombraría verlo mañana en la esquina, y anunciándome:
- ¡Me he casado!

La madrastra

*El que ha temblado ante sus padres,
temblará toda su vida al oír el ruido
de una hoja que arrastra el viento.*

LUTERO

- ¿Sabe una cosa, niño?
- ¿Qué?
- Una mala noticia.
- ¿Cuál?
- Su papá se casa.

Rómulo quedó mirando a la negra cocinera que le daba tal noticia. ¿Bromeaba? No. La negra lo decía en serio. Se encogió de hombros:

- ¡Bah, que se case! ¡A mí qué!...

- ¿No le importa?

- No.

- Porque no sabe lo que es tener madrastra, niño. Yo se lo puedo decir porque he tenido madrastra. ¡Ya verá!

Rómulo se alejó sin querer darle importancia a lo que la cocinera le decía. Sin embargo, aquel "¡Ya verá!", dicho con un tono de amenaza, preocupábalo.

Hacía seis años que muriera la madre. Casi no la recordaba. El padre era un hombre alto, hosco, de pocas palabras y con quien sólo se veía a la hora de comer: hora triste. El niño sentíase molesto en su presencia. Lo que menos hubiese podido pensar el chico era que aquel hombre se pudiese casar otra vez, y le trajera una madrastra: una enemiga, según lo que la cocinera le había dejado presentir. ¡Bien! Que la trajese no más. Rómulo se dispuso a combatirla. Era un niño casi precoz. Criado solo, sin afectos, junto a aquel hombre tan alto, tan callado y tan triste, se había acostumbrado a dialogar consigo mismo. Y a hacer cosas que ningún chico de su edad hubiese hecho.

Esa noche, en la mesa, frente a su padre que comía callado, él, contemplándolo, pensaba... Y de improviso lo interrogó:

- Papá, ¿es cierto que te casás?

El hombre levantó la cabeza del plato y lo miró con asombro. Respondió:

- Sí. ¿Cómo lo has sabido?

- Todo se sabe - respondió casi filosóficamente el muchacho.

Hubo un silencio. El padre volvió a bajar la cabeza sobre el plato. Y a su vez, él preguntó:

- ¿Y qué te parece?
 - ¿Qué?
 - Que yo me case.
 - Y si te da la gana casarte, ¡casate, pues!
 - Sí, eso ya lo sé. Así no me has contestado a lo que yo te preguntaba. Yo te preguntaba qué te parece...
- El niño, resuelto, lo interrumpió:
- Me parece que hacés mal.
 - ¿Por qué?
 - Porque vos estás viejo, papá. Tenés canas...
- El semblante del padre se ensombreció. Quedaron mucho rato en silencio. Y el hombre volvió a hablar:
- ¿Así que te parezco viejo?
 - Para casarte, sí.
 - Tengo treinta y nueve años.
 - Pero dentro de dos meses cumplís los cuarenta.
 - Le llevo diez a ella. Tampoco es una chiquilla, como lo ves. Tiene veintinueve años. Es viuda. Tiene un hijo de once años. ¿La querés conocer?
 - Como quieras...
 - ¡No! Te pregunto si tenés interés en conocerla. Ella siempre me pide que te lleve. ¿Querés ir?
 - Como quieras...
 - No te llevo, entonces. Se ve que no te interesa. Si no te interesa, no te llevo.
- Y no hablaron más.
- Esa noche, acabada la comida, el padre salió como todas las noches. Rómulo se fue a hablar con la cocinera.
- Es verdad, sí, papá se casa. Hoy se lo pregunté. Me dijo que sí. Se casa con una viuda de veintinueve años que tiene un hijo de once...
 - ¿Tiene un hijo? ¡Ah! - gritó la negra con los brazos arriba.
 - ¿Por qué hace así?
 - ¡Pobre niño Rómulo, pobre niño Rómulo!
 - ¿Por qué?
 - Ya verá lo que va a sufrir. Malo es tener madrastra, pero si ella tiene un hijo... va a querer que usted le sirva al hijo.
 - ¿Yo? ¡Cualquier día! ¡Ja, ja!...
 - ¡Ya verá! Todas las preferencias serán para su hijo.
 - ¿Y a mí, qué?
 - ¡Ya verá! Y su mismo padre llegará a querer al hijo de la otra más que a usted mismo.
 - ¡Que lo quiera!
 - Y si se llegan a pelear, a usted han de castigarlo. ¡Ya verá! Y a él le comprarán juguetes y lo llevarán a pasear... ¡Oh, si yo he pasado por todas esas! Se lo digo porque las he pasado. Ya verá entrar a esa mujerota

extraña, a mandar aquí, en su casa... Así me pasó a mí con mi madrastra. Era una mujer que no pasaba por esa puerta de alta y gorda. ¡Tenía un genio!... Al segundo día de estar en casa me dio una paliza. ¡Ya verá!

- ¿Pegarme a mí?

- ¡Ya verá!

El niño se encolerizó:

- ¿Qué verá, qué verá?...

- Bueno, no se enoje. Que su padre se case y después se acordará de mí.

¿Se cree que va a tener la libertad que tiene ahora? Su padre se va a la ciudad y usted se va a la plaza, a jugar con sus amigotes. ¡Qué linda vida! ¡Despídase de ella, niño!

El despecho había demudado el rostro del muchacho.

Sólo atinaba a responder, desafiante y despreciativo:

- ¡Ja, ja!... ¡Ja, ja!...

La cocinera oponía su experiencia personal como un ejemplo convincente:

- ¡Ya verá! Si lo mismo me pasó a mí. ¡Ya verá!...

Rómulo se exasperó:

- Acuérdense lo que le dijo ahora: si mi madrastra me llega a tocar un pelo, le rompo la cabeza con la primer cosa que tenga a mano.

- Sí. Y su papá después lo mata a golpes a usted. ¡Si así nos pasó a nosotros! Mi hermana mayor, un día, se atrevió a gritar a la madrastra. ¡No le quedaron ganas, no! La paliza que le dio nuestro padre. Porque sepa, entre ella y usted, su padre le dará la razón a ella, siempre.

- ¡Que se la dé! A mí no me van a llevar por delante.

- ¡Ya verá!...

Desde entonces, casi a diario, la cocinera y Rómulo hablaban de lo mismo. Ella narraba escenas de lo que pasó en su casa. Meditaba el niño...

Tiempo después, el padre le volvió a preguntar:

- ¿Quieres ir allá?

- ¿Dónde? - preguntó él, aunque sabía bien a lo que su padre se refería.

- A casa de ella, la que va a ser tu mamá.

- Como quieras...

Callaron. Al hombre se le partió el ceño con una arruga honda. Después de un buen tiempo, habló:

- Está bien. Veo que continuas sin interés de conocer a la que va a ser tu mamá...

- Mi madrastra - corrigió Rómulo, agresivamente.

El hombre reparó en esta agresividad y en la corrección. No se dio por enterado y continuó:

- Está bien. Cuando desees conocerla, me avisás. Yo te llevaré. Ella siempre me dice que te lleve... pero si a vos no te interesa...

Y no hablaron más.

El chico narró esta conversación a la cocinera, su confidente:

- ¡Hace bien, niño!. No se deje pisar. Desde el principio muéstrese firme, si no... Aunque de nada le ha de valer... porque... ¡Ya verá!

Pasaron tres meses. El padre no le había vuelto a hablar de ello. Hacían su silenciosa vida habitual, no viéndose más que a la hora de la comida y comiendo, por lo común, sin hablar una palabra.

Una noche, al terminar, el padre le habló. Dijo:

- Mañana me caso. ¿Querés asistir a la fiesta?

- Como quieras - volvió a responder Rómulo.

- Está bien. Ya veo que continuás sin interés. No vayás... pero vas a ir a pasar una semana en casa de tu abuelita, en La Plata.

Esto lo dijo imperativamente.

- Bueno - respondió Rómulo.

- Prepará tus ropas. La cocinera te acompañará. Cuando ésta lo supo, levantó los brazos arriba:

- ¡Pobre niño Rómulo!

- ¿Qué?

- ¡Ya empiezan! ¿Ve? Como usted no quiso ir, ella comienza a alejarlo.

Estoy segura que es su madrastra quien le ha aconsejado a su papá que lo aleje de aquí. ¡Usted le ha de ser muy antipático! Lo alejan. Cuando usted vuelva, ya estará ella instalada aquí, con su hijo... ¡Oh, si yo sé todo esto! ¡Si yo sé lo que pasará aquí! ¡Pobre niño Rómulo! ¡Ya verá!

- Ya veremos, ya veremos - respondió éste, e instintivamente apretó los puños y los dientes, como si tuviera que pelear contra alguien. El niño ya veía a su madrastra: alta y morena, casi tan alta como su padre. Adusta y callada como él; pero se la imaginaba muy gorda. ¿Y el hijo? Tenía once años, uno menos que Rómulo. ¡Ya se probarían los puños!... ¡Sí!...

Pasó una semana afuera, en La Plata, con la abuela, madre de su padre. Allí supo del casamiento. Un domingo por la mañana, se presentó éste a buscarlo. Rómulo notó un cambio en su padre. Estaba casi alegre. Se sonreía. Y lo besó al verlo, cosa que Rómulo jamás recordó que hubiese hecho. Tomaron el tren. Sólo faltaba una estación para llegar, y el padre le dijo:

- Ahora vas a conocerla. No te recomiendo nada, porque sé que la vas a querer. Todos la quieren. Y vos sos un buen muchacho. Un poco cabeza dura, nada más. Tenés a quien salir. Salís a tu padre.

Y sonrió. El niño lo miraba callado, muy serio. Prosiguió él:

- Despedí a la cocinera. Me di cuenta que ella te predisponía contra Rosaura. ¿Sabés quien es Rosaura?

- Mi madras...

- Sí, tu mamá. - lo interrumpió el hombre.

Pero el niño, muy sereno, lo corrigió a su vez:

- Mi madrastra.

No se enojó el padre. Sonriente, prosiguió:

- ¿Para qué predisponerte mal? ¡Qué torpeza! Es mejor quererse... Ya vas a ver como la tendrás que querer. A ella todos la tienen que querer...

Rómulo estaba asombrado de oír hablar tanto a su padre, tan mustio y silencioso siempre.

Llegaron. En el camino de la estación a la casa, el niño iba haciéndose proyectos, como saludaría hosco, lo que respondería,,, y se iba imaginando a su madrastra: muy alta, muy gorda, de ojos brillantes y negros...

Entraron.

- Aquí tenés al cabeza dura - dijo el padre.

De entre las plantas se levantó una mujercita rubia que lo miraba con ojos asustados de chiquilina. Se acercó a ellos:

- ¿Este es?

- Sí.

- ¡Ohi - exclamó ella, juntando las manos - qué diferente a como yo me lo figuraba! ¡Si este chico tiene cara de bueno! ¡Yo me lo había figurado tan distinto!...

- Aquí tenés a tu mamá - habló el padre. Rómulo estuvo a punto de corregir: "mi madrastra", pero calló.

El padre continuaba: - ¿A que vos también te la habías figurado diferente?

- ¿Sí? - exclamó ella - ¿A ver cómo me habías figurado?

- Muy alta y muy gorda...

Ella se echó a reír estruendosamente:

- Y con cara de mala, ¿eh? Con cara de madrastra, ¿eh? ¿Por eso no quería venir?

- Pero lo estás tratando de usted, Rosaura - advirtió el padre - ¿No ves que es un niño? No tiene más que doce años.

- ¡Es cierto! Pero como es tan alto... ¡Si parece un hombre! Si es más alto que yo... a ver... (Y se midió con él). No. Todavía yo soy un poco más alta. ¡Qué diferencia con mi Toñín! Mi Toñín tiene once años pero te da al hombro... ¿Eh? ¿Ahora te tuteo? Y vos también me tenés que tutear. A ver, habla algo...

- ¿Qué? No sé qué...

- Ya te voy a enseñar a hablar, como a tu padre. ¿No has reparado en lo charlatán que está ahora? ¡Si ahora es capaz de decir cuatro palabras juntas! ¡Cuando yo lo conocí!... ¡Era una estatua de piedra! Pero vení, vas a conocer a mi nene. ¡Quiero que sean muy amigos, muy amigos!...

Cogiéndolo de una mano y conduciéndolo, llamaba:

- ¡Toñín! ¡Toñín!

Un chiquillo rubio y delgadito, con los mismos ojos verdes de ella, apareció, asombrado como había aparecido ella:

- ¿Qué, mamita?

- Aquí tenés a Rómulo, tu hermano.

El chiquillo se acercó a él y lo besó repetidamente. Rómulo sólo se dejaba besar.

Ella lo hablaba:

- Este es Toñín, mi hijo. Tu hermanito. Se llama Antonio, pero le decimos Toñín, porque es chiquito. Vos que sos grande y fuerte, lo vas a defender. ¿Eh? ¿Oís, Toñín? Rómulo te va a querer mucho. Va a ser tu amigo...

- ¡Sí, sí, sí!... - decía el chiquillo, saltando alegremente y acariciando a Rómulo.

Vení. Te voy a mostrar el cuarto de los dos. Vas a dormir con Toñín para que no tenga miedo. ¿Vos no tenés miedo de la oscuridad?

- ¡No! - respondió Rómulo, orgullosamente.

- ¡Qué vas a tener miedo si sos un hombrazo! Pero este es un chiquillo.

Tiene miedo. ¿Oís, Toñín? Rómulo no tiene miedo de la oscuridad. Rómulo es muy valiente. Va a dormir con vos, en el mismo cuarto...

- ¡Sí, sí, sí! - saltaba el chiquillo, apretándose a él, acariciándolo - yo te voy a enseñar el cuarto, vení

Y corrió adelante. Entonces Rómulo reparó en que el chiquillo era cojo.

Esa noche, al acostarse, los dos chicos hablaron. Toñín era locuaz. Hablaba de sí mismo, de su vida pasada, de su mamá, incontenible y alegremente. Rómulo le escuchaba, experimentando un extrañísimo sentimiento. El se había propuesto resistir a la madrastra y al hijo, demostrarles su disgusto; ¡y éstos eran tan diferentes a como la cocinera le había hecho que se imaginase que eran!...

Este chiquilín locuaz y cariñoso que ya lo trataba como si en verdad fuese su hermano menor y lo hubiese conocido toda la vida, le inspiraba un imperativo sentimiento de simpatía. Y la madrastra también. Pero estaba decidido a resistirse. Quería guerrear. Se sentía defraudado no haciéndolo. De improviso, interrumpió al otro que hablaba:

- ¿Sos cojo de nacimiento?

El había querido mortificarlo. No fue así. El chico empezó a enterarlo, muy naturalmente:

- ¡No! Me caí de una escalera. Suerte que sólo quedé rengo. Mamá conoció un hombre que se había quedado jorobado de un golpe igual. ¿Verdad que es mejor ser rengo que ser jorobado?

- Mejor es no ser nada. ¡Así como yo! ¿Ves?

Comenzó a saltar en el cuarto.

- ¡Qué lindo sos vos! - exclamó Toñín - ¡qué fuerte sos!

Y Rómulo experimentó entonces una vergüenza inexplicable. El hubiese querido que el otro lo insultara, y en cambio...

Se metió en la cama, pensativo. Toñín seguía contando cómo se había caído de la escalera.

Tres días después, una tarde en que el padre volvía de la estación y Rómulo se hallaba en la plaza, jugando con sus amigotes, aquel lo llamó:

- ¿Y tu mamá?
 - Quedó en casa, arreglando las plantas.
 - Y Toñín- También, en casa.
 - ¿Por qué no lo has traído a jugar?
 - Es muy chico para jugar con nosotros.
 - Sólo tiene un año menos que vos...
 - Sí, pero es muy chico.
 - Es verdad, me olvidaba que vos sos más hombre que ningún muchacho de tu edad. te voy a hacer una pregunta que quiero que me contestes como un hombre
 - ¿Cuál?
 - ¿Qué opinás de tu *madrastra*? - y subrayó la palabra intencionalmente.
 - ¿Qué opino? No sé.
 - No querés opinar.
 - ¿Por qué no voy a querer opinar?
 - Porque tendrías que opinar bien. Andá a jugar, hasta luego.
- El chico quedó azorado.

Ella quería que Rómulo la llamase *mamá*. No lo conseguiría. Haciéndose el que no se habituaba a ello, aunque sólo por obstinación, él la llamaba *Rosaura*.

- ¿Ya oís como Toñín le dice papá a tu padre? Y cómo lo quiere. Todas las noches, al acostarse, no se olvida de darle un beso. ¿Por qué vos no hacés lo mismo conmigo?

- No sé.
- Todo lo arreglás así: No sé... Y lo sabés todo, porque sos un niño muy inteligente.
- Me olvido.
- Bueno. Yo no me voy a olvidar. La noche que te acostés sin besarme, yo iré a tu cuarto. Yo no me voy a olvidar.
- ¿Querés que yo te haga recordar, Rómulo? - saltó Toñín.

El otro no respondió. Ni lo miró siquiera. ¡Qué sabía el chiquillo de lo que pasaba en su alma, de la lucha entre su soberbia y su sentimiento!

Para Toñín, la alegría más grande era ir a la plaza con Rómulo, a jugar con los amigos de éste. Rómulo no lo llevaba. Cierta vez el padre lo atajó en la puerta.

- ¿Adónde vas?
- A la plaza.

- Llévalo a Toñín. ¿No ves que el pobrecito se aburre aquí solo?

Rómulo lo llamó, entonces:

- ¡Antonio! ¡Antonio!

Porque otra de sus obstinaciones era llamar Antonio al chico. En vano la madrastra y el padre lo corregían; él argüía olvido.

¡Antonio!

- Qué?

- Vamos a la plaza.

- A la plaza con vos? ¡Viva! - himnó Toñín y se largó con él, andando todo lo ligero que le permitía su cojera.

Rómulo proyectaba una venganza. Le quitaría a aquel mocoso las ganas de andar a la cola de él. Cuando llegaron, cuchicheó con sus amigos, y éstos, apartándose, comenzaron a burlarse de Toñín. Cantaban:

- ¡Una, dos tres! ¡Una, dos, tres! - y remedaban su cojera.

Toñín miró a Rómulo. Aguardaba protección: pero éste se había apartado, haciéndose el que no oía; y el chico se sentó en un banco, a esperar que los otros se cansasen. y lo pasó allí, sentado y sin jugar.

Dos días después, Rómulo salía y el padre volvió a decirle:

- ¿Vas a la plaza? ¿Por qué no llevás a Toñín?

- ¡Que venga si quiere!

- ¡No! - dijo éste.

- ¿Por qué no querés ir?

- No me gusta.

Y a Rómulo no le pasó inadvertido que Toñín no lo acusaba. Otro chico cualquiera lo hubiese contado todo. Este callaba. Era distinto.

También era distinta su madrastra. Otra lo hubiese acusado a su padre. Ella nunca lo hizo. A veces le contestaba de mal talante. Una vez lo hizo brutalmente:

- Rómulo, ¿quieres ir al almacén a...?

- ¡No! - respondió él - ¡Mande a su hijo!

- ¿Pero estás enojado?

- ¡No!

- ¿Entonces por qué me contestás así, por qué me tratás de usted? Te he hecho algo?

- ¡No!

- Si te he hecho algo, perdoname.

Rómulo salió corriendo. De súbito, había sentido que un sollozo le subía del pecho y lo ahogaba. Se hubiese tirado de rodillas ante ella, a besarle las manos, a llorar... Por eso salió corriendo.

Esperó que ella contara lo sucedido al padre. Se presentó receloso a la comida; pero se dio cuenta de que su padre no sabía nada. Y ella lo atendía y mimaba como siempre, cariñosa y dulce.

Rómulo comía en silencio. ¿Avergonzado? ¿Arrepentido? ¿Qué le ocurría a él?

Una noche sorprendió una conversación. Ellos ya se habían acostado. Toñín dormía. Rómulo, desvelado, daba vueltas en la cama. De pronto oyó su nombre pronunciado por su padre, y también la voz de la madrastra. Saltó del lecho. Cautelosamente se acercó a la ventana y escuchó. Sí, hablaban de él. Estaban en el jardín, sentados. El padre decía:

- Es un chico obstinado, pero es bueno.

- Sí, es bueno - asintió la madrastra. ¡Y lo que él hubiese deseado oír: ¡No, es malo, malísimo! Pero ella dijo: Si, es bueno, y continuó:

- Lo que tiene es que se ha criado sin madre, solo. Los niños que se crían así son tristes, son hombres antes de tiempo. Se acostumbran a pensar; mientras que si tienen madre dejan este trabajo a la madre.

- Pero ya van dos semanas que viven juntos - arguyó el padre -, ya podría haberte tomado algún cariño.

- Y me lo tiene. ¿Crees que no me quiere, acaso? ¡Sí, me quiere!

- No lo demuestra.

- ¡No importa!

- Y con Toñín se muestra despreciativo.

- Eso es lo único que me hace mal. Porque el pobrecito sufre con su desdén.

- Podríamos ponerlo pupilo...

- ¡No! ¡Qué esperanza! - gritó ella.

- Nada más que un mes - continuó el padre - . Para que pruebe la vida un poco. Es un niño muy soberbio, porque siempre ha vivido solo, como un salvaje, haciendo lo que quiere. Yo nunca me he podido ocupar de él...

- Y ya ves, ¿si criándose así es bueno, qué será ahora, que tiene madre? ¡Ponerlo pupilo! Pero ¿imaginás lo que sufriría? Yo no se como una madre puede poner pupilo a un hijo. O dejarlo sin vacaciones. ¡Esto es un crimen!

- No te exaltes así, exagerás... - dijo él, burlón.

- ¡No exagero, no! Cuando paso por uno de esos colegios en cuya fachada grita un gran cartel: *No hay vacaciones*; yo entraría y le diría al director: ¡Criminal! Si yo tuviese poder impondría en todos los colegios tres meses de vacaciones. Los exámenes en marzo para aplazados, es un error. ¡No! En el verano, los niños sólo deben pensar en correr, tomar aire y sol. ¡Qué libros! Los libros son tristes.

- No te creí una pedagoga tan avanzada - volvió a decir él, burlón siempre.

- Hablo como madre, y las madres nunca nos equivocamos respecto a nuestros hijos. Yo me figuro a mi Toñín pupilo. ¡Qué horror! ¡Cómo sufriría el pobre! ¿Tenés valor de hacerlo sufrir a tu hijo?

- "Quién bien te quiere te hará llorar", dice el refrán.

- ¡Eso es muy antiguo! Los que decían eso, también decían: "La letra con sangre entra". ¡No, el que quiere no hace llorar! ¡Ya conocerán el dolor nuestros hijos! ¡Pero que no lo conozcan por causa de sus padres!

- Entonces, nuestro cabeza dura se queda en casa, no va pupilo.

- ¡No va pupilo, no va pupilo!

Rómulo hubiese deseado que ella llegase a otra conclusión. Hubiese deseado ir pupilo, por consejo de ella, para tener una causa para poder odiarla. Mostrarse a los otros muchachos como víctima de la injusticia de una madrastra. Pero aquí ocurría todo a la inversa. Sintió que aquella mujercita dulce lo vencía, se apoderaba de él, lo iba a obligar a amarla mucho; y quiso luchar hasta el fin, resistirse al sentimiento.

Abrió la ventana violentamente, y comenzó a gritarle a ella, sin tutearla:

- ¡Mándeme pupilo! ¡Mándeme pupilo! ¡No me importa nada! ¿Se cree que voy a llorar porque me mande pupilo? ¡Mándeme, nomás!... - y gritaba cada vez más fuerte, ya sin saber lo que decía, haciéndose injusto -. ¡Mándeme! ¡Allá voy a estar mejor que aquí!

Cerró la ventana y se acostó, trémulo, encendido.

Toñín había despertado y le preguntó:

- ¿Qué hay, Rómulo?

- ¡Que me quieren mandar pupilo! ¡Que me manden, pues! ¡Se creen que yo voy a llorar por eso! ¡Vos sí llorarías!

- ¡Yo, sí!

- Pues, yo me río...

Y se puso a simular carcajadas. Calló. Había oído la voz colérica de su padre en la pieza de al lado. Y la de su madrastra que lo contenía. Aguardó. Al fin vio entrar a ella. El chico se subió las sábanas hasta los ojos. Ella se llegó a él, lo contempló un rato y lo llamó:

- Rómulo, Rómulo...

El no respondía. Entonces le dio un beso en la frente.

- ¡Mamita! - exclamó Toñín suplicante -. ¡No lo manden pupilo a Rómulo!

Este no oyó más. Los sollozos sofocábanlo. Metió la cabeza entre las almohadas para que no los oyeran.

El padre almorzaba a las diez y se iba al empleo. Ya no se le veía hasta la noche. Al día siguiente, Rómulo que volvía del colegio a las doce, se sorprendió viendo a su padre en el jardín. Hablaba con un señor al que despedía.

Cuando éste salió, su padre se volvió a él:

- ¿Sabes quién es ese?

- ¡No!

- El médico.

- ¿Por qué?

- Tu mamá está enferma... está muy grave. ¡Se puede morir!

- ¡¿Eh?! - hizo Rómulo, y los libros se le cayeron de la mano.
Hombre y niño miráronse.

- Vení - dijo aquel, y lo condujo a un banco.

- Pero...

- ¡Se muere! Me lo acaba de decir el médico... ¡Una bronconeumonía!
Rómulo se sintió poseído de un dolor súbito.

- ¡Papá! - gritó y, llorando, tumbó la cabeza sobre el pecho del padre.
Este se la acarició.

- Has visto, vos que no la querías...

- ¡Sí la quería, papá: sí la quería mucho, papá!...

- ¿Y por qué, entonces, te portabas así con ella?...

- No sé papá, no sé... ¡Pero yo la quería! La culpa la tuvo la cocinera que me habló contra las madrastras... ¡Yo la quería, papá; yo la quería mucho!

- Bueno - dijo el padre - no llores más. ¡Te he engañado! Tu mamá no tiene nada. Un poco de fiebre, nada más. Mañana o pasado estará bien. No llores más. ¿Por qué seguís llorando?

- No sé... no sé... porque tengo ganas de llorar.

- Eso es arrepentimiento. ¿Ves? Suponete que hubiese sido verdad, que ella estuviese grave, que se hubiese muerto...

El chico lo miraba. Y volvió a tumbar sobre su pecho la cara llorosa.

- No, papá; no, papá...

El hombre le acariciaba la cabeza, y le hablaba como el niño nunca oyó hablar a aquel hombre seco y parco. Le hablaba que parecía ella la que hablaba, no su padre.

Y se lo dijo:

- ¡Cómo hablás vos, papá, ahora!

- ¿Cómo?...

- Hablás como... como mamá... Ella te ha enseñado a hablar así.

- ¿Cómo?

- No sé explicarte... Así como ella habla...

- ¿Cómo habla ella?

- Ya te digo: no sé explicarte... Pero ella habla que dan ganas de besarle las manos cuando habla...

El hombre y el niño quedaron mirándose, sin saber que decirse, emocionados los dos.

- Yo te dije que la ibas a querer. Todos los que la conocen la tienen que querer...

Apareció Toñín.

Rómulo se levantó súbitamente:

- ¿Querés que lo lleve a la plaza?

Y señaló al chiquillo.

- Bueno, después de almorzar. Vengan a almorzar. Y entró en la casa.

Quedaron los dos niños.

- Yo no voy a la plaza - dijo Toñín.

- ¿Por qué? ¿Porque te gritan una, dos, tres? ¡Al primero que te grite algo, le rompo el alma! ¡Le rompo el alma! ¿ Vas a venir, Toñín? ¡Yo te voy a defender!

Por primera vez lo llamaba Toñín.

Este, aplaudiendo, gritó:

- ¡Así, sí; así, sí!

Bola sin manija

*El niño será aquello que nosotros le
Hayamos persuadido que él es. Entonces
no le hagamos creer que es perezoso, malo,
incapaz de hacer nada de provecho; démosle,
por el contrario, confianza en sí mismo;
librémosle de su timidez natural, habituémosle
desde el principio a querer, después a lograr
lo que ha querido; a poder...*

GUYAU

Claudio, a los catorce años, se sentía un hombre. No le faltaban motivos para sentirse un hombre. Desde hacía dos años rodaba por las calles, de conchabo en conchabo, sin parar en ninguno. "Bola sin manija" le habían puesto en la escuela; "Bola sin manija" se había oído decir en todas partes. Rodaba como "bola sin manija". Por qué?...

Aquello parecía una confabulación; parecía como que al salir de una parte, alguno escribiera sobre su frente la frase y que allí donde llegara la leyese: "Bola sin manija". Quedó huérfano de madre a los doce años; pronto el padre lo echó: "¡A la calle, afuera, a rodar como "bola sin manija", a la calle!"

Claudio comenzó a rodar por las calles. Se colocó en un almacén; pero al amo se le ocurrió una vez darle un tirón de orejas. El le partió la cabeza de un botellazo. Lustró botines quince días, vendió diarios dos meses. Entró en una botica de lavafrascos. No paró ahí tampoco. No paraba en ninguna parte. Dueño de un alto concepto sobre sí mismo, a pesar de su corta estatura que lo hacía menor de lo que en realidad era, el muchacho se sentía hombre, verdaderamente un hombre, capaz de ganarse la vida a lo hombre, trabajando. Y altivamente también, por qué no?, haciendo valer sus derechos. Respetando y respetado. Y por qué los hombres se habrían de obstinar en tratarlo a lo chiquillo, gritarle, humillarlo, hasta querer pegarle a veces? Un muchachón de catorce años que ya lleva dos ganándose la vida, el duro pan y el duro lecho, no es un hombre, acaso? ¡Pero si él se sentía más hombre que muchos hombres de canas! Recordaba: una vez...Y otra vez...Y otra más... Pero en todas ellas no había sido más hombre que quienes se creían más hombres por ser padres de familia? Por ejemplo: Una vez, aún no había cumplido los catorce años, entró en una casa importadora. Era el menor de los empleados; no lo trataban bien, ni aun éstos mismos. Claudio los despreciaba. Entre ellos

andaba el hijo del patrón, un mozalbete de veinte años, muy peripuesto y ensoberbecido. Gritaba a todos. En cierta oportunidad, le dio un empujón a un empleado, canoso ya, uno que podría ser su padre. Claudio se cegó; y dio a su vez un empujón al mozalbete y se dispuso a golpearlo con él. El otro rehusó la lucha. Salió gritando: ¡Papá, papá!... Llegó el patrón, se arremolinaron los empleados y los peones. Todos gritaban. Todos contra él. Su acto de querer trompearlo con el hijo del patrón, ide empujar al hijo del patrón!, había sacudido a todos. Claudio se cegó de nuevo y los insultó, los desafió a todos. Fue expulsado. Al salir, se la prometió al mozo ensoberbecido. Y lo esperó en la calle, dispuesto a golpearlo. Mas no bien se plantó frente a él, rojo de cólera, con los puños cerrados, desafiante, oyó gritar. El mismo empleado canoso, el que él había defendido, salía en defensa del hijo de su patrón. Pedía auxilio. Claudio sintió una sensación tan neta de desaliento, que echó a correr, no sólo para librarse de pasar una noche en el calabozo, que no tenía nada de dulce, ¡bien lo sabía!, para librarse también de la presencia de ese bicho humano, bicho viscoso, que defendía al mismo que lo humillara...Echó a correr, a la bola sin manija, a rodar. Y siguió pasando negras, duras las horas. ¿Dónde ir? ¿Qué comer? ¿Cómo dormir? En qué trabajar?... Al fin halló un amigo. No era un hombre de muy buena traza; pero cierta vez que él se hallaba dormitando en un umbral, una noche de junio implacable, aquel hombre se le acercó, le ofreció llevarse a su casa... Aceptó. ¿Cómo no aceptar, si en todo ese día no comiera nada? Fueron a una lechería. Claudio devoró un "completo": café con leche, pan y manteca. El amigo le ofreció otro y él aceptó. Se devoró tres "completos" sin resollar.

- ¿Tenía hambre?

- ¡La gran siete, si tenía hambre!

Una cosa que le hizo hacer simpático a aquel hombre de mala traza, fue que no lo tuteaba como los demás, como todos. ¿Pero por qué habrían de tutearlo a él, si él trataba de usted a los demás, a todos, aun a los muchachos de su edad? Aquello lo exasperaba. Tomábalo a desprecio. Se fue con el amigote a su casa: una piezucha de conventillo. Este le señaló una cama de las dos que había en la piezucha:

- Duerma allí. Era la cama de un compañero ¡Antes que vuelva! Está preso. Ayer fallaron. Tiene para nueve años y tres meses No será un colchón de elástico ese; pero será mejor que el umbral, más blando por lo menos.

Claudio vivió varios días allí, con aquel hombre. Le hacía el puchero, y resultó un alegre camarada. Buen hombre. El primer hombre que lo miraba como hombre a él, a Claudio, al "bola sin manija". Una noche, al sentarse a comer, entró la policía al cuartucho:

- ¡Arriba las manos! ¡Dense presos!

Los revólveres de dos vigilantes y un oficial apuntaban, inexorables. No hubo más remedio: abandonar los cubiertos y levantar las manos. Les

pusieron esposas. Claudio protestó. El oficial lo bamboleó de un puñetazo en la cara. El le tiró un puntapié y los tres se le fueron encima, el oficial y los dos vigilantes. El muchachote, con las manos atadas, se defendía a duras penas. Fue reducido.

- ¡Andá saliendo, che!

Y un vigilante lo sacó a empujones, ensangrentado y dolorido. Lo metieron en un carro. Pronto cayó adentro, como un bulto, su compañero de pieza. Claudio no sabía por qué los llevaban presos. El otro lo enteró: era ladrón. Calabozos, preguntas, insultos, malos tratos; se pasó un mes. De mano en mano, entre policías que lo trataban como a bulto de pasajeros de segunda, sin misericordia.

- ¡Si le hacen rejuntar rabia contra la vida éstos! – pensaba Claudio. ¡Se sentía rebotante de odio! ¡Acido de impotencia! ¡Cómo lo roía su humillación!

Una tarde lo llevaron ante el juez de menores. Era un hombre alto, joven todavía, aunque algo canoso, miraba limpio con sus ojos azules. Claudio se sintió como en un remanso frente a aquel hombre.

El juez le dijo:

- ¡Siéntese!

¡No lo tuteaba! No lo tuteaba? ¡Hacía tanto tiempo que no se oía tratar de usted! Todos se permitían tutearlo confianzudamente, como si se tratase de un animal, no de un hombre, un hombre de catorce años, sí, pero con vergüenza, con respeto de sí mismo. ¡Un hombre verdadero! ¡Y el juez no lo tuteaba! ¡El juez, no! ¡A él, que lo llevaban y lo traían carceleros y vigilantes! Y el juez no lo humillaba? Lo miró a los ojos, tan limpios, y sin saber porqué echó a llorar. Convulsivamente, como un niño muy niño, a protestar, gimoteando:

- ¡Yo no soy ladrón, yo no soy ladrón! ¡Yo nunca he robado!

Una amargura incontenible le subía desde lo más profundo de sí mismo.

El juez habló:

- Bien. No llore más. Cuénteme toda su vida, ¿por qué vivía en la pieza de ese hombre? Es un ladrón conocido. Usted no lo sabía? Cuénteme...

Había tal serenidad en su acento que Claudio se sintió confortado, sintió como si después de haber caminado mucho, hambriento y sediento, le dieran de beber leche recién ordeñada, tibia y dulce. El odio ya no le mordía los pensamientos con sus dientecillos finos de ratón. Comenzó a hablar. Narró su vida de pobre muchacho, "bola sin manija", al vaivén de las circunstancias, y chocando contra el egoísmo de los hombres, como si fueran cosas inertes puestas en su camino. ¡Sentía tal necesidad de ternura, él, que desde hacía dos años, desde la muerte de la madre, no la gustaba! ¡Y tan rica que es la ternura!

El juez le oyó hablar.

- Bien, amigo, bien – le dijo al cabo -. Yo veo que usted es más víctima

que culpable. ¿Pero me ha dicho la verdad? Claudio lo miró a los ojos, casi ofendido; y el juez leyó la verdad, la vio brillando, inconfundible, en los ojos negros y luminosos del niño.

- ¡Sí! Veo que me ha dicho la verdad. Bueno, yo lo ayudaré, amigo. Hasta mañana. – Y le puso una mano en el hombro para despedirlo. Claudio salió de allí alegre, alegre como si todo el sol de aquella tarde primaveral se le hubiese metido en el corazón y se lo llenase de luz. Hasta el vigilante negro que lo acompañaba le pareció menos adusto. Por qué todos los hombres no son así, como el juez? ¿Por qué se empeñan en hacernos malos? ¡Si todos fuesen así, uno sería tan bueno! – pensaba...

- ¿Pa' dónde vas, pedaso' e bruto? ¡Por aquí, che!

Era el vigilante que lo hablaba, sacándolo de sus reflexiones. Claudio no se molestó. ¡Iba tan contento!

Se veía como se veía, pero podría creerlo? ¿Acaso la buena suerte se había hecho para él también, para Claudio, para el "bola sin manija"?... El juez había colocado en su quinta, de ayudante del jardinero. Aquello significaba comer dos veces por día, dormir en cama y veinte pesos mensuales de salario: ¡la fortuna! Trabajó una semana, trabajó de firme, alegremente. Como un fruto de savia, se sentía henchido de buenos propósitos, maduro de bondad. Allí nadie lo mandaba. El jardinero era un pobre hombre, encorvado, llevaba sesenta años de servir: había sido lacayo, portero y mucamo de casas ricas siempre. Esto lo envanecía, y nombraba los apellidos de las casas donde él había servido. Mostraba documentos, cartas de recomendación. A Claudio le inspiraba lástima, sobre todo. Su manera de hablar al patrón o a la señora, con el sombrero en la mano, curvo, sonriente... Y Claudio, a su vez, le inspiraba lástima al jardinero. Su sentido práctico decía al pobre hombre cuánto tendría que pasar aquel muchachote repelón, que no se sacaba la gorra para hablar a la señora, ni se encorvaba ni sonreía. La señora le era profundamente antipática a Claudio. Hermosa y elegante como era, la deseaba desde lo más profundo de su naciente virilidad. La veía inaccesible, como si fuese una diosa autoritaria, ante quien se inclinaban ocho criados. El vengábase haciendo como que no reparaba en ella. Ni la miraba; pero, a veces, cuando él se hallaba curvado sobre la tierra, hediendo a sudor, hincando la pala, la oía pasar, sentía su perfume... ¡Enervábase! Experimentaba una sensación oscura, incomprensible. De haber tenido poder no sabía bien qué hubiese hecho con ella: si besarla o pegarla.

Esto ocurrió a los quince días de estar Claudio en la quinta del juez: Todos los domingos, el jardinero recibía a un nieto, niño de diez años que venía de la ciudad, tal vez de un conventillo, y a quien la quinta parecía el cielo. ¡Triscaba y corría el muchachito! Claudio esa tarde se hallaba regando. El chiquilín perseguía mariposas. Cogió una y comenzó a chillar de júbilo:

- ¡Una mariposa!, una mariposa!

Detrás de él, saltó una voz:

- ¡Dámela!

Era el hijo mayor del juez, un niño también de diez años. El nietecillo del jardinero se resistió:

- ¿Por qué?

- ¡Porque es mía!

- ¡Yo la cacé!

- Pero la has cazado en el jardín de mi papá. Todo lo que hay en el jardín es de mi papá. Las mariposas son de mi papá. Dámela.

Esta teoría acerca de la propiedad no pudo convencer al niño paria; Mejor aun: No la entendía. En él no estaba desarrollado el instinto de posesión, como en el otro, en el rico. El estaba acostumbrado a andar por la calle, a apoderarse en las fruterías y almacenes de lo que pudiera apoderarse.

Quizás pensaría también: Yo estoy en el jardín de su papá, y yo no soy de su papá. ¿Por qué a la mariposa no le va a ocurrir lo mismo que a mí?

- ¡Dámela! ¡Dámela!

Gritaba el otro, adelantándose, imperioso. El nieto del jardinero dio unos pasos atrás:

- ¡No! ¡No! ...

El otro se tiró sobre él, dispuesto a quitársela, y él echó a correr entonces. Lo persiguió unos diez metros. De pronto, el perseguidor, resbalando, cayó sobre las conchillas del sendero. Comenzó a llorar, a gritar. Claudio corrió a levantarlo. Aparecieron niñeras, mucamas, la gobernanta, por fin la señora. Lo rodearon, le limpiaron las rodillas y las manos.

- Te caíste? ¿Cómo te caíste? ¿Por qué te caíste? No te hiciste nada? ¡No!
¡Ah, pobrecito!

El chico seguía llorando más cuanto más lo solicitaban.

- ¿Qué pasó? Y usted no veía que el nene se cayó?

Era la señora que hablaba a Claudio.

Respondió éste:

- Yo lo levanté.

E iba a explicar lo ocurrido. Apareció el jardinero y detrás de él, como cobijándose en su sombra, temeroso, todavía con la mariposa entre los dedos, el nietecillo. El otro, al verlo, lo señaló, lo acusó:

- ¡Me empujó él!

Y siguió llorando.

- ¡Ah!

- Eh?

El jardinero y la señora habían exclamado a la vez y, a la vez, en tanto una se adelantaba, agresiva, el otro, agresivo, cogía al culpado del pescuezo. El chiquillo soltó la mariposa. Claudio la vio caer, era un trozo de papel amarillo; intentó volar, como si el viento animase a un papel, le diera vida por un segundo. Y quedó sobre el sendero, inmóvil, aleteando...

La olvidó para acercarse al grupo. Ahora lloraba el nietecillo del jardinero, éste lo golpeaba sin misericordia ante la impasibilidad de todos.

- ¡Eh, no le pegue así, no le pegue! – gritó Claudio, y se adelantó.
- ¿Que no le pegue? – chilló la señora - ¿Que no le pegue y ha empujado al nene, lo ha hecho caer, lo ha lastimado?...

Niñeras, mucamas, gobernanta, todas protestaron contra él, contra Claudio; contra él que se oponía a que se hiciera justicia.

- ¡No faltaba más!
- ¿Que no le pegue?

Claudio se cegó. La sangre, esa sangre suya que sería muy roja y muy caliente, más caliente y más roja que la de los demás, le comenzó a quemar en las mejillas; en oleadas incontenibles le golpeaba las sienes, le zumbaba en los oídos le hormigueaba por los dedos. Pudo meditar todavía;; los sufrimientos pasados lo hacían tan cobarde que ante la injusticia, aun pudo contrabalancear lo que su propia conveniencia le cuchicheaba solapadamente y lo que su sangre le exigía a gritos. Meditó: Si intervengo me van a echar a la calle, a rodar otra vez, como bola sin manija. No habló. Quedó paralizado. Fue cosa de un segundo, nada más, porque de súbito, ciego del todo, frenético de indignación, apartó al que tenía delante y avanzó gritando:

- ¡No, no, no!...

¿Por qué? El jardinero, que ya había dejado de golpear a su nietecillo, lo había empujado hacia el hijo del patrón, ordenándole:

- ¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Pedí perdón! ¡De rodillas!
- ¡No, no, no, no!...

Gritó entonces Claudio y arrebató al chiquillo de las manos del jardinero.

- ¡No! ¡Esto es una injusticia! ¡No! ¡Yo he visto todo! ¡Este no lo empujó a aquel! ¡Miente! Aquel lo corría y se cayó, lo corría para quitarle una mariposa, y se cayó. Se cayó él solo. ¡Este no lo empujó! ¡Miente! ¡Ha mentido! ¡No voy a permitir que se le siga pegando a éste! ¡Y el que le quiera pegar...!

Amenazante, recorrió con la vista a los hombres que había allí. Nadie se movió, pero la señora comenzó a gritar:

- ¡Ah, pillo, atorrante! Así es como pagás lo que mi marido ha hecho por vos? Eh? ¡Ya verás!! ¡Ahora mismo te vas a la calle, a la calle! ¡Roberto, Roberto! ¡Llaman a Roberto!

Varios sirvientes salieron en busca del juez. Ya éste venía, alarmado por los gritos de la señora.

- ¡Ahora mismo me echás a la calle a ese pillo! Ves cómo te paga lo que has hecho por él? ¡Me ha faltado el respeto! ¡A la calle, ahora mismo! ¡No lo dejes ni un minuto más aquí! ¡Ni un minuto! ¡A la calle!

Claudio, sin soltar al chiquillo golpeado, miró al juez. Aguardaba justicia. Iba a hablar, a explicarse, pero en la cara descompuesta del hombre leyó que éste no iba a hacer justicia. La serenidad había desaparecido de su faz, sus ojos ya no tenían limpidez. Aguardó, sin embargo. Todos, hasta este hombre que no era malo, iban a ser injustos?

Habló el juez:

- ¡Recoja sus pilchas, y váyase!

Claudio soltó al chiquillo. Ya no necesitaba su protección, ahora era él quien debía defenderse, y se defendió:

- ¡Yo no he faltado el respeto a la señora! ¡La señora miente!

- ¡A la calle, pronto, afuera, enseguida!

Ya el juez no era el mismo hombre. Ahora gritaba encolerizado, perdida toda serenidad. Claudio comprendió que había sido poco hábil en su defensa, su frase había herido al que debía fallar. ¡Hasta para decir la verdad había que ser hábil! Se vio perdido. El juez siguió gritando:

- ¡A la calle, afuera o te hago echar a palos! ¡O te hago llevar preso!

¡Lo tuteaba! ¡El también ahora lo trataba a lo animal! Comenzó a alejarse, cabizbajo, agarrotado por la angustia.

La señora le gritó:

- ¡Ingrato!

La palabra lo sacudió y se detuvo, lloroso, suplicante.

Protestó:

- ¡Yo no soy ingrato! ...¡Señor, escúcheme, señor juez!

Volvió éste a gritarle:

- ¡Afuera! ¡Afuera!

- Claudio se sintió sin energías. ¿Para qué hablar? Y, lentamente, doblándose, como si llevase sobre sus espaldas un peso enorme, siguió andando. ¿Cómo si llevase un peso enorme? ¡Lo llevaba! Sobre él, a horcajadas en sus espaldas de niño de catorce años, llevaba el peso infinito de la injusticia... Siguió andando, a la calle, a rodar por la calle, a buscar el pan duro, el lecho duro, a la calle, a rodar por la calle... ¡Bola sin manija! Se alejaba lentamente. De pronto, se detuvo al escuchar:

- ¡Perdón, niño! ¡No lo voy a hacer más, niño!

Era la voz del jardinero. Y después la de su nietecillo que repetía, trémulo:

- ¡Perdón, niño! ¡No lo voy a hacer más, niño!

Por no oírla, Claudio echó a correr.

Conciencia recién nacida

*Como poeta, tengo mi pasaporte para entrar
en el misterio de la vida infantil, y el amor
que profeso a la niñez no es de protector:
está lleno de respeto.*

TAGORE

Martín y todos los chicos del barrio lo conocían. Era un hermoso gato negro de ojos como esterlinas, manso y sobón. Los chicos lo acariciaban al pasar y el gato se restregaba contra ellos, confianzudo y amigo. Así, cuando oyeron sus maullidos, toda la chiquillada del barrio se conmovió. ¡Pobre Falucho! - nombre del gato negro -. ¿Se moriría allí de hambre? ¡Cosa horrible! Y así sería, no más. Al tercer día de estar encerrado, los maullidos lastimeros del gato se hacían infinitos, débilmente lamentosos. Y sus maullidos, largos y lentos, eran como estiletes que se entraban en la carne del corazón a los chicos, entre los que había algunos que tenían varias vidas de gatos y perros cargando sobre sus conciencias de cazadores furtivos. ¡Pero Falucho, tan bueno, tan lindo, tan manso!...

Había ocurrido algo espantoso. Falucho pertenecía a un viejo sastre, un viejo maniático y ebrio. A veces, solía alejarse de la sala donde vivía solo con el gato. Entonces lo dejaba a alguna vecina de la casa; pero en aquella ocasión se había olvidado de hacerlo. Y el pobre Falucho, hambriento, quejándose lastimeramente. Los chicos, trémulos, se ponían junto a la puerta y le hablaban. El gato les respondía con maullidos que cada vez parecían alejarse más. Pasaron cinco días. Los chicos imaginaban planes de salvamento: ¿Forzar la puerta? ¿Entrar por el montante? ¿Hacer un agujero por debajo para alcanzarle carne?...

Una noche, los maullidos del gato se oyeron tan débiles que los chicos presintieron el final. Y el viejo cuando volvería? Grandísimo borracho, vaya a saber si no se había quedado muerto de una tranca por ahí!

Los chicos no se apartaban de la puerta. De vez en vez, llamaban al preso: -¡Falucho! ¡Faluchito!

El maullido triste les respondía siempre. Llamándolo, oyéndolo, parecían que el gato no se moriría.

- ¡Qué importa que se muera esta vez! - dijo uno, pequeño -, los gatos tienen siete vidas. Se muere esta vez y resucita. Antes de que muera las siete veces, quizás el viejo vuelva...

- Mejor que no se muera ninguna vez - respondió otro, menos crédulo -, ¡Hay que salvarlo!

- Cómo?

- ¡Echemos la puerta abajo!

- Si.

Ocho chiquillos arrimaron el hombro contra la puerta maldita.

- ¡Vamos! ¡Fuerza!

Y se estrellaron contra ella, inútilmente. De súbito, Martín, iluminada la faz por la inspiración, dijo:

- ¡Esperen, muchachos! ¡Yo lo voy a salvar!

Y salió corriendo para su casa. Volvió con un enorme manojito de llaves.

- ¿Probamos si alguna de éstas va bien?

Metió una. ¡No! ¿Otra? ¡Tampoco! ¿Otra más? ¡Nada!

Ansiosos, contenida la respiración, los chicos aguardaban... La emoción les empalidecía las caras, les brillaban las pupilas, les golpeaba en los corazones, al ritmo isócrono de sus sangres hermanadas por un noble anhelo. Nervioso, poseído de su alta misión, Martín probaba llaves. Otra? ¡Nada! A ver ésta, más grande? ¡Tampoco! Incansablemente, metía una llave, intentaba girar; pero la llave no se movía...

El chico, ingenuo, el más pequeñito de la banda, se había acurrucado y, por debajo de la puerta, hablaba al preso:

- ¡Ya va, Falucho! ¡Esperate que te vamos a salvar! ¡No te vayas a morir, Faluchito! ¡Esperate, no te mueras todavía!

¡Y de pronto giró una llave! ¡Empujó Martín y la puerta se abrió! ¡Ah! La emoción de todos escapose por ese grito de triunfo. Entró Martín y salió con el gato, hecho un espectro de gato, flacucho, maullando debilísimamente. Martín lo sacó en alto, triunfante, como había visto a un bombero sacar a una chica que se asfixiaba, en un incendio. Lo recibieron los gritos de júbilo de los camaradas, las exclamaciones de compasión de las mujeres, vecinas de la casa, hechas un racimo de curiosidad, palpitando en la misma generosa emoción con los niños.

- ¡Viva! ¡Viva Falucho! ¡Faluchito querido! - gritaban los chicos.

- ¡Pobrecito, qué flaco está! - exclamaban las mujeres.

- ¡Viva Martín! - gritó una entusiasta. Y una mujer lo besó en la frente, ahogada por los sollozos.

- ¡Traélo aquí! - dijo una vecina -. Le voy a dar leche.

Martín se hizo paso, orgulloso como un héroe, con el gato que maullaba debilísima, lastimeramente sobre su cabeza erguida de regocijo y de satisfacción.

La puerta quedó abierta de par en par.

Como si nunca hubiesen visto un gato que tomaba leche, veinte chicos, quince mujeres, diez hombres se apelotonaron a su alrededor. Estiraban los cuellos, miraban a Falucho tomar plato tras plato de leche. Y las exclamaciones:

- ¡Pobrecito! ¡Qué hambre tiene! Un día más, se muere!

Y las discusiones:

- ¡Qué se va a morir! ¡Un gato aguanta cuarenta días sin comer!

- ¡Sin comer, sí ; pero sin beber, no!
- ¡Si los gatos no necesitan beber!
- ¡No digas macanas, amigo! No hay ningún animal que no beba.
- Y los peces?

- ¡Qué gracia, oigan la gracia con que sale ahora!...

Eran hombres los que discutían.

Y de pronto, en la puerta, apareció un vigilante. Qué ocurría allí? Se le explicó. El vigilante, un indio alto y seco, puso cara de espantado:

- ¡Aquí ha habido violación de domicilio; esto es grave! - exclamó y, sacando libreta y lápiz -: ¿Dónde está el que abrió la puerta?

Un hombre señaló al chiquillo flaco, desencajado, tembloroso, que era Martín en aquel momento, ya perdida su arrogancia de héroe salvador.

- Su nombre? - le preguntó el vigilante aproximándose a él.

- Por qué?

- Por qué? ¿Sabe usted lo que ha hecho? ¡Ha violado la propiedad privada! ¡Es gravísimo! Si usted no fuese un menor tiene para una punta de años de cárcel. ¡Diez años, por lo menos!

¡Diez años! Las dos palabras golpearon al chico en plena frente, y fueron dos pedradas. Lo aturdieron. ¡Diez años! Todavía pensó: Diez años para un hombre; pero él era un menor. Entonces tendría cinco años... ¡Cinco años de cárcel! ¡Cinco años!

No vio nada más. ¡Había que salvarse! Echó a correr hacia su casa. El vigilante se fue tras de él gritándole:

- ¡Es peor, si dispara es peor!

El asunto adquirió proporciones imprevistas. Llegó un oficial a hablar con el padre de Martín. Este narró lo ocurrido. El padre tuvo que ir a la comisaría con el niño. Se levantó un acta. Era preciso esperar la vuelta del viejo, a ver si notaba la falta de algo. Porque el chico aseguraba no haber tocado nada, ¡pero quién sabe!...

Pasaron dos días. Un vigilante apostado en la puerta, que volvieron a cerrar, la cuidaba.

Martín, nervioso, intimidado, no se atrevía a asomarse siquiera. Los demás chicos, desde la acera de enfrente, en grupo misterioso, observaban al vigilante, sin acercarse. Temían ser sindicados como cómplices. ¡Diez años, había dicho el vigilante!

Al tercer día apareció el viejo. Se lo enteró de lo ocurrido, aguardando que hablase.

El viejo notó la falta de una caja de cigarros.

Cuando Martín supo que se le acusaba de ese robo, indignado, gritó:

- ¡Mentira! ¡Yo no saqué nada! Yo salvé el gato y nada más. ¡Todos pueden decirlo! Entré y salí de la pieza. ¡Miente el viejo!

Sí, mentiría el viejo, quizás... Pero a él, quién le creía? Leyó la incredulidad en la mirada del padre, en las palabras de la madre, en la sonrisa del abuelo...

Sólo la abuelita le creyó:

- No es verdad lo que dice el sastre. Este niño no ha robado. Esta es una criatura incapaz...

El oficial de policía ante el que se desarrollaba la escena, la interrumpió:

- Si ha sido capaz de entrar forzando la puerta, muy bien puede haber sacado los cigarros.

Martín protestaba:

- ¡No! ¡No! ¡No!...

La abuela insistía aún, convencida de su inocencia.

- Forzó la puerta porque se trataba de salvar el gato. ¡Esta es una criatura de muy buen corazón!

- Será así, señora; pero el sastre lo acusa...

Era preciso arreglar el asunto. El viejo pedía dos pesos por la caja de cigarros, y el padre de Martín los dio, en medio de las protestas angustiosas del niño:

- ¡No le des nada, papá! ¡Son mentiras, papá! ¡Yo no he robado nada, papá! Pero, ¿por qué no le creían a él? ¿Por qué le debían creer al viejo más que a él? ¿Porque él era un niño de nueve años y el viejo un viejo de sesenta?

Martín no comprendía esta lógica basada sobre el privilegio de la edad.

Martín desesperábase. Parecía imposible que no le creyeran, que la verdad - tan simple, tan pura, tan clara! - no la viesan todos en su cara roja de magnífica indignación, no la oyesen todos en sus gritos roncós de justa cólera.

No comprendía la incomprensión de los demás, la ceguera y sordera de los grandes. Una vez que se fueron el oficial de policía y el sastre, gritó:

- ¿Pero por qué no me crees, papá? ¿Vos crees que yo he robado la caja de cigarros, papá?

Y aguardó la respuesta. El padre hizo un gesto vago. Dijo:

- ¡Quién sabe!...

Martín tuvo un acceso de ira incontenible. Comenzó a llorar

desesperadamente, pateando el suelo, ahogándose de impotencia. Sentía la garra de la injusticia apretándole la garganta, estrangulándolo.

La madre, que no comprendía su irrupción, intervino, colérica:

- ¡Basta ya! ¡A la cama! ¡A la cama antes que te dé una paliza! ¡A la cama, vamos!

¡Todavía lo amenazan con pegarle! ¡Porque defendía su inocencia contra la mala fe, porque no dejaba que la calumnia manchase su honor de niño, tan sagrado como el honor de un hombre, se le castigaba! ¿Pero no era espantoso esto, no era como para suicidarse? Martín, en aquel segundo, hubiera deseado que la madre cayese muerta allí mismo, fulminada por un rayo.

No ocurrió el milagro que probase su inocencia, y él debió ir a la cama, castigado por un delito que no cometió, ultrajado por una acusación que lo infamaba.

Se negó a comer.

La abuelita llegóse a él y le cogió una mano.

Martín le dijo:

- Vos no crees que yo he robado, ¿verdad abuelita?

- No mi nene. Yo no creo. Yo sé que no sos capaz de robar.

- Bueno, abuelita, estoy contento... - Y no pudo hablar más. Lloroso, apretose contra ella, que lo acariciaba, también lagrimeando.

Entonces, el hermanito de cuatro años; el hermanito que había andado entre la tragedia, viéndola sin ser visto, comprendiéndola sin que ninguno reparase en él y que ahora, en el cuarto de Martín, acababa de contemplar la escena que la epilogara: el abrazo del hermano y la abuelita, los dos llorando, dio vuelta y se dirigió al comedor donde los grandes comían, silenciosos, tal vez porque sentían el peso de la injusticia que acababan de cometer por incomprensión, por soberbia, por desdén a los fueros de la niñez. Y el hermanito, cuatro cuartas de muñeco aún no bien afirmadas sobre dos piernas temblorosas; el hermanito, un suspiro de voz que aun balbuceaba las pocas palabras recién aprendidas, sintió que el dolor del hermano acababa de dar vida a su conciencia y, enfrentándose a la madre, gritó, hermoso, estupendo, convencido de lo que afirmaba, porque lo afirmaba con su conciencia recién nacida al mundo de los hombres: -¡Martín no robó nada! ¡No robó nada! ¡No robó nada!...

Hombres de doce años

*El hambre de los niños no reconoce
hartura.
Parece un engranaje la blanca dentadura.
A cierta edad se come hasta con la nariz.*

ANTONIO ALEJANDRO GIL

El sol se estaba hundiendo en una gran mancha de cobre detrás de la arboleda del pueblo. Nicanor le daba la espalda. Frente a él tenía el río y el silencio. El ancho lomo del río pardo que a esa hora se engalanaba de espumas y cantaba, como preparándose para su conjunción con la noche que bajaba del cielo, anhelosa, en el parpadear de miles y miles de pupilas. A Nicanor, poco le interesaba aquel bello crepúsculo de verano, donde todo era seda: el aire, el cielo, el agua y el silencio infinito, vasto como el río y el cielo entre los que flotaba. Nicanor, al pie de un carcomido sauce del cual quedaba sólo un penacho de hojas, acababa de asar, sobre un fuego de ramas, diez pescados, fruto de su paciencia de toda esa tarde. Y se disponía a devorarlos.

De pronto, miró a su izquierda. No estaba solo frente a la inmensidad: A diez pasos de él, tumbado cara al cielo, otro niño lo miraba. Nicanor, lentamente, partió el primer pescado y, antes de llevárselo a la boca, volvió a mirar. El otro no le sacaba los ojos de encima. Se lo ofreció:

- ¿Querés?

- ¡Bueno! – le respondió, a la vez que se incorporaba de un brinco para sentársele enfrente.

Nicanor apartó cinco de los diez pescados, los puso sobre una lata y se los alargó junto con medio pan.

- ¡Tomá!

El otro comenzó a comer con evidente hambre. Nicanor hablaba: Explicábale cómo los había pescado, su habilidad para escoger los sitios donde abundaba la pesca. El conocía una por una todas las rocas de la playa.

- Pescar es cuestión de suerte – dijo el otro con la boca llena.

- ¡No! – respondió Nicanor, molesto -/ Hay que saber. Vos has pescado alguna vez?

- Nunca.

- Entonces, ¿a qué te metés a hablar?

El otro tenía demasiado hambre para reparar en puntillos de honor y, sin responder, siguió masticando. Nicanor hablaba: Explicábale, ahora, cómo había asado los pescados. Envolvía los pescados en un papel y los metía entre el fuego. Después de asados, en el papel salían las escamas.

- Qué tal, están ricos? – preguntó.

- ¡Macanudos! – dijo el otro entre gestos de admiración, agregando:

¡Nunca he comido pescados tan bien hechos!

Esta afirmación hizo que Nicanor olvidara que hacía un instante olvidara sus méritos de pescador excepcional. Y le alargó un papel lleno de duraznos, que el otro atacó sin cortesías, porque ya había terminado pescados y pan.

- ¡Tenías hambre!

- ¡Mucho! No había comido en todo el día.

- Por qué?

- Anoche me escapé de casa – comenzó a explicar; pero Nicanor lo interrumpió:

- Cómo te llamas?

- Julián Echegoyen.

- Sos de familia rica, eh?

- Yo? No sé. Mi padre es comerciante. Madre no tengo. Vivimos en Belgrano, en un chalet.

- Yo he vivido en Belgrano también, pero no en chalet. Vivíamos en una casa de latas. Después murió mi papá y mamá fue de cocinera a Olivos. Murió también mi mamá.. La patrona habló de ponerme en un asilo; entonces me escapé y me vine aquí. Yo duermo en esa casilla. ¡No vayas a creer que es mía, no! Es de un inglés medio loco y muy rico. El venía a pasar los domingos allí. Ahora no viene más y la quiere alquilar, pero a mí no me conviene que la alquile. Por eso, cuando llega alguien a preguntar el precio le digo: cuatrocientos pesos por mes. No vuelve más. Los domingos saco el cartel, porque viene mucha gente, y no vaya a ser que a alguien se le ocurra ir a ver al dueño. Los demás días lo pongo, por si él viene. Pero lo he roto. ¿Ves? Allí abajo decía: Concurrir a... Y decía la calle y el número del inglés en Buenos Aires. Yo lo rompí a propósito. Así el que se interesa me tiene que preguntar a mí, y yo le pido cuatrocientos pesos. No vuelve más. ¡Qué querés, viejo, hay que saber vivir! Quedate conmigo, vas a aprender a vivir. ¡Aquí vas a hacerte hombre! Hace seis meses que me le metí en la casilla al inglés. Si piensa vivir del alquiler, ya puede ir estudiando de ayunador.

- ¿Cómo te llamas? – le preguntó el otro, no sin dejarlo de mirar con alguna admiración.

- Nicanor Torrales. Mi papá era catalán, mi mamá era rusa. Vos me ves negro y parezco indio? Estoy quemado del sol.

- El mío es vasco, mi mamá era argentina – explicó Julián sin que se lo preguntaran.

- Tengo doce años – dijo Nicanor -. Nací el 12 de junio...

- ¡Igual que yo! Yo también nací en junio, pero el 3 de junio. ¡Soy nueve días mayor que vos! – dijo con cierta petulancia.
 - ¡Puf! – hizo el otro, despreciativamente -. La edad no quiere decir nada: yo, a los diez años, me pasaba días y días sin ir a mi casa, por aquí, y siempre encontraba de comer. Vos, si no me hallás a mí, te morís de hambre. ¿Se te fue el hambre?
 - Sí.
 - ¿Y por qué te fuiste de tu casa?
 - Por mi papá. Me encerró en un cuarto dos días, a oscuras, porque traje malas notas. Quiere que estudie. ¡Y yo no quiero estudiar! Ya ves: hasta en verano me manda al colegio. Y como tengo un hermano menor que estudia mucho, él me arruina... Mi viejo quiere que yo sea abogado y mi hermano médico. ¡Y yo no quiero ser abogado!
 - ¿Qué querés ser?
 - ¡Boxeador!
 - ¿Boxeador? – preguntó el otro, midiéndolo con la mirada.
 - Sí.
 - ¿Y por qué?
 - Porque los boxeadores se casan con artistas de cine. Y vos qué vas a ser?
 - ¿Yo?... Y... ¡Qué se yo lo que voy a ser!
- Julián y Nicanor llevaban cinco días viviendo juntos. Levantábanse con el sol y con el sol se acostaban. De trapos viejos y arena, Nicanor construyó para Julián otra cama semejante a la suya, ancha y mullida.
- Por comida no te aflijás – había dicho Nicanor -. Allí tenés el río, está lleno de pescados. Son del que los pesque. Y allí las quintas, llenas de frutas. Bueno, en las quintas se corre un peligro: si te ven saltar el alambrado te corren a pedradas... Pero dejame a mí, vos ocupate de pescar y yo me ocuparé de ir a las quintas...
 - Por qué vos? – interrogó Julián, amoscado.
 - Porque hay más peligro.
 - ¡No importa el peligro! Yo también quiero ir a las quintas.
 - ¡Así me gusta! Veo que ya te estás haciendo hombre.
 - ¡Hace mucho que soy hombre, che! Una vez en el colegio le tiré un tintero al mismo director. Que te crees?
 - ¡Nada! Bueno, entonces pescaremos los dos y, al anochecer, nos vamos por las quintas. Para comprar pan y otras cosas no nos faltarán monedas. Los sábados y domingos vienen algunos a bañarse aquí. Yo les cuido la ropa o el automóvil. Siempre me dan algo. Ya ves, el que es hombre se arregla.
 - Entonces nos arreglaremos – respondió Julián -, nos arreglaremos. Nicanor era un chico alto y delgado, muy alto para su edad y muy rubio. Hacían un raro contraste su cabello y cejas color choclo y su cuerpo

bronceado por el sol, pues, casi siempre andaba semidesnudo. Sólo se vestía para ir al pueblo, es decir, para meterse entre los alambrados.

Muy serio, decía:

- Me voy a vestir.

Y se ponía un andrajo de camiseta con un agujero que le tomaba la mitad de la espalda. Esa camiseta y un pantalón corto constituían todo su ajuar. El pantalón para todos los días y momentos. La camiseta para las solemnidades. La camiseta era su lujo. Medias y botines hacía tiempo que habían quedado rotos entre aquellas toscas.

Julián, más bajo que su amigo Nicanor, era más fuerte. Ancho de espaldas, moreno y musculoso. Cuando llegó allí traía su traje completo, cuello y corbata. Estos ya habían desaparecido. Los botines, medias, saco y chaleco, quedaban en un rincón de la casilla, como inservibles.

Pasó el primer día, con su cuerpo blanco de muchacho de la ciudad, expuesto a ese sol terrible que convertía a los ingleses y alemanes en curiosos indios rubios. Aquello le valió un fuerte dolor de cabeza y llagarse el cuerpo. Nicanor se lo untó de aceite, aun contra las protestas de Julián que aseguraba, estoico, revolviéndose entre los trapos y la arena de su lecho:

- No es nada. A todo debe acostumbrarse el hombre.

- Sí – aprobó el otro.

Nicanor nadaba como un pez. El agua parecía su elemento, más que la tierra. Por lo común, era un muchacho grave; el agua parecía volverlo a su infantilidad y transmitirle alegría. Julián, en cambio, hundíase a las tres manotadas. El otro comenzó a enseñarle con evidentes buenos resultados. El primer día ya anduvo varios metros. Al siguiente ya aprendió a "hacer la plancha". Al tercer día ya podía decirse que nadaba. Nicanor atribuía el éxito a su excelencia como profesor.

- ¡Miren como nada! – lo mostraba a otros chicos -. Hace tres días nada más que le enseñó. Enseño ligero, ¿eh? Soy buen maestro, ¿eh?

Julián corregía:

- Aprendí ligero porque me tiré sin miedo. Ahora estoy aprendiendo solo a zambullirme. Dentro de una semana te voy a correr carreras a vos mismo.

- A mí? ¡Puf! – hizo Nicanor, despreciativamente -. Tenés que tragar medio Río de la Plata antes de poderme correr a mí. ¡Yo he nacido en el agua, che! Desde que aprendí a caminar ando por estas playas. A vos te falta resistencia. Yo me voy hasta el canal y me vengo como si fuese en lancha a nafta, sin cansarme.

- ¡Ya veremos, ya veremos! – decía Julián con obstinación éuscara -, ¡Ya veremos!

A veces, por la tarde, salían de excursión por los pueblos vecinos. Uno se ponía su camiseta y sus botines el otro. Ya estaban vestidos. En ocasiones tomaban el tren y en otras, cuando el negocio de cuidar ropas había

producido, lo pagaban, si algún inspector los obligaba, amenazándoles con hacerlos llevar presos. Por lo común, limitábanse a ir desde la playa de Rivadavia a la de Olivos, saltando de roca en roca, buscando diversión que era como buscar incidentes.

Cierta vez, pasaron junto a un montón de ropas entre las cuales se destacaban una media docena de dorados pasteles. Nicanor cogió uno, Julián otro y siguieron, masticando a dos colmillos. Pero unos alaridos que venían desde el agua les hizo volver la cabeza: El dueño de los pasteles se estaba bañando y protestaba,. También se venía hacia ellos, furioso. Era un hombrazo.

Nicanor preguntó a Julián:

- Qué te parece? Disparamos?
- Bueno - respondió el amigo -, pero al trotecito, para hacerle ver que no le tenemos miedo.

Y comenzaron el trote, pero cuando el hombrazo llegó al sitio de los pasteles, los compañeros se hallaban a doscientos metros de allí.

Otra vez, Julián le sostuvo "la parada" a un mozo de confitería que los intentó echar. Gritó el hombre y gritó el niño. Y se quedó sentado nomás. Nicanor, que se tenía menos confianza como pugilista que como nadador, ya se había ido. Julián lo llamó:

- Vení, che. No le tengas miedo a ése.

Nicanor acercóse.

- No era por miedo que me iba...
- Sí, ya sé. ¡Qué vas a tener miedo! – y agregó - ¡Andando conmigo!...

Pronto se le presentó a Nicanor la oportunidad de vengarse: Cierta vez, ambos amigos se pusieron a tirar piedras al río. Las arrojaban al sesgo y se divertían viéndolas rebotar una, dos, tres veces antes de hundirse. Una de las piedras, tirada por Julián, tocó a un chiquilla en una pierna. La criatura se fue llorando y los amigos continuaron en su juego. De súbito, una mano vigorosa atenazó un brazo de Julián. Este miró, sorprendido. ¡Y vio un marinero! Un negro enorme, con unos ojos blancos que se le salían de las órbitas.

- ¡Venga preso por tirar piedras!

Julián intentó debatirse, pero la manaza del negro apretó con tanta fuerza que lo obligó a lamentarse.

- ¡Ay, no apriete así, ay!
- ¡Siga preso! – gritó el hombre, y lo empujó.
- Pero por qué? – se atrevió a preguntar Julián.
- Porque le has pegado una pedrada a esa niñita.
- Pero...

No habló más. El más imprevisto llanto le había saltado desde adentro de su angustiado corazón. Y las palabras se le hicieron sollozos.

- El no fue. Fui yo el que le pegué la pedrada.

Y Nicanor, interpuesto entre Julián y su opresor, le ofrecía a éste el brazo.

- ¡Ah! Fuiste vos? ¡Vení vos, entonces! – dijo el marinero, y soltó a Julián.

Este quedó anonadado, mirando como se llevaban preso a su amigo, al que seguía un grupo de gente... Después, muy triste y lentamente, emprendió el regreso a la casilla. Llegó a ella casi de noche. Lo sorprendió ver luz. Miró. ¿Quién estaba allí?

- ¿Nicanor? ¿Sos vos?

- ¡Sí, yo!

- ¿Y cómo?

- ¡Me le disparé al marinero!

- ¿¡No digas!?

- Sí. Como vio que yo iba que parecía un corderito, me llevaba muy flojo. En una de esas, le pegué un tirón, salí corriendo y me escondí entre unas matas. ¡Seguro que todavía me anda buscando! ¡Ja, ja!... Ahí tenés pan, queso y salame. ¡Comé! Yo ya comí.

- Yo... - comenzó a explicarse Julián balbuceando -. Yo...

- ¿Qué? ¿me vas a decir que no tuviste miedo? ¡Si ya ibas a llorar!

- ¡Puede ser! ¿Pero sabés por qué? Porque si me llevan preso, me devuelven a mi casa. ¿No ves que ha de estar recomendada mi captura? - concluyó enfáticamente.

- ¿Tu captura?

- ¡Claro!

- Bueno, comé... Si es que no se te ha quitado el hambre.

- ¿Y por qué se me iba a quitar el hambre? – respondió Julián ya con la boca llena.

- No sé...

Nicanor sonrió. Julián se irguió de un salto.

- Oí – le gritó -. Vos me estas tomando por un cobarde. Y si me crees un cobarde...

- ¿Qué?

- ¿Qué? Que te puedo demostrar que soy tan hombre como cualquiera, tan hombre como vos!

- ¿Cómo yo?

- ¡Sí! Si querés pelear ...

La invitación no fue del agrado de Nicanor que se quedó sentado.

- ¿Pelear? – repitió.

- Sí, si querés...

Julián estaba decidido. De pie, con los puños apretados, nervioso. Sus pupilas negras echaban luz. La cosa apremiaba. Nicanor se sintió filósofo.

- Che, los hombres no demuestran valor solamente por agarrarse a trompadas...

- Cómo lo demuestran, entonces?

- Y?... No faltan ocasiones. Por ejemplo: Yo creo que es más valiente

un hombre que salva a alguien que se está ahogando que el que se pelea contra cinco. Se necesita más valor para salvar a uno que se ahoga que para pelearse a trompadas. Y se corre más peligro...

Julián reflexionó dos segundos: Sentándose, dijo:

- ¡Tenés razón!

Y se llenó la boca de pan y queso.

Al cabo de unos minutos, Nicanor preguntó a su vez:

- Vos me crees un cobarde porque no te he querido pelear?

- ¡No!

- No he querido pelear porque eras vos. Si no...

- Tenés razón – respondió Julián -. Hice una macana desafiarte a vos.

¡Una gran macana!

El destino les reservaba su lección. Un domingo a la tarde salieron a nadar. Nicanor adelante, detrás Julián; concluyeron por apartarse del grupo de los demás bañistas. Julián era de una imprudencia temeraria. Su amigo, conocedor del terreno, le había advertido frecuentemente:

- No le tengas confianza a este río. Es muy traidor. Vos te metés con el río bajo y de pronto empieza a crecer, a crecer y te hallás con que para volver a la orilla tenés que nadar varias cuerdas. Vos todavía no tenés bastante resistencia...

Julián se burlaba:

- ¡Si un día me voy a ir nadando hasta Montevideo!

Otro peligro amenazaba a Julián. Ya varias veces lo habían atacado, por suerte en sitio seguro. Aquella tarde regresaban de nadar río adentro. De súbito, Julián dio un grito:

- ¡Ay! ...

Quiso pararse y se hundió. El río crecía rápidamente, con gran oleaje. Hacía cinco minutos en aquel sitio hacían pie y ahora el agua los tapaba por completo. Julián debatíase, perdida toda calma. Apareció gritando:

- ¡El calambre, el calambre, Nicanor, pronto, vení!

Su faz palidísima, sus ojos alocados, su voz estrangulada, impresionaron terriblemente a Nicanor que, de pronto, sintió un miedo que lo helaba, Sin embargo, dio unas manotadas y se halló junto a su amigo en el momento en que éste iba a hundirse de nuevo. Julián se aferró a él, con las dos manos convertidas en garras, desesperadamente. Nicanor comenzó a gritar:

- ¡Así nos ahogamos los dos; así no! ... ¡Socorro!...

Y se hundió con el otro. Entonces sólo pensó en una cosa: ¡Salvarse él! Desasirse del desesperado que lo aferraba. Y debajo de las olas se trabó una breve y terrible lucha: Nicanor por desprenderse de aquellos dos garfios y Julián que no se soltaba. Más hábil nadador, aquel consiguió su propósito y salió a la superficie. El terror se había posesionado de él. La muerte acababa de cantarle en el zumbido de las olas pasando sobre su cabeza. Sólo pensó en huir, incapaz de reflexionar absolutamente nada. ¡Huir! Y

comenzó a bracear, desesperado, en dirección a la orilla. La voz de Julián, una voz tan ronca que parecía de otro, le gritaba:

- ¡No me dejes, Nicanor, me ahogo, vení!...

El no comprendía nada. Siguió braceando y pateando entre las olas. Se detuvo extenuado y jadeante, castañeteándole los dientes, cuando sintió que sus pies ya pisaban. Entonces miró hacia atrás:

En aquel momento alguien sostenía a Julián de las axilas, por detrás; y aguardaban que llegase un bote... ¡Su amigo se había salvado! El júbilo lo hizo estremecer, y gritó:

- ¡Ah!...

Pero inmediatamente un confuso sentimiento de rencorosa vergüenza se apoderó de él. Hubiera dado su vida, en aquel momento, por ser el hombre que sostenía a Julián aguardando a que el bote llegase. Sintió desprecio y odio por sí mismo. Parado con el agua a las rodillas, temblando aún por la impresión sufrida, no podía apartar los ojos de la escena que lo obsesionaba: Vio llegar el bote y que subían a Julián, después el hombre que lo había salvado y vio que iban hacia la Orilla. Aquello lo sacó de su parálisis. Comenzó a correr, a todo correr hacia la orilla, cogió su pantalón y su camiseta y salió disparando, camino del pueblo...

Julián en vano esperó a su amigo toda aquella noche y el día siguiente.

Comprendió lo que ocurría. La vergüenza que sentiría el otro de verse ante él, después de haberlo abandonado en el peligro y, sobre todo, después de haber hablado como hablara del valor.

"Tuvo miedo", reflexionaba Julián. "¿Y yo?", preguntóse a sí mismo.

Honradamente llegó a la conclusión: "Yo también tuve miedo. Si no hubiese tenido miedo, me hubiera podido sostener mientras alguno llegaba; pero seguramente mi miedo se le contagió a él..."

Decidió buscar a su amigo por los pueblos de la costa. En alguno de ellos se habría refugiado. Tres días duró su inquisición. Por fin, una tarde, en Playa Chica, divisó la desgarbada figura de Nicanor, de pie sobre una roca, pescando.

Se llegó a él por la espalda, sin ser visto. Y lo habló:

- ¡Buenas tardes!

- ¡Ah! – hizo el otro, y se volvió, alarmadísimo.

Quedaron mirándose, sin poder hablar, emocionados.

Julián pudo decir, al fin:

- ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no volvés a la casilla?

Nicanor bajó la cabeza y encogió los hombros:

- ¡No sé!

- ¡Vamos! No seas zonzo. Volvé a la casilla. ¡Vamos, vení!

Y los cogió de un brazo. Nicanor dejaba que lo arrastrase, sin voluntad, Julián volvió a hablar:

- ¿Tenés vergüenza porque tuviste miedo?

- Sí.
- ¡Si yo también tuve miedo! ¡Un miedo bárbaro!
- ¡Tenías una cara! – dijo Nicanor, más animado por la confianza - ¡Tenías una cara!
- ¿Y vos? ¡No te imaginás la cara que pusiste cuando te agarré!
- A mí me entró el miedo al ver tu cara, sino...
- Y a mí igual, si no te hubiese visto la cara a vos, quizás...

Siguieron andando.

Julián se detuvo para hablar. Adquirió un tono solemne:

- Nicanor...
- ¿Qué?
- Se me esta ocurriendo una cosa.
- ¿Cuál?
- Estoy pensando... Estoy pensando que ninguno de los dos somos tan hombres como creíamos...

Nicanor lo miró hondo unos segundos, y respondió, muy bajito:

- Así me esta pareciendo a mí también...

Y se miraron de nuevo. Después echaron a reír, alegremente, como si con aquella mutua confesión se acabaran de despojar de algo que les pesaba mucho.

Cabeza rapada

*No es menester llorar por los niños
Que mueren, sino por lo que nacen.*

HEINE

Zenón, chico de diez años, tenía la cabeza rapada llena de cicatrices. De todo él, vulgar y miserablemente vestido, sólo se veía esa enorme cabeza rapada, como una bola de barro seco, tosca y agrietada. Huérfano de madre a los ocho años, padre no lo conoció nunca, quedó en poder del juez de menores. Pronto entró a servir. En la primera casa donde cayó, quedose. Verdad que el muchacho no era muy listo, pero fuerte y recio, a pesar de sus pocos años, arremetía con labores pesadas, y esto hacía que el ama olvidara sus torpezas. De pocas personas contaba la familia: el ama, la madre de Teté, el niño de la casa de su misma edad, y la tía, una mujer amarilla y seca, muy devota; ésta era el martirio de Zenón. Empeñada en que debía comulgar, todas las noches poníase a enseñarle la doctrina. Al muchacho no le entraban aquellas frases dentro de la rapada cabezota. Y la tía que comenzaba la lección plena de toda su paciencia cristiana, finalizaba impacientándose, hasta pretender enseñarle, por ejemplo: "ama a tu prójimo como a ti mismo" a fuerza de pellizcos. Zenón, al recibir uno de ellos, no estaba en disposición de amar a su prójimo tanto como él a sí mismo se amaba; por el contrario, sentía odio, un odio terrible por toda la humanidad, porque encarnaba a toda la humanidad en aquella mujer amarilla y seca que todas las noches torturábalo enseñándole cosas para él tan incomprensibles. Una vez se atrevió a decirle a su maestra de doctrina: - ¡Jesús fue un estúpido al dejarse crucificar!

Toda la noche lo tuvo hincado en un rincón y con los brazos en cruz. Por no rara antítesis, Zenón sentía un odio terrible hacia esta mujer que le enseñaba con pellizcos, gritos y penitencias una doctrina de amor. ¿El ama, el niño Teté? ¡Bah! No eran muy buenos tampoco; pero eran ángeles, esos "ángeles del cielo" de que tanto hablaba la tía, eran ángeles y arcángeles comparados con la otra. En el ama, ya era manía la cuestión de la limpieza; y lo hacía trotar de aquí para allá con la escoba para levantar un papel de un rincón o con el trapo porque había descubierto una mancha en un mueble. El niño Teté era caprichoso y mimado; chillaba por la más mínima cosa, porque se le acercaba mucho cuando jugaba con su hermoso juego de paciencia o porque sin querer, al pasar, había movido la silla donde él

alineaba sus soldados. Y Zenón ya sabía lo que significaban para él aquellos chillidos: pronto veía sobre sí a las dos mujeres, el ama y la tía, corriendo, rojas de cólera, con las manos crispadas y, ¡ay de él!, si no disparaba pronto. ¡Qué coscorriones los del ama, qué pellizcos los de la tía! Los coscorriones, pase, los recibía su cabezota rapada, dura, acostumbrada a los golpes, según lo indicaban sus numerosas cicatrices; pero los pellizcos, ¡ah!, lo sacaban de sí, le irritaban los nervios. ¡Y cómo sabía darlos aquella bruja! Zenón vivía con los brazos amoratados a fuerza de pellizcos, unos pellizcos que parecían entrársele hasta adentro, correrle por la sangre y la columna vertebral, como si con cada pellizco, la tía le metiese un alfiler. ¡Tenía unas uñas, qué uñas! Largas y filosas, pasaba horas en su cuidado, limándolas, cepillándoselas... Cada vez que Zenón la veía en aquello, pensaba que lo hacía sólo para pellizcarlo mejor y rogaba a San Roque, el santo que él más odiaba, al que suponía el más malo de todos los santos, que le quebrase una uña a la tía. ¿Por qué Zenón odiaba tanto a San Roque? ¿Por qué lo consideraba el más malo de todos los santos y por qué consideraba malos a todos? Lógico era que fuese así, eso era el resultado de la educación de la tía.

Zenón pensaba que el fin de los santos era el de mortificar a los chicos sirvientes; para él eran malos todos, porque no oía más que amenazas en nombre de ellos:

- Ah, pillo, así Santa Rosa te ahogará el día de su tormenta.
- ¡Ya verás, sinvergüenza, San Miguel te va a hundir su espada en la garganta, como hizo con el diablo!

Los santos le inspiraban un miedo rencoroso; y la casa estaba llena de ellos: Santos en todas las paredes, los más raros y en todas las posiciones, y con los más curiosos trajes, unos con barbas y ojos de asesinos, otros afeitados y con caras de mujer... ¿Y San Roque? ¡Ah, San Roque! Este no se hallaba en cuadro sino en efigie. Una estatua del tamaño de un niño, colocada en un altar y sobre el que siempre brillaba una vela. ¡Y con qué gusto Zenón lo hubiese bajado de allí a palos, a aquel hipócrita que siempre estaba con los ojos en el cielo y levantándose el manto para que le viesan la herida de la pierna! ¡Con qué gusto le hubiese descabezado el perrito que lo acompañaba! A San Roque se le rezaban novenas. Zenón pensaba en ellas y se ensombrecía; ellas significaban tardes y tardes pasadas de hinojos, junto a la tía, el ama y otras viejas que sólo para esto venían, tardes pasadas rezando y rezando, aburrido, oyendo murmurar frases y frases de las que él no comprendía nada absolutamente. ¿Para qué hacían eso? Él lo preguntó una vez a una de las visitantes, la que le respondió:

- Para que el santo nos ayude, para que nos haga buenas.
- ¿Buenas?... ¿Buenas? Y el chico volvió a interrogar, más confundido aún:
- Y entonces, la tía Dolores, ¿por qué no se hace buena?

Lo supo la tía, ¡qué pellizcos le dio aquella noche, cuando lo atrapó en la cama, ya dormido! Y Zenón, no sabiendo como vengarse, fue al otro día

ante el santo, y le dijo todos los insultos que recordaba; hasta hizo bolas de papel y se las tiró por la cabeza. San Roque, impasible, continuaba mirando al cielo y mostrando la herida de su pierna... ¡El hipócrita! Quién los hubiera visto así hubiese creído que era muy bueno; ¡Y el mal que le hacía a él, a Zenón! El estaba seguro que era el santo quien le mandaba a la tía que lo pellizcase. Y dudaba aún: ¿no sería él quien le enseñaba a dar pellizcos? ¿Sería él o el diablo? ¡El, nadie más que él, el santo! Zenón estaba seguro de ello, porque Zenón experimentaba una gran simpatía por el diablo, de quien la tía hablaba horrores. Seguramente el diablo no era tan perverso porque --razonaba el muchacho -- cualquiera que la oyese hablar de mí, supondría que soy malísimo, y yo no soy malísimo. ¡Sí, nada más que él! San Roque, el hipócrita que estaba mostrando siempre su herida y con los ojos en el cielo para que lo compadecieran, nada más que él era quien le enseñaba a la tía a dar esos alfilerazos con sus uñas pulidas. Esa tarde, el ama le había dicho:

- Zenón, esta noche tenemos visitas; si lavás estos tres pisos te dejaré salir a la vereda a jugar con Teté en el carro.

- ¡En el carro! ¿En el carro? ¿Había oído bien? ¿Lo dejarían jugar en el carro a él? ¡Sí, había oído bien! ¡En el carro! ¿Qué otra cosa deseaba desde hacía dos semanas, desde que le habían comprado el carro a Teté? ¡Ya lo creo que lavaría los tres pisos! Corriendo, fue a buscar cepillo, agua, jabón; y se puso a fregar, a fregar como un loco furioso. Dejaría blancos los tres pisos, y a la noche, ¡a jugar con Teté en el carro! Era una tarde de febrero, hacía un calor sofocante, Zenón trabajaba; sudando, rojo, trabajaba... Terminó ya oscuro, casi a la hora de comer, después de tres horas de pasárselo fregando con el cepillo; y, triunfante, se presentó al ama.

- Señora, ¿están blancos los pisos?

Ella encendió la luz, escrutó como si desease hallar manchas. No halló ninguna, y hubo de reconocerlo:

- Sí, están blancos. Ahora, andá a comer.

- ¿Y después voy a jugar con Teté en el carro, verdad?

- ¡No!

- ¡Si usted me lo prometió! – gritó el chico, furioso por el engaño -. Usted me dijo que si lavaba los tres pisos para la noche que venían visitas, iba a salir a la vereda, a jugar con Teté en el carro. ¡Usted me dijo! ...

Gritaba entre sollozos, colérico.

- Te lo dije para que te apresurases. Hoy vienen visitas, tenés que quedarte para servirnos.

El volvió a gritar, protestando:

- ¡Pero usted me dijo! ... ¡Ay, ay!...

La tía, solapadamente, había llegado por detrás, hasta darle dos de sus pellizcos más sutiles.

- ¡Bribón! – le gritaba el ama -. ¡Qué pretensiones las de este bribón, quiere salir a jugar con Teté en el carro!

- Vos tenés la culpa – dijo la tía -, vos que le das esas pretensiones.
¿Para qué se lo prometiste?

- Si no se lo prometo, ¿crees que lava tres pisos?

- ¡Vaya a saber quienes han sido los padres de ese chico, tiene una mala entraña! – Y suspiró la tía, suspiró apenada de que ese pobre chico de diez años tuviese una entraña tan mala que, si no se le prometía salir a jugar, no lavaba tres pisos.

Después de comer, las dos mujeres sacaron sillas de hamaca a la puerta; y Teté salió con su carro, a correr. Zenón, acurrucado en el umbral, metida su cabezota rapada entre las rodillas, lo seguía en sus carreras con los ojos hinchados de gula. Y oyó al ama que, generosamente, le decía:

- Zenón, tirá el carro y que Teté se meta adentro.

¡Oh, no habría que hacérselo repetir! dio un salto y se prendió a la vara como si ésta fuese un tesoro. Teté se metió adentro y Zenón comenzó a disparar, al trote, imitando a los caballos. Dieron así varias vueltas, de una a la otra esquina. Al fin, Zenón se detuvo fatigado, y dijo al otro niño:

- Ya te arrastré cinco vueltas, ahora te toca a vos...

El otro niño halló natural que si lo habían arrastrado cinco vueltas, él, a su vez, arrastrara otras cinco; y salió del carro en el que el sirvientito se sentó, riendo de gozo, con la boca abierta como un enorme tajo que le hendiera la bola de barro seco que era su cabezota rapada, llena de cicatrices. El carro ya había partido, y él, Zenón, iba adentro del carro riendo como un salvaje. Poco le duró la satisfacción. Al llegar frente adonde las dos mujeres se hamacaban, éstas saltaron. Dando alaridos, se les echaron encima. Sobre su cabezota rapada sintió caer los coscorriones del ama y en sus brazos amoratados sintió hundírsele los pellizcos de la tía. Ellas gritaban:

- ¡Pillo! ¡Bribón! ¡Hacerse arrastrar por Teté!

A coscorriones y pellizcos lo hicieron saltar del asiento; y entre mimos y palabras cariñosas sentaron a Teté.

- Tomá, si querés jugar, arrastralo...¡No faltaba más!...

Y el ama le ofrecía la barra del carro para que él tirase; ¡como si le hiciese un favor todavía! Zenón tuvo ganas de negarse. Pensó en los pellizcos y en los coscorriones, pensó en que si se negaba quizás lo mandarían a acostar; y cogió la vara que se le ofrecía. Comenzó a tirar, pero al paso, sin apresurarse. Así llegaron hasta la esquina. Ya iba a dar la vuelta cuando oyó a Teté que le gritaba: ¡Pronto! ¡Ligero! ¡Corré porque si no le digo a mamá! ¡Qué ira experimentó el muchacho de la cabezota rapada contra el otro, el que debía ir sentado siempre para que él siempre lo arrastrara! ¡Qué rabia! Todo el odio que las mujeres le habían inyectado con sus arbitrarias injusticias, con sus golpes y sus gritos, lo concentró en este muñequito privilegiado al que sólo brindaban mimos y caricias. Sin saber lo que hacía, tal vez, por no echársele encima y estrangularlo, Zenón levantó de golpe la vara del carro y lo volcó. Seco, oyó el itoc! Duro de la cabeza de Teté golpeándose contra las baldosas, y su llanto, y el doble grito de las mujeres.

E inmediatamente reflexionó, ya arrepentido de lo que hiciera; pero era tarde, demasiado tarde. El chico continuaba llorando, de espaldas contra el suelo y veía aproximarse a toda carrera a las dos mujeres que no dejaban de dar gritos espantosos. ¿Qué hacer? ¡Disparar, es claro! Ah, pero lo atraparían, sino ellas, algún hombre de los tantos que ya se acercaban al oír los gritos. Por el bulevar que cruzaba su calle, iban y venían, rápidos automóviles. ¡Bien! ¡Se echaría bajo uno de ellos, y se acabó todo! El ama con sus rezongos, la tía con sus santos y sus pellizcos. San Roque... Corrió seguido de la tía... ¿La muerte? ¿Qué era la muerte? Y aun tuvo tiempo de pensar vertiginosamente en una chica sirvienta que el año pasado se suicidara. El había hablado con ella el día anterior del suicidio; Era una muchachita tuberculosa de catorce años, también del juez de menores, y a la que los amos castigaban mucho. Tomó, ya no recordaba qué veneno; y el día anterior al de suicidarse, le estuvo hablando de la muerte a él. Le dijo: "La muerte es dormir". Para ella no había ni cielo ni infierno. ¡Nada! "Morir es dormir y se acabó". Así había dicho ella y estaba segura de lo que decía, pues se suicidó a la otra tarde. ¿La muerte es dormir? ¡Poco que le gustaba dormir a él! ¿No era mejor quedarse durmiendo siempre que trabajar todo el día y soportar golpes, gritos y tener que ver a la tía y a los santos y al hipócrita San Roque con su perro?... Zenón corrió al bulevar, se puso frente a un automóvil y se tiró; el chofer hizo sonar la ronca bocina; esto despertó en el niño su instinto animal, el de la conservación de la vida. Ya desde el suelo dio un salto, y el automóvil sólo le pasó sobre una pierna, quebrándosela. Se desmayó del dolor.

Volvió en sí en la botica. Cuando abrió los ojos, vio al ama con Teté de la mano; ya no lloraba éste, por el contrario, se hallaba tan tranquilo como si no se hubiese golpeado. Vio un hombre de delantal blanco que lo vendaba, dos vigilantes y la tía. Y en cuanto abrió los ojos, oyó a la tía que le gritaba: - ¡Dios te ha castigado! ¡Dios te ha castigado! ¡Dios te ha castigado! ¡Dios te ha castigado! ...

Los gatos

*Pasan unos niños, cantando. Cantan como el ruiseñor
porque tienen, como él, el corazón alegre.
Cantan una vieja canción que cantaban sus abuelos cuando
eran niños y que algún día cantarán los hijos de sus hijos.
Pues las canciones son frágiles e inmortales, vuelan de
labio en labio a través de los tiempos. Los labios, un día
sin color, callan unos tras otros. La canción vuela siempre.*

ANATOLE FRANCE

- ¿Usted es Don Martiniano?

El hombre obeso a quien iba dirigida la pregunta, hizo rezongar la bombilla del mate, y con absoluta cachaza, la apartó de sus labios. Miró entonces al que le había dirigido la palabra. Vio un niño que tendría doce años, rubio, de cara oval y facciones a las que dos pupilas azul zarco aumentaban la delicadeza.

El hombre no estaba acostumbrado a ver niños así en el suburbio: Limpio, simpático; revelando alegría y salud. Su presencia lo asombró. Respondióle:

- Sí, yo soy Don Martiniano.

- A mí me manda su hermano – se explicó el chico, rápidamente, con desenvoltura varonil -. Lo encontré en una lechería. Como yo ando sin trabajo y como no tengo ni padre ni madre, él me dijo que lo viniese a ver a usted, en su nombre, que usted me daría trabajo...

- Bueno.

- ¿Y qué trabajo?

El hombre no respondió enseguida. Verdaderamente, asombrábalo aquel chiquillo que lo hablaba como si fuese un hombre. Encendió un cigarrillo. Y, brutalmente, gritó:

- ¿Y a vos que te importa?

- El niño, sin decir nada, dio vuelta y comenzó a andar. El hombre tuvo que llamarlo:

- Vení, che rubio. ¡Habías sido arisco, che! ¡Me gustás! Vas a ser inspector de mis vendedores...

Y le explicó: El tenía cuatro muchachos a su servicio. Vendían empanadas en un cuartel y en dos colegios. Las empanadas las hacían entre su mujer y su madre. A él, al chico rubio, lo iba a nombrar inspector de los otros. No tendría otro trabajo que pasear, ir de un colegio al cuartel y del cuartel al otro colegio, y ver si cumplían con su obligación...

- ¿Y cuánto me va a pagar? – lo interrumpió el chico.
- Te daré casa y comida igual que a los otros.
- ¡No!

El hombre sonrió. Aquel niño tan diferente a los demás, a los que él tenía a su servicio – amedrentados, hipócritas, mentirosos, enfermuchos y feos – ejercía una rara sugestión sobre él.

- Te daré cinco pesos mensuales
- Si me da diez me quedo.

El hombre aceptó:

- Entrá.

Y se dirigió al interior de la casa. El chico tras de él.

Era una de esas casuchas sin sala de los suburbios. El patio de tierra, dos habitaciones y una de madera; después fondo, lleno de árboles.

Junto a la cocina, sobre una larga mesa, trabajaban. Había allí cuatro chicos y una mujer. Todos flacos, descoloridos y andrajosos. Más lejos, una anciana, seca hasta parecer una momia india, sentada frente a un brasero, freía carne. La mujer amasaba. Los chicos, cada cual en diferente ocupación, daban forma y rellenaban las empanadas.

Don Martiniano habló:

- Les presento al inspector de ustedes. ¡Ahora sí van a andar derechos! – los amenazó.

Los chicos echaron una mirada hosca, preñada de recelo y de rencor al niño rubio.

Don Martiniano se los presentaba.

- Ves aquel flacuchón, el más alto, se llama Paulino; pero yo lo llamo Lagarto. Aquel es el Loro. ¿No le ves la nariz? Aquél es el Rata, le puse así por los dientes salidos. Y éste es el Sapo. Mirá la boca que tiene. Le cabría una docena de empanadas adentro. A pesar de que es el más chico, es capaz de comer más que todos juntos. Esa es mi mujer y aquella es mi madre. ¿ Vos cómo te llamás?

- Silverio – respondió el chico rubio.

- Silverio – repitió el hombre como pensando -. Bueno, aquí te vas a llamar Canario, porque sos rubio como un canario.

- ¡No! A mí no me gusta que me pongan sobrenombres.

- ¡Cómo que no! ¡A mí se me da la gana ponerte Canario y te vas a llamar Canario! ¡Aquí mando yo!

- Yo me llamo Silverio. ¡Y si no le gusta, me voy!

Los demás niños temblaron. Temían que aquella contestación provocara la cólera del hombre, y todos pagasen. Volvieron a su faena sin que nadie los mandara. El hombre se limitó a sonreír:

- ¿Sabés que sos un rico tipo? ¡Bien! No te llamarás Canario. A ver, Silverio, empezá a trabajar. Vos, Lagarto, enseñale.

Y se dirigió a la puerta. Silverio, enseñado por el otro, empezó a darle forma a una empanada. Lagarto, señalándole al hombre que había cerrado la puerta, le dijo, muy despacio:

- Se va a chupar. Ahora va a volver borracho. ¡Entonces sí comienza la función!

- ¿Por qué?

Lagarto no pudo contestar. La mujer gritaba:

- ¡Silencio! ¡Mientras se trabaja no se habla!

Después se dirigió a donde estaba la vieja que freía carne y comenzó a gritarle en el oído, más fuerte aún:

- ¡Tenga cuidado! ¡No queme la carne! ¡No sea bruta!

Silverio se irritó. Y se puso a cantar una de las muchas coplas que él sabía:

*"Mi cuchillo tiene punta
y se le ha mellado el filo:
¡Prenda mía, sé la chaira
con que afilar mi cuchillo!"*

La mujer se le echó encima:

- ¡Aquí no se canta!

- ¡Si no me dejan cantar, no trabajo! – protestó él y, metiéndose las manos en los bolsillos, comenzó a pasearse.

La mujer lo amenazó con ir a buscar a Don Martiniano.

- ¡Vaya, pues!

Y ella se fue a buscarlo.

- ¡Ahora, sí! – comentaron los chicos.

- ¡Qué paliza te va a dar!

- ¿Quién?

- Don Martiniano.

- ¡A mí, paliza! ¡Que le pegue a su abuela, a mí no me va a tocar!

Los chicos lo miraban admirados. La vieja, viendo que la mujer se había alejado, dejó su asiento y comenzó a rezongar:

- ¡A ver, a trabajar, haraganes! O quieren comer sin trabajar? ¡Ya verán cuando vuelva mi hijo!

Silverio la miraba, asombrado de la transformación. Tan humilde, tan nada hacía un momento hecho un tirano también ella.

- ¡Déjese de rebuznar! – le gritó insolentemente.

- No te oye – le explicó Lagarto -. Es sorda. Hay que gritarle en el oído.

- ¡Es más mala! – agregó el chico al que llamaban Loro -. No bien se aleja Doña Facunda, ella empieza a gritar; pero viene la otra y se calla, porque la grita a ella. Y si viene Don Martiniano, calla Doña Facunda, porque entonces es Don Martiniano quien grita.

- Don Martiniano grita y pega – murmuró Sapo, el más pequeño de todos.

- ¡Qué gente! – protestó Silverio -, ¿Entonces ustedes aquí siempre están recibiendo gritos? ¿Y aguantan? ¡Yo no aguantaría!

- ¡Callate! ¡Ahí vienen! – avisó Lagarto.

Los chicos y la anciana volvieron a la faena, apresuradamente. No se los oía respirar, las cabezas gachas, atisbadores y medrosos. ¿Qué le ocurriría al pobre Silverio? Este empezó a cantar:

"Para qué quiero veleta?"...

- ¡Silencio! – le ordenó la mujer.

Don Martiniano le dio una bofetada. Y ordenó:

- ¡Cállese usted! ¡Vaya a amasar, usted! ¡A ver, cantá Silverio! Parece que tenés linda voz. ¡Cantá!

La mujer volvió a su trabajo, humildemente. Silverio cantó:

*" ¿Para que quiero veleta
en la cumbrera' e mi rancho?...
Al que es pobre en esta vida
Todos los vientos son malos".*

- ¡Muy bien! – Don Martiniano aplaudió -. ¡Muy bien! Dónde aprendiste, Silverio?

- Con mi tío. Mi tío es payador. Yo lo acompañaba, él me recogió y me enseñó a tocar la guitarra.

- ¿Y dónde está tu tío?

- No sé. Una noche se emborrachó y quiso pegarme. Yo escapé. Hace días de esto.

- ¡A ver, cantá otra cosa!

Silverio no se lo hizo repetir, la tonada de la copla popular adquiría toda su frescura en la boca del niño, pleno de intuición artística:

*"Aunque ni rancho tenemos
no somos pobres, vidita,
que no es pobre el hombre fuerte
ni es pobre la mujer linda".*

- ¡Muy bien! – gritó el hombre, entusiasmado -. Vos – ordenó a la mujer – andá cebándome mate. ¡Muy bien, Silverio! ¡Oigan, ustedes! – se dirigió a los otros chicos -. ¡Este sí va a ser un hombre! Mírenlo qué bonito es. ¡No como ustedes! ¡Ustedes son cosas sucias, son animales, son menos que animales, son menos que mis gatos. ! Este vale tanto como mis gatos!

- ¡Valgo más!

- Decís eso porque no has visto mis gatos. Vení, te los voy a enseñar.

¡Vas a ver qué lindos! Son gatos de angora. Blancos y sin una mancha negra. El pelo tan fino como el tuyo. Vení!
Silverio lo siguió cantando:

*"Dulce y agrio es el amor,
el amor es caramelo,
Caramelo de limón".*

A las diez almorzaron la misma carne que servía para rellenar empanadas. Los niños, sobre la mesa de trabajar, en el patio. Don Martiniano, la mujer y la madre, en la cocina.

- Pero ellos no comen lo que nosotros comemos? – preguntó Silverio al sentir un aroma de asado.

- La mujer y la madre, sí – explicó Loro.

- Don Martiniano come asado a la parrilla. ¡Qué rico! – terminó Sapo. Mientras comían, los chicos explicaban a Silverio las particularidades de la casa: Ahora, enseguida de almorzar, saldrían a vender las empanadas. Lagarto a un colegio, Sapo y Rata a otro, iban juntos para que se defendieran, porque una vez un chico le robó a Sapo dos empanadas. Loro iba al cuartel, a venderle a los soldados. No podían regresar hasta haber vendido todas las empanadas. Lagarto llevaba cuatro docenas. Una vez que vendió poco tuvo que dormir en el umbral. Loro llevaba tres docenas. Sapo y Rata, dos docenas cada uno.

- Las vendemos a diez centavos – explicaba Lagarto -. Ya ves lo que gana el patrón. ¡Tiene para emborracharse! Por eso no trabaja. ¡Así está de gordo!

- ¡Y cuando se emborracha, qué palizas! – dijo Rata -. Ves? Allí está el chicote.

Y le enseñó un rebenque de ancha lonja y mango de cuero trenzado que colgaba de un clavo, en la pared de la cocina.

- ¡Ya lo conocerás! – pronosticó Sapo.

- ¿Yo? – Silverio hizo una mueca -. La primera vez que me toque será la última. ¡Pobre de él!

- ¿Qué le vas a hacer vos?

- ¿Yo? Yo sé lo que le voy a hacer. ¡Que me toque a mí, no más!

Los otros chicos lo miraron con respeto y admiración.

- Ese rebenque se lo regaló un hermano que tiene en la cárcel – Explicó.

Loro -. Está condenado por matar a un viejo. Lo mató para robarle.

- Yo conozco a otro hermano de él, también ladrón – dijo Silverio -. Es el que me mandó aquí.

- Y él no roba porque nosotros trabajamos para él – murmuró Lagarto.

- ¡Qué fea es esta casa! – exclamó Silverio -. Ese hombre gordo y

borracho. Esas dos mujeres que parecen dos brujas malas. Ustedes que parecen bichos feos y sucios. Lo único lindo que hay aquí son los gatos. Los niños comenzaron a desahogar su rencor contra los gatos.

- ¡Buenas palizas nos llevamos por causa de ellos!
 - Y se comen la mitad de nuestra comida.
 - A veces nos quedamos con hambre por culpa de los gatos.
- Silverio los oía protestar, desdeñoso. Dijo con toda naturalidad:

- ¡Y mátenlos, pues!

Los otros le miraron, brillantadas las pupilas por esta idea imprevista. Silverio continuó:

- ¡Si es lo más fácil! Ahí he visto veneno para las hormigas. Echan un poco en la leche, porque he visto que tienen una cacerola con leche...
- ¡Sí! – gritó Sapo con codicia -. Todos los días compra dos litros de leche para los gatos, y nosotros ni la probamos. Una vez me pilló tomándome la leche en la cacerola de los gatos. ¡Qué paliza!... Todavía me duele...
- ¡Callate! – ordenó Lagarto - ¿Qué decís de envenenar a los gatos? – preguntó a Silverio, con los ojos iluminados por una luz feroz.
- Esta noche le echás un poco de veneno en la cacerola, y mañana amanecen todos muertos. Los ocho gatos muertos...
- ¡Qué lindo! – gritó Rata.
- ¡Esta noche los enveneno! – afirmó Lagarto.
- ¡Nos va a matar a rebencazos! – suspiró Loro.
- Pero después tendremos más comida para nosotros – concluyó Sapo -.

¡Qué importa una paliza más!

- ¡Mátenle los gatos para hacerlo rabiar! – dijo Silverio.
- Callaron. La complicidad, el presentimiento de que algo insólito y terrible iba a suceder, enmudecía los.

Silverio comenzó a contarles su vida, sin que nadie se lo preguntara:

- Yo soy hijo de un señor muy rico. ¿No me creen? ¿Sí? Mi mamá era sirvienta en una casa rica, mi papá fue el niño de la casa. Por eso la echaron. Mi mamá murió en el hospital, hace dos años. A mí me recogió un tío, hermano de ella. Me enseñó a cantar. También toco algo la guitarra. Y canto:

*"Ese lunar que allí tienes,
mismo junto a tu boquita,
no es un lunar es un beso
es un beso de Mandinga".*

- ¡Lindo cantar! – gritó desde la cocina, la voz estropajosa, más estropajosa que de costumbre, de Don Martiniano.
- ¡Ya se emborrachó! – dijo Rata, temblando -. Lo conozco en la voz.
- ¡Cantá otra, rubio!

Silverio cantó, siempre cambiando tonada a sus coplas, adaptándolas a música de milonga, de tango o de zamba:

*"No besé nunca tus ojos,
gringuita de ojos azules;
por tu mirada presumo
gringuita, que han de ser dulces".*

- ¡Tan chico y tan enamorado! Vení que te voy a dar un trago de vino así se te entona la voz.

Silverio se bebió el vaso, y cantó más fuerte, excitado:

*"¡No me mirás! ¡Qué me importa,
tengo alegre el corazón!
No me mirás con los ojos,
me mirás con la intención".*

Y se puso a zapatear en el suelo como había visto hacer a los gauchos en carnaval. Una ola de alegría, inusitada en aquel ambiente, había entrado con ese lindo muchacho rubio.

- ¡Gaucho lindo! – gritó Don Martiniano, entusiastamente, apareciendo en la puerta de la cocina -. Vos tenés pelo y ojos de gringo, pero alma y corazón de gaucho. ¡A ver, cantá otra cosa!

- ¡Son las once! – chilló la mujer -. ¡Muchachos, corran a vender, a vender!...

Los niños se levantaron apresuradamente. Cada cual cogió una caja de lata dentro de la cual ya habían colocado las empanadas calientes.

- ¡Pónganse en fila! – ordenó Don Martiniano.

Los cuatro chicos alineáronse. – Mirá, vos rubio, inspector, te voy a enseñar cómo tenés que tratar a éstos para que se porten bien. ¡Un paso adelante, Lagarto!

El muchacho se adelantó, receloso. Sabía que algo iba a hacer el borracho.

- ¡Tomá! – dijo éste, pegándole una bofetada -, ¡A vender, ligerito!

Lagarto echó a correr.

Así abofeteó a los otros.

- Vos andá con ellos – dijo a Silverio -, si no gritan fuerte:

¡Empanadas calientes!, ¡Una cachetada, eh! ¡Andá, rubio!

Silverio, irritado por las cachetadas que diera a los otros, protestó:

- ¡Yo no me llamo rubio! ¡A mí me llama por mi nombre! Sabe?

- Tenés razón. ¡Silverio! ¿Eh? Andá, Silverio. – Y mientras éste salía, comentó a su mujer: - ¡Me gusta este chico! Me gusta porque es lindo. ¡Ya estoy cansado de ver escrachos en mi casa!

- ¡Este chico nos va a traer desgracia! – respondió la mujer.

- ¡Callate, pájaro de mal agüero, callate! – Y le largó un puntapié. Lo Erró y cayó al suelo.

Las dos mujeres corrieron para ayudarlo a levantarse.

Silverio alcanzó a los otros en la esquina:

- ¿Pero por qué no escapan? ¿Por qué se dejan pegar así?

- ¿Y dónde iremos?

- ¿Dónde? En cualquier parte los van a tratar mejor que aquí.

- ¿Y el juez de menores? – preguntó Lagarto, diciendo el juez de menores en voz baja, misteriosamente.

- Y el juez de menores, ¿qué?

- Nos hace agarrar por el juez de menores – explicó Loro.

- ¿Y por miedo al juez de menores no escapan? ¿Acaso el juez de menores los va a tratar peor?

- El juez de menores nos lleva al reformatorio. ¡Yo he estado allí! – dijo Lagarto, con orgullo, como si narrase una hazaña -. ¡Me tuve que escapar! A mí, una vez me metieron las manos en una prensa y me las apretaron. Me tuvieron una hora así. Vos no sabés lo que es el reformatorio. ¡Esta tarde le enveneno los gatos! ¡Adiós!

Se fue.

- ¡Nos va a matar a todos! – exclamó Rata -. Si le envenena los gatos, nos mata a todos.

- ¡Pobre de nosotros cuando vea sus gatos muertos!–suspiró Sapo-, Los quiere tanto que nos mataría a todos nosotros, a la mujer y a la madre para darles de comer. ¡Vamos, Rata!

- ¡Adiós!

Silverio quedó con Loro.

- ¿Para dónde tenés que ir?

- ¡Para allá!

- Vamos.

Al llegar a la puerta del colegio, los alumnos salían, bandadas de chiquilines, todos con delantales blancos, asaltáronles. Loro vendió veinte empanadas en cinco minutos.

Los chicos se alejaban.

- Quedan dieciséis. Estas me las compran los del turno de la tarde.

- Se les acercó un chiquillo. Sería de primer grado por lo pequeño.

- Yo te compro siempre – dijo a Loro -. Hoy no tengo plata. Dame Una empanada y mañana te la pago.

- ¡Te voy a dar un sopapo, eso te voy a dar! – respondió Loro brutalmente.

El chiquillo se retiró dos pasos, intimidado por la amenaza, pero no se fue. Un deseo más fuerte que su voluntad lo retenía allí, por la mirada atado a la lata que contenía las empanadas.

Silverio abrió ésta y, con gesto magnífico, alargó una empanada al pequeño.

- ¿Qué hacés? – gritó Loro, espantado -. Le tengo que entregar tres pesos sesenta por las treinta y seis empanadas.
- No te aflijas – respondió Silverio tranquilamente. Vos echame la culpa a mí.

Los niños del turno de la tarde concluyeron la mercancía restante. Se fueron en busca de Rata y Sapo. Al llegar a la casa, ya estaba allí Lagarto. Rindieron cuentas a la mujer de Don Martiniano. Este, ebrio, roncaba en un catre, bajo una higuera.

- ¡Traés tres pesos y medio! – gritó la mujer a Loro. Silverio se adelantó:

- Cuando se despierte – y señaló a Don Martiniano – ya le diré qué hicimos con la empanada que falta.

La mujer corrió a despertar al hombre.

- ¡Martiniano! – lo sacudía - ¡Te han robado una empanada! ¡Te han robado!

El, colérico, inconsciente, sin oír, sólo atinó a comprender que lo interrumpían en su sueño, y con todas sus fuerzas dio una patada en el estómago a la mujer que cayó al suelo. Después se dio vuelta, a seguir roncando.

Los chicos se desparramaron por el fondo de la casa, bajo los árboles. Lagarto los reunió. Traía cara de conspirador. Las pupilas pequeñas le brillaban feroces bajo la maraña sucia de los cabellos.

- Ustedes espíen a la mujer. Le voy a envenenar los gatos ahora mismo.
- ¡No! – protestó Rata, temblando -, ¡nos va a matar!...
- ¡Miedoso! – lo increpó Silverio - ¡Andá, envenenalos! Las dos mujeres están en la cocina. No ven.

Lagarto cogió un puñado de veneno para las hormigas y corrió a la habitación de madera donde estaban los gatos.

Volvió diciendo:

- ¡Ya está!

Un estremecimiento corrió por los otros chicos que no atinaron a hablar. Silverio cantó, alegremente:

*“Por quererte, vidita,
icómo he quedado!:
Igualito que poncho
Deshilachado”.*

Y comenzó a bailar. Todo inútilmente. El miedo había enmudecido y paralizado a los otros chicos. Lagarto mismo estaba torvo. Silverio los invitó a jugar. Nadie quería. Ansiosos, sentados en el suelo, formando un grupo trémulo, aguardaban...

Sólo Silverio iba y venía alegremente, corriendo y relinchando a lo potro. En uno de sus paseos se acercó a la cocina y la mujer le tiró con una cacerola. Se fue a ver los gatos. Saltando de júbilo, llegó con la noticia al grupo acoquinado de los otros chicos:

- ¡Ya hay uno muerto! ¡Vengan a ver!
- ¡Yo no voy
- ¡Yo tampoco!
- ¡Nos va a matar a todos! – repitió Rata, empalideciendo.

Sólo Lagarto lo siguió, aunque temblando.

Así fueron pasando las horas. De vez en vez, Silverio llegaba a ellos para anunciarles:

- ¡Otro muerto!

Y todos temblaban.

Ya anoecía, Silverio llegó con la nueva: sólo falta la madre. Han muerto todos.

Y se puso a bailar. Los otros, pálidos, temblorosos, lo contemplaban como entre una nube, casi sin verlo. El lindo chico rubio bailaba y cantaba, adaptando la improvisación a la música del tango de moda:

*"Tu veneno de hormigas,
Don Martiniano,
Sirvió para matarte
Todos los gatos".*

Ya era de noche. Corrió a la habitación. Y esta vez, jadeando, llegó con la noticia:

- ¡Ya está, muchachos! La madre también estiradita, muerta. ¡Había sido un buen veneno ése! Cualquiera día se lo echo en la comida... Y que revienten los tres: las dos brujas y el borracho.

Rió a carcajadas. Calló. Se había oído la voz de Don Martiniano que lo llamaba:

- ¡Silverio!

Fue allá. Los demás niños, como autómatas, fueron tras de él.

- ¿Qué quiere, don Martiniano? – preguntó el chico - Ha dormido bien?

El hombre obeso, sentado en el catre, la faz abotagada, la voz de trapo, le preguntó:

- ¿Dónde está el importe de la empanada que falta?

La mujer, de pie a su lado, acusadora, sonreía con satisfacción.

- La fié – respondió Silverio descaradamente – Mañana me la pagan.

Y se quedó mirando al hombre, a los ojos estúpidos del borracho. Este se irguió de súbito, cogió a Loro y le dio un golpe tan fuerte en la cabeza con el puño cerrado que lo derribó:

- ¡Tomá, para que no fíes otro día!

Loro comenzó a llorar a gritos. Silverio gritó:

- ¡Si no fue él, fui yo!
- ¡No importa! – rugió el hombre alejándose con pasos inseguros -. ¡Alguno tenía que cobrar! ¡Y cobró él! ¡Vos sos lindo, a vos no se te puede pegar!

Ya no se oía lo que hablaba. Había entrado en la habitación de madera, a ver sus gatos, su único cariño.

Todos aguardaban, atentos al golpeteo de sus corazones. Loro había dejado de llorar. Hasta Silverio aguardaba, aunque con más curiosidad que temor.

- ¡Ahora sí, pobres nosotros, ahora! – murmuró Rata. Y comenzó a rezar.

- ¿Rezás? – le preguntó Silverio, sorprendido.

- ¡Sí! – respondió el otro - ¡Ahora nos mata a todos! – y siguió rezando.

Oyose un aullido. Don Martiniano apareció en la puerta. Tambaleándose. Rugió:

- ¡Muertos! ¡Todos los gatos muertos! ¡Facunda! – llamó a la mujer que corrió apresuradamente - No has visto mis gatos? ¡Vos no ves nada, idiota! ¡Todos muertos! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia espantosa! ¿Cómo ha sucedido esto? ¡Hablá! ¡Maldita, hablá!

Cogiendo a la mujer de un brazo, comenzó a apretárselo. Esta chillaba de dolor. Y de pronto dijo, quizás porque lo creyera así, quizás sólo para quitarse a aquel energúmeno de encima:

- ¡Te los han envenenado! ¡Ha de ser el rubio el que los envenenó!

El hombre dejó de apretar. Quedó de pie, bamboleante. Su ira era tanta que no le dejaba coordinar los pensamientos. Atinó a coger el rebenque y rugió:

- ¡Vengan aquí, aquí todos!

El grupo de niños, lentamente, comenzó a moverse hacia él.

- ¡Pronto! – rugía el hombre - ¡Aquí todos, ligero!

Y su ira reventó en una andanada de insultos y maldiciones.

Silverio, resueltamente, se puso a la cabeza del grupo. Oía a Rata, cogido de su brazo, castañeteándole los dientes, que suspiraba:

- Padre nuestro que estás en los cielos...

Llegaron ante el verdugo.

- ¡Entren allí! – les ordenó señalando la habitación de los gatos. Y apartó a Silverio que iba a entrar antes que todos:

- Vos, no. Vos quedate allí afuera.

Los niños entraron. Todos lloraban de miedo, a gritos. Pedían perdón.

Don Martiniano apretó el rebenque en su diestra:

- ¡Ahora me van a decir quién mató a los gatos! ¡Si no los mato a todos, aquí, ahora mismo!

- ¡Los envenenó! ... - gritó Rata. Y ya iba a acusar a Lagarto, pero éste, adelantándose, señaló a Silverio:

- ¡Los envenenó él!

- ¿No te dije yo? – chilló la mujer a espaldas del hombre - No te dije yo?

Lagarto daba detalles:

- Los envenené con el veneno de las hormigas. Echó veneno en la leche. ¿Verdad?

Se volvió a los compañeros buscando su apoyo. Y lo encontró unánime.

- ¡Sí, fue él!

- ¡Él los envenenó!

Rata, Loro y Sapo acusaban a Silverio. Don Martiniano se volvió a él, furioso, seguido de la mujer.

- ¿Por qué me envenenaste los gatos?

Y levantó el rebenque; pero lo volvió a bajar, un poco turbado. Frente a él no tenía un chiquillo tembloroso, intimidado por su cólera brutal, por su fuerza omnipotente. Silverio, con las manos en los bolsillos, sonreía. Don Martiniano volvió a preguntar:

- ¿Por qué me envenenaste los gatos?

- ¿Y usted cree que fui yo, Don Martiniano? Cómo cree que yo voy a hacer eso?

Lo dijo tan tranquilamente que el hombre no dudó de su inocencia:

- ¿Y quién fue?

- ¡Fue uno de esos! – Y, despreciativamente, sólo con la cabeza, señaló al grupo de los cuatro.

- ¿Cuál?

- A mí no me gusta acusar, Don Martiniano. No me pregunte más.

El hombre fue hacia ellos con el rebenque en alto. - ¡No me importa quién sea! ¡Van a pagar todos, todos!

Sapo intentó huir, pero la mujer, atrapándolo, lo metió adentro. Los demás chillaban. Rata, arrodillado, pedía perdón.

Silverio sintió una infinita lástima por los pobrecitos. ¿ Lo acababan de acusar? ¡Qué importa! El no les tenía rencor. Les tenía lástima solamente.

Gritó:

- ¡No les pegue, Don Martiniano! ¡Fui yo! ¡Yo le envenené sus bichos!

¡Borracho asqueroso! ¡Bruja! – le gritó a la mujer -, ¡China bruja!

Y ganó la puerta, a la disparada. La mujer y el hombre lo persiguieron sin alcanzarle. Don Martiniano azuzó contra él a los demás muchachos, como si fuesen una jauría.

- ¡Corran! ¡Tráiganlo! ¡Corran!

Las cuatro criaturas se echaron a la calle, en persecución del fugitivo.

Corrieron hasta la esquina y doblaron como lo habían visto hacer a éste.

Pero dónde estaba? Había desaparecido. Corrieron hasta la otra esquina.

¡Nada! Se afanaron aún. Buscaban como perros que hubiesen perdido el rastro.

No se decidían a volver sin nada. Y al fin tuvieron que darse vuelta.

Silverio había desaparecido. Cuando ya iban a doblar la esquina, la voz de Silverio, burlándolos:

- ¡Ju, ju!... iju, ju!...

Volvieron a buscar. No hallaron nada. Y otra vez, ya al doblar la esquina, la voz de Silverio, burlándolos:

- ¡ju, ju! ¿Dónde estoy? ¡Ju, ju!...

Tres veces más repitió la escena. Al fin, Sapo lo descubrió:

- ¡Allí está!

Sobre un farol apagado, estaba Silverio subido. Reía.

- ¡Bajá! – le ordenó Lagarto, autoritariamente.

- ¡No quiero!

- ¡Bajá o te bajo yo!

Y quiso subir; pero una patada en la cabeza le hizo ver el peligro de su intento. El otro se iba a defender; y ocupaba una posición estratégica.

- Ustedes quédense aquí cuidándolo, por si baja – ordenó a los demás chicos -. Yo voy a buscar a Don Martiniano.

- Y corrió. No bien doblara la esquina, Silverio se tiró abajo. Los tres lo rodearon como apresándolo.

Silverio los apartó desdeñosamente:

- ¡No sean zonzos!

Impuestos por su actitud, los otros no se atrevieron a tocarle. Silverio les habló:

- No sean zonzos, vénganse conmigo. ¡Los voy a llevar a una parte más linda!

- ¿Dónde?

- Yo sé, vengan.

Y se hundió en las sombras del suburbio, apresuradamente. Los tres chicos siguiéronle.

- Antes que el gordo, borracho como está, llegue aquí, nosotros estamos a mil leguas. ¡Vamos!

Los tres chicos, automáticamente, lo seguían.

- ¿Y si nos encuentra alguna vez? – preguntó Loro.

- ¡Buenos Aires es muy grande! – respondió Silverio.

- ¿Y el juez de menores? – preguntó Rata.

Silverio no le respondió, cantaba:

*“El valor todo lo puede
hay que tenerse confianza;
y lo que el valor no pueda,
lo ha de poder la esperanza”...*

La ilusión

*Si el hombre no tiene costumbre de
Preguntar: "¿Para qué sirve esto?"
"¿Para qué sirve aquello?",
no puedo hacer nada de él.*

CONFUCIO

- Tío...
 - ¿Qué?
 - Con esa gorra parecés un almirante.
- El hombre hizo una mueca de fastidio y dio un tarascón a la pata de pollo que tenía entre los dedos.
- La mujer dijo:
- ¡Qué muchacho más estúpido éste!
 - Por qué tía?
 - ¿Por qué, por qué, por qué? – gritó ella, remedando al chico – ¿Cuándo vas a dejar de incomodarnos con tus porqués? Pero has visto, Juan – dijo dirigiéndose al hombre gordo que, apresuradamente y de gorra puesta, comía – has visto las cosas que se le ocurren a este chico?
 - ¡Es loco! – respondió el hombre, y siguió devorando.
 - ¿Loco? ¡No! – corrigió ella - ¡Es estúpido! Pero dónde has visto, ¡pedazo de estúpido! – rugió la mujer, coléricamente – dónde has visto que un almirante tenga una gorra que diga: "Banco de la Nación"? ¿Dónde?
 - En ninguna parte.
 - ¿Y no es estúpido confundir a un ordenanza de Banco con un almirante? ¿Dónde le ves los galones o las estrellas a la gorra de tu tío para decir que es un almirante?
 - No grites, Francisca – aconsejó el marido -. No te hagas mala sangre, después andás con jaqueca a la noche, y no me dejás dormir a mí.
 - ¡Grito porque quiero enseñar a este mocoso! – volvió a gritar más fuerte la mujer –después ha de venir la madre a decirnos que no se lo educamos!
- Borrego, a quien habían puesto así sus tíos por causa de sus ojos grandes y mansotes, hacía un rato que se había vuelto a meter en sí mismo, según era hábito en él, y reflexionaba. Cuando la mujer calló, dijo:
- Yo no veo galones ni estrellas en la gorra de tío; pero es como si los

viera.

- ¿Pero es como si los vieras? – interrogó la tía, lentamente, con gesto de incompreensión.

- ¡Sí! – afirmó Borrego -. Cuando yo quiero ver una cosa, no es necesario verla.

- Pero Juan, ¿oís lo que está diciendo esta criatura?

- ¡Es loco! Ya te lo dije: ¡Loco!

- Si yo quiero te miro a vos y no te veo como sos, te veo como si fueses un hada. Si yo quiero, este comedor no lo veo como es, lo veo como si fuese el comedor de un palacio encantado. Yo lo miré al tío, y como lo vi tan gordo y tan alto, pensé: Tío podría ser almirante...

- ¿Y no viste que en la gorra decía: Banco de la Nación?

- No vi, porque yo veo lo que quiero y no veo lo que no quiero ver.

- ¿Lo oís, Juan? – gritó la mujer - ¿Lo oís?

El hombre se encogió de hombros desdeñosamente. Bebió un vaso de vino y se despidió:

- ¡Hasta luego! – Salió.

- ¿A vos no te pasa eso, tía? – preguntó Borrego.

- ¡Bah! – hizo la mujer y, desdeñosamente también, se encogió de hombros. Después recogió los platos sucios, cubiertos, copas y salió para la cocina.

Borrego aguardaba una respuesta para seguir hablando, exponiendo sus teorías; viendo que lo abandonaban desdeñosamente, su cara entrüsteció.

- ¡Momo! – llamó al perrito lanudo que dormitaba debajo de la mesa, que salió a su llamado -. ¡Vamos a la playa!

Y se fue charlando con el perrito.

Borrego siempre tenía que preguntar algo.

- Tía, ¿por qué llueve?

A la mujer, flaca, avinagrada, la impacientaban las preguntas del niño. Lo hizo callar:

- ¡Callate, estúpido! ¡Las preguntas zonzas que se te ocurren!

El se volvió al tío:

- Tío, ¿por qué llueve?

El hombre, grande, obeso, calmoso, reflexionó unos segundos. Respondió al fin, satisfecho del hallazgo:

- Porque cae agua.

El niño lo miró un rato; y después:

- Llueve porque cae agua? Y cae agua porque llueve? ¡Eso sí que es estúpido! ¿Por qué?...

- ¡Bueno! ¡Basta! – lo interrumpió el hombre, a quien las ocurrencias de Borrego no hacían nada feliz por lo que le obligaban a meditar.

- Se lo preguntaré al maestro.
 - Preguntásele al presidente de la República, si querés; pero a mí no me vengas con preguntas.
 - El chico protestó:
 - El maestro me dice lo mismo: ¡"Déjese de preguntas". Tía no quiere que le pregunte. Vos, tampoco. ¿A quién le voy a preguntar?
 - ¡Al presidente!, ¿No te he dicho?
 - ¡O al Arzobispo de Buenos Aires! – agregó la mujer.
- Los dos rieron. Lo burlaban. Borrego molestábase terriblemente cuando sus tíos lo burlaban:
- ¡Momo! – gritó al perrito y, cuando ya lo tuvo junto a él moviendo la cola -. ¡Vamos a la playa!
- Y salió charlando con el perrito.
El hombre se asomó a gritar:
- ¡Preguntale a Momo porqué llueve!
- Y Borrego oyó las dos carcajadas de sus tíos, como corriéndolo.
Una noche, después de comer, Borrego dijo a la tía:
- Tía, hablame de papá.
- La mujer estaba tejiendo. Levantó la cabeza y lo miró asombrada:
- ¿Tu papá? Era como aquel – y señaló al marido que dormitaba en un sillón.
 - ¿Así alto?
 - Sí, y gordo, con la misma nariz colorada y redonda que él tiene. Y comilón y borrachín igual que él. ¡Cómo que eran hermanos! Una tarde de Año Nuevo, acababa de almorzar y le dio un ataque. No duró cinco minutos. Vos tenías un año. ¡Así se va a morir aquel!
 - ¿Eh? – hizo el hombre, somnoliento.
 - Estoy diciendo que vas a reventar de una indigestión, como tu hermano José.
 - ¡Ah! – Y el hombre volvió a estirarse en el sillón.
 - ¿Y mamá es hermana tuya?
 - Sí. Somos dos hermanas casadas con dos hermanos.
 - Y mamá – siguió preguntando el chico, ahora temerosamente – ¿mamá es como vos?
 - ¡No! Es completamente distinta a mí. No parecemos hermanas. Yo soy morocha y ella es rubia.
- Los ojos de Borrego relampaguearon de alegre satisfacción.
- Es linda mamá?
 - Sí. Mirá, dentro de aquella cómoda, en ese cajón, hay un retrato de ella a los dieciocho años, cuando se casó con tu papá.
- El niño lo miró un buen rato. Desde el cartón le sonreía una joven delgada y bella.
- ¡Qué linda es mi mamá! – exclamó el chico, extasiado -. Parece una princesa rusa.

- ¿Y vos dónde has visto princesas rusas?
- En las revistas. Tengo guardada una fotografía de una princesa rusa con un gran manto y una corona en la cabeza. Yo si quiero le saco el manto y la corona a la princesa rusa y se lo pongo a mi mamá.
- ¿Ya empezás con tus locuras? Mejor que vayas a dormir.
- Vamos a dormir, Momo. Vení, te voy a mostrar el retrato de mi mamá: Mi mamá es una princesa rusa...

El perrito, saltando, se fue tras del niño que, enseñándole el retrato, le hablaba.

Borrego tenía diez años. Sufría. Nadie le pegaba. No lo retaban siquiera; pero sufría. Era dueño de irse a la playa, a jugar cuanto quisiera; pero sufría. El hubiese necesitado amar a alguien y que alguien lo amara. Que alguien hablase con él. Sufría de soledad. Sus continuas preguntas quedaban sin respuesta. O no las hacía por temor de que se burlasen. Reflexivo y solitario, paseaba por la playa, extasiándose ante el horizonte, oyendo el mar . Y soñando. La obsesión de sus sueños había sido siempre la madre lejana, de quien conservaba un recuerdo vago. Ella, viuda, se había casado con un comerciante. Su padrastro no quiso hacerse cargo de él y la madre se fue lejos, a la ciudad. El tenía tres años cuando quedó en poder de sus tíos. En sus soliloquios, Borrego se preguntaba: ¿Los quiero a mis tíos? ¿Mis tíos me quieren? Nunca pudo responderse su propia pregunta. Ellos lo dejaban hacer, nada más. Si él no les hubiera acosado a preguntas, seguramente jamás le dirigieran la palabra. Y sufría.

De pronto halló quien lo escuchara atento, aunque no podía responderle: Momo, el perrito lanudo.

Se encontraron en la playa. Era un perrito pequeño, sucio, con las lanas que le invadían el hocico y le cubrían los ojos. Borrego se le acercó y el animalito comenzó a mover la cola, alegremente, como si lo hubiese conocido desde mucho antes. No había nadie allí. De quién sería aquel perro? El niño cogió un palo y lo tiró al mar. El perro se echó al agua y nadando se lo alcanzó. Así jugaron toda la mañana. A Borrego se le ocurrió llamarlo Momo, y el perrito obedeció a este nombre como si así se llamara. Lo llevó consigo. La tía protestó:

- ¿Para qué traés ese cuzco?
- No es un cuzco, tía; es un perro de agua.
- Es un perro atorrante.
- No, tía, es un perro de raza. ¿No ve?, tiene el paladar negro.
- Sea lo que sea, sólo servirá para darnos gastos.
- Yo le daré la mitad de mi comida.

En aquel momento Momo comenzó a ladrar a un vendedor ambulante. Este ladrido lo salvó.

- ¡Es guardián! – dijo la tía.
- ¡Es muy guardián! – acentuó Borrego.

Y Momo quedó en la casa. No traía muchos gastos; como buen perro atorrante, cuando no había carne, se arreglaba con fideos o pan; hasta papas comía.

Y Borrego tuvo con quien salir y a quien hablar

- Mirá, Momo, vení, saltá sobre esta roca, mirá qué lindo el mar como ruge; parece un gigante que quisiera gritar y le apretaran la garganta. ¿Eh, Momo?

El perrito lo miraba. Borrego estaba seguro de que lo entendía, de que si hubiese podido hablar le respondería. Por lo menos, el perrito no se encogía de hombros despreciativamente, como lo hacía el tío cuando él lo hablaba. Y si hubiese podido hablar – Borrego estaba seguro – no le hubiera llamado como su tía: ¡Estúpido! Momo lo miraba, le lamía la cara y las manos. Borrego lo besaba en la cabeza hirsuta.

- Tía¿ por qué los animales no hablan?
- Porque no saben el idioma de los humanos; pero entre ellos hablan.
- ¿ Y por qué no se les enseña el idioma?
- ¿Para qué se les va a enseñar, para que digan animaladas?
- No, tía. Yo estoy seguro que si Momo supiese hablar me contestaría a muchas cosas que no vos ni tío ni el maestro me contestan. ¡Qué lástima que Momo no sepa hablar! Este perro entiende todo lo que yo le digo. Por ejemplo: Yo me siento con él en una roca, le muestro el horizonte y le digo: Ves, Momo, esa raya azul?, no es una raya azul. El mar no acaba allí. Tampoco el cielo y el mar se juntan allí, como parece que se juntan. Y Momo me mira, me mira sin pestañear. Sabés por qué me mira así? ¡Porque me comprende!
- Lo oís, Juan, oís a este muchacho. ¡Pero qué cosas de estúpido dice!
- Ya te he dicho: es loco – afirmó el hombre, desdeñoso, y siguió leyendo el diario.
- No soy ni estúpido ni loco. ¡Ya verás cuando yo sea hombre!
- Y qué vas a hacer cuando seas hombre?
- Voy a ser otro Robinson Crusoe.
- ¿Quién era Robinson Crusoe?
- ¿No sabés? Era un hombre que vivía solo en una isla; pero yo voy a vivir con Momo.
- ¡Dónde estará Momo cuando vos seas grande!
- ¿ Por qué?
- ¡Ya habrá muerto!
- ¡ No importa! Lo hago embalsamar y le sigo hablando como le hablo ahora. Y él me va a mirar con sus ojos de carne. ¡No, de carne, no! Los ojos no son de carne. De qué son los ojos, tía?
- ¡Cuándo no ibas a salir con una pregunta! Andate a pasear y dejame tranquila.
- ¡Vamos, Momo! Hoy el mar está enojado. Vamos a oír cómo grita.

Parece que adentro le hubieran encerrado diez mil toros y que los diez mil toros gritasen todos a la vez...

Y salió seguido del perrito.

- ¿No encontrás raro a este muchacho? – preguntó la mujer.
- Sale a mi padre – respondió el marido -. Seguramente va a ser payador como mi padre.
- Y se gana de payador?
- Se ganan disgustos. Un día se lo trajeron a mi madre, estirado, con tres puñaladas. Se había peleado en un boliche con otro cantor. Yo era muy chico, casi no me acuerdo de él; pero mi madre siempre lo llamaba “el loco”. Era así como este chico. Hablaba así como él, hallándole parecido a una cosa con otra. Y diciendo lo que a nadie se le ocurre. Ni mi hermano ni yo, salimos a él. Y ahora, este pobre muchacho, hereda su locura...

La tía suspiró:

- ¡Dios no lo permita!

Una mañana se recibió la noticia que el padrastro de Borrego acababa de morir. Y quince días después, una carta de la madre anunciaba que vendía el negocio y se venía a vivir con ellos.

La tía se lo anunció al niño:

Pasado mañana llega tu mamá. Viene a vivir con nosotros. El chico quedó sin habla, con la mirada perdida. Experimentaba un gozo infinito. Su linda mamá rubia pronto estaría con él. Su mamá respondería a sus preguntas. Y no lo llamaría “loco” ni “estúpido”, como los tíos.

Aquella tarde, sólo de la mamá se habló con Momo:

- Vení, Momo, te voy a hablar de mi mamá. ¡Pobre Momo! ¿Vos no tenés mamá? Yo sí, Mi mamá es una princesa rusa, muy linda. ¡La vas a ver! ¡Y ella me quiere mucho, mucho! ¡Vos no te tenés que enojar cuando ella me suba en sus rodillas y me tenga apretadito y me bese; me de cien, ciento diez, mil besos! ¿Eh? Porque mi mamá me quiere mucho ¡También te va a querer a vos, Momo. Te va a dar caramelos, terrones de azúcar. Ahora yo no te puedo dar azúcar porque la tía la guarda con llave; pero mi mamá no va a ser así. ¡Vas a ver, Momo! Mi mamá te va a dar ella misma terrones de azúcar. Y te va a hacer un moño colorado para que andés lujoso. También te va a hacer pelar a lo león, medio cuerpo y borlas en las patas y en la punta de la cola. ¡Ya vas a ver! Y los otros perros van a creer que sos un león y te van a tener miedo. Eh, Momo? ¡Ya verás cuando venga mi mamá, qué distinto va a ser todo!

Esa noche, Borrego soñó con la llegada de la madre.

- Tío, anoche soñé que mamá llegaba; Pero no en tren. Venía en un coche tirado por ratones blancos, igualito al coche del hada madrina de la Cenicienta...
- ¡Dejame con tus pavadas! – gruñó la mujer.
- Tío, anoche soñé con mamá.
- ¿Sí? ¡Pues yo soñé que me comía un lechón entero! – Y rió el hombre,

lo burlaba.

- Borrego se volvió al perrito:

- Vení, momo. Te voy a contar lo que soñé con mamá, y salieron.

La mañana en que la madre debía llegar, Borrego se levantó tan temprano que aún era de noche. Y llamó a Momo, impaciente, hablando al perrito, esperó la hora. Al fin se vio con sus tíos en el tranvía que los llevaba a la estación. Llegaron media hora antes. Comenzaba la temporada veraniega y afluían los veraneantes de la ciudad. Llegaron dos trenes. En el tercero venía la madre. En cuanto se divisó a lo lejos, el niño, nervioso, se hizo aupar con el tío:

- Subime alto, tío, quiero verla yo antes que todos.

Lentamente, llegaba el tren. Asomados a las ventanillas, mujeres y niños buscaban rostros familiares. Borrego señaló una hermosa joven rubia:

- ¡Allí está mamá!

- ¡No, no! - corrigió la tía -, no es esa. ¡Allí está! - y corrió hacia ella.

Borrego miró. Vio una mujer baja y gorda, cargada de paquetes. La mujer les hacía señas. El tío corrió también y puso a Borrego en sus brazos. El niño se sintió besar. Y sin saber por qué, apretándose contra ella, echóse a llorar convulsivamente. En vano la mujer quiso desprenderlo de sí; Borrego, aferrado a ella, lloraba.

Ya en un coche, camino de vuelta, la mujer lo hablaba:

- ¡Zonzo! ¿Por qué llorás?

- Es muy raro este chico - aseguró la tía -.

- ¡Es loco! - afirmó el tío.

- ¡Ya ves como tu madre no es una princesa rusa! Es tan loco que una vez yo le di un retrato tuyo y él decía que eras una princesa rusa.

- Te parezco una princesa rusa?

- No - respondió él; sos muy gorda.

Siguieron charlando. Al llegar a la casa, Borrego presentó a a Momo;

- Este es Momo, mamá, éste es mi perrito.

- ¡Uf, que feo! - exclamó ella. Y se volvió a hablar con los tíos.

Borrego quedó en un rincón acariciando a su despreciado compañero.

Y la vida comenzó otra vez lo mismo que antes. Había una persona más en la casa. Eso era todo. Esa persona era - según decían - la madre de Borrego. Este no se convencía de ello. ¡Tan distinta! Pero tan distinta a quién? Quizás a la del retrato, quizás a la que el niño esperaba.

- Mamá, vos me vas a contestar todo lo que yo te pregunte?

- ¡Pobre de vos, Rosa, si te vas a tomar el trabajo de contestar a todo lo que te pregunte! - intervino la tía -. ¡Está todo el día preguntando!

- No hay que molestar a las personas mayores - enseñó la madre.

- Y por qué cuando yo hablo no me contestan?

- ¡Porque hablás estupideces! - dijo la tía.

- Porque cuando los mayores hablan - volvió a enseñar la madre -, los chicos escuchan, y nada más.

- Momo – dijo Borrego – vení, yo soy mayor que vos, vení, yo voy a hablarte y vos vas a escucharme.

Y salió con el perrito.

- ¿No ves? – habló la tía -. Ya te dije que es un chico muy raro.

- Es loco – insistió el tío.

- No – dijo la madre -. Me parece que lee muchos libros. Vi en su cuarto un montón de libros.

- Nosotros no se los damos, ni le damos plata tampoco. No sé cómo los consigue. Nosotros no leemos nada.

- Yo no leo más que el diario, las noticias de policía.

- No hay que dejarlo leer – concluyó la madre -. Le voy a esconder todos los libros.

- Mamá, yo le prometí a Momo que cuando vos vinieras le ibas a dar terrones de azúcar.

- ¿Azúcar al perro? ¡No! Está muy cara.

- Pero, mamá, yo se lo he prometido a Momo. ¡Mirá cómo me mira! Me mira como diciéndome: "¡Me has engañado!"

- Sabés, Borrego, estoy por creer que tiene razón Juan, que sos loco.

- Vos mamá, ¿me crees loco? ¿ Vos también?

El niño la miraba largo.

Ella se volvió a los tíos:

- ¿Saben lo que me parece? Que ustedes han mimado mucho a este chico. Lo han dejado hacer lo que quiere. Un tirón de orejas de cuando en cuando, es lo que le va a curar la locura.

El niño la miraba largo; pero ellos, no ocupándose más de él, hablaban de otra cosa.

- Mamá, mirá lo que me han regalado.

- ¡Que linda pelota! ¿Quién?

- Una señora. Yo había hecho una pelota con papel de diario y estaba jugando en la playa. No es para que la rompas. Yo te la voy a guardar. Los domingos vas a jugar con ella, los demás días jugá con pelotas de papel de diario.

El primer domingo que le dejaron la pelota, tanto quiso aprovecharla Borrego que la partió.

- ¿Y la pelota? – le preguntó la madre al entrar.

- ¡Se rompió! ¡La tiré al mar!

- ¡Destrozón! – gritó ella, dándole un leve manotazo en una mejilla.

No le dolió, pero el niño quedó mirándola, asombrado. Ella volvió a sus quehaceres, olvidada de él. Borrego salió, seguido del perrito. Ya solos, sentado junto a su compañero, el niño se abrazó al animalito que le lamía las manos.

- ¡Momo querido! – Y, sollozando, ocultó la cara entre las lanas de Momo -. ¡Momo querido! ¡Mamá no es una princesa rusa!
Una noche, en la mesa, los tíos y la madre, animadamente, comentaban un crimen. Hacían conjeturas sobre el posible asesino. Borrego quería intervenir. No lo dejaban. Dos veces intentó preguntar algo, y la madre lo hizo callar.

- ¡Callate! Dejanos tranquilos.

- Pero yo quiero saber, mamá.

- Si no nos dejás tranquilos, te voy a mandar a la cama sin comer.

Borrego calló. No eran las amenazas lo que le hacían sufrir. ¡Y sufría! En su alma, el retrato de una joven bella y rubia descascarábase, se oscurecía. Poco a poco, su “princesa rusa” tomaba las proporciones de esa mujer baja y gorda, con canas y arrugas, que comía tanto como el tío y que le trataba tan desdeñosamente como la tía; ¡a él, a Borrego, que tanto la había esperado!

El niño quedó un instante en silencio, lastimado por la amenaza. De súbito se levantó y, acercándose a la pared, se dio uno, dos, tres cabezazos. El tío tuvo que contenerlo, para impedir que se siguiera golpeando.

¡Ahora sí tuvieron que ocuparse de él! Ponerle agua con sal en la cabeza, vendársela. Y preguntarle:

- ¿Pero por qué has hecho esto, hijo?

- ¿Querías suicidarte?

- ¿La locura te aumenta, che?

Borrego no respondía. Se dejaba preguntar y curar, tranquilo y sin una lágrima, a pesar del fuerte dolor que sentía. Terminada la cura, la madre dijo:

- ¡Bueno! ¡Ahora, para que aprendas, a la cama!

- ¡No, mamá! – gritó él – no me mandes a la cama porque me mato. Me meto debajo del colchón y me quedo sin respirar hasta ahogarme.

Los otros se asustaron.

- ¡Oh, y es capaz de hacerlo este loco!

- Bueno, quedate aquí; pero no hablés una palabra. Eh? Dos minutos después, ya no se acordaban de él otra vez. Conversaban del crimen.

Borrego habló:

- Tía, vos me dijiste una vez que mamá era muy distinta a vos.

- ¡Sí! ¿Y no ves? Ella es rubia y yo soy morocha.

- ¡Mamá no es distinta a vos, tía!

- ¿No te he dicho que no quiero que hables? – gritó la madre.

- ¿Y con Momo no puedo hablar?
- Con Momo sí, hablará todo lo que quieras; pero no nos molestes.
- Vení, Momo. Escuchame: Mamá no es una princesa rusa. Mamá es igual que la tía.

La madre y los tíos rieron ruidosamente. Borrego calló, ofendido y lastimado.

- Borrego, mirá lo que te traje. Hoy cumplís once años.
 - ¿Qué mamá?
 - ¡Una alcancía de barro! ¡Una alcancía!
 - ¿Una alcancía? Y qué es eso?
 - ¿Cómo? No sabés para qué sirve una alcancía? Es para guardar monedas, para que aprendas a ahorrar. Yo, todos los domingos y días de fiesta, te voy a dar veinte centavos. Y vos los vas a meter en la alcancía. Así, cuando seas hombre, vas a tener mucha plata.
 - ¿Y para qué quiero mucha plata?
 - Para ser rico.
 - ¿Y para qué voy a ser rico?
 - ¡Porque es lindo ser rico!
 - ¿Y por qué es lindo?
 - ¡Porque sí!
 - ¿Porque sí? ¿Qué quiere decir porque sí?
 - ¡Basta! Vos vas a aprender a ahorrar. Tomá estos veinte centavos. Metelos en la alcancía. ¡Así! Los oís? Bueno, ahora yo te guardo la alcancía.
 - ¡Ah, si vos la guardás, la alcancía no es mía, es tuya.
 - No, es tuya, pero yo la guardo.
- Los tíos se sintieron generosos. Ella puso veinte centavos y él otros veinte.
- Mirá, ya tenés sesenta centavos.
 - ¿Míos?
 - Sí, tuyos. ¿Ves? Aquí está tu alcancía – dijo la madre colocándola en el estante más alto del ropero, al que echó llave.
- Habían pasado dos domingos más. Según la cuenta, en la alcancía se atesoraba un peso.
- Una mañana Borrego se presentó ante la madre con un hermoso ramo de flores.
- ¡Mamá, hoy es tu cumpleaños, tomá!
 - ¿Y estas flores?
 - Te las regalo yo, por ser tu cumpleaños. Vos me regalaste una alcancía, yo te regalo estas flores.
 - ¡Gracias! ¿Pero quién te las dio?

- Nadie.
- ¿Te las regalaron?
- No, las compré.
- ¿Cómo? ¿Con qué plata?
- ¡Ah, yo sé!

La madre lo miró unos segundos y, de pronto, corrió al ropero, seguida de los tíos la alcancía estaba allí, pero partida en dos.

- Sí. Te compré el ramo de flores que me costó ochenta centavos.
- ¿Y los otros veinte? – gritó la tía.
- Compré azúcar para Momo.
- ¡Sos un ladrón, un ladrón! – le gritó la madre, roja de ira.
- Pero mamá, vos dijiste que la alcancía era mía.
- ¡Sos un ladrón! ¡traé ese azúcar! – y le quitó el azúcar, Sacudiéndolo de un brazo -. ¡Ladrón!

Borrego no decía nada, estupefacto. De pronto, se irguió:

- Dame ese azúcar, mamá, el azúcar es de Momo.
- ¡Que tome azúcar Momo! – rugió ella, y le pegó un puntapié.

El perrito se alejó aullando lastimeramente, corriendo en tres patas.

Borrego detrás, con la voz velada por el dolor, lo llamaba:

- ¡Momo, Momo, Momito!...

Se hallaron en la playa, solos. El niño alzó al perro y lo acarició. Momo gemía por lo bajo como una criatura. Borrego, acariciándolo, le hablaba:

- ¿Ya no te duele? ¿No? ¡Sí, ya estás bien! A ver, corré. Ves? ¡Ya andás bien! ¡Pobre Momo! ¡Mi Momito! Oí, Momo; escuchame lo que te voy a decir. Escuchame bien: Esa que te pegó la patada no es mi mamá. Mi mamá es la otra, la del retrato, esa que parece una princesa rusa. ¡Esa es mi mamá! Esta otra... ¡Esta que te pegó la patada es otra tía! ¡No es mi mamá! ¡Cuándo venga la del retrato, la princesa rusa, entonces sí, Momo, te va a dar azúcar, te va a hacer pelar como un león! ¡Entonces sí todo va a ser distinto! ¿Eh, Momo? ¡No llores más, querido! Mi mamá no te ha pegado. ¡Esa que te ha pegado no es mi mamá! ...